
CIRCULO DEL CRIMEN
EL DIENTE Y LA UÑA
BILL S. BALLINGER
todocoleccion

Un diente y un trozo de dedo: tales son las pruebas principales de un juicio que puede mandar a un hombre a la cárcel de por vida. Pero uno de los implicados en el asunto es Lew Mountain, un mago, un prestidigitador profesional, sobre el que cabe sospechar que se haya servido de sus habilidades con fines criminales.

En realidad la historia de Mountain es la historia de una venganza maquiavélica en la que intervienen un falsificador de billetes, una víctima angelical, un falso ayuda de cámara y una legión de leguleyos.

El diente y la uña es una novela sorprendente por su perfecta construcción argumental. Al inconfundible estilo de la novela negra norteamericana se une un acertado sentido del suspense, que mantiene en vilo la atención del lector a lo largo de una compleja encuesta judicial.

Bill S. Ballinger

El diente y la uña

Título original: *The tooth and the nail*
Bill S. Ballinger, 1955
Traducción: Mario Montalbán León

Prólogo

Se llamaba Lew; su apellido no importa, salvo por un caso que contaré más adelante; y era conocido como Lew el Austríaco, Lewison Clark y Patrick Paris. Sin embargo, había nacido como Luis Montaña, nombre español, americanizado como Lewis Mountain… que significa lo mismo. Su nombre era especial en cierto sentido, porque su familia había sido americana durante muchas generaciones, y cuando él nació ya nada tenían de español. Pero los antiguos apellidos permanecen, y por esto él nació como Luis Montaña.

Además, no nació en California, Texas, Arizona o Nuevo México… ni en ninguno de los estados fronterizos donde puede hallarse a los descendientes de los españoles. Nació en Iowa, que está situada aproximadamente en el centro de Estados Unidos, donde puede encontrarse a cualquier individuo de cualquier parte del mundo. Nació en una granja excelente, con muchos acres ondulados de suelo fértil; su abuelo era granjero, y cuando falleció, su padre pasó a heredar la propiedad.

En vida fue mago… hacedor de milagros, prestidigitador, un ilusionista como Harry Houdini o Thurston. Fue un buen mago, mas como murió pronto no tuvo tiempo de ser tan famoso como los que he mencionado.

A pesar de ello, realizó algo que ninguno de esos otros ilusionistas hubieran intentado jamás.

Primero, vengó un asesinato.

Segundo, cometió un asesinato.

Tercero, fue asesinado en el intento.

1

El juez del Tribunal de Sesiones Generales, del Condado de Nueva York, se alisó la toga negra, arregló deliberadamente los papeles que tenía delante y miró al ayudante del fiscal del distrito.

Éste se puso de pie detrás de la mesa de la acusación y avanzó unos pasos hacia la tribuna de los jurados. En la sala austera y sombría, de techo alto, el ayudante del fiscal era el centro de la atención general, por lo que se detuvo confiadamente un instante antes de dar comienzo a su declaración.

Volvióse ligeramente y sus ojos se posaron en el acusado, que estaba sentado al lado del defensor, y todos los ojos de los jurados siguieron su mirada. En aquel momento, con las miradas de los jurados fijas en el preso, el fiscal empezó a hablar. Pronunciaba con claridad y fluidamente, con tono de amable charla, paseándose lenta y deliberadamente por delante de la tribuna del jurado, donde se sentaban nueve hombres y tres mujeres.

El ayudante del fiscal del distrito era un individuo llamado Franklin Cannon. Hombre de media edad, de mediana altura y cabello de color indeterminado, era un tipo lento y desprovisto de emociones que intentaba solamente cumplir con las obligaciones de su profesión. No le gustaban los ademanes teatrales, y preparaba sus casos cuidadosamente, presentando los hechos con lógica, y todas las pruebas, ante el jurado, con honestidad y sinceridad, por lo que muchas veces perjudicaba en grado sumo a sus contrarios. Cannon apreciaba la importancia de inaugurar un proceso; en tal momento, el jurado ya solía formarse unas impresiones duraderas de la acusación y la defensa, opiniones de las que ya no se desviaba en todo el juicio.

Cannon, mientras peroraba, tenía conciencia del escrutinio a que estaba sometido por los ojos del jurado. Mientras seguía

refiriéndose a generalidades, sabía que aquellos ojos sondaban su rostro, examinaban sus ropas, observaban sus gestos; una docena de pares de orejas calibraban el sonido de su voz, sospesando sus palabras. A medida que transcurrían los minutos, sentía cómo subía la tensión entre los jurados, y cómo el aislamiento de cada uno desaparecía al acostumbrarse a su aspecto y al sonido de su voz. La experiencia le decía a Cannon que todos los jurados nuevos están inquietos al iniciarse un juicio, y él se contentaba con pasar aquel tiempo adicional en construir sus primeros contactos con el jurado. Uno a uno, irían pensando:

«Me recuerda al primo Joe, por la forma cómo habla…», o bien: «Se parece un poco a Bob Elkton, del departamento de ingeniería».

O simplemente:

«Cannon habla como un hombre razonable».

Fuese lo que fuese lo que pensara el jurado —la comparación familiar o la súbita aceptación de él como persona—, fuesen cuales fuesen sus decisiones, la barrera caería de pronto, y la acusación podría continuar tranquilamente con su objetivo de enviar un hombre a la silla eléctrica.

Bruscamente, Cannon dejó de hablar y avanzó más hacia el jurado. Se detuvo de nuevo y pareció rebuscar en sus mentes.

—Deben recordar —continuó lenta, casi suavemente— que el acusado no tiene obligación de demostrar su inocencia, puesto que esta obligación corresponde al Estado; y que mi obligación es demostrar la culpabilidad del acusado.

El primer defensor se levantó de su silla y se quedó en pie junto a la mesa.

—Señoría —dijo—, debería usía instruir al jurado de que lo que acaba de decir el fiscal es sólo un asunto legal. No tiene nada que ver con su magnanimidad particular.

Cannon dio media vuelta y, al hacerlo, pareció saludar a su contrincante.

—Ciertamente, es un asunto legal —concedió cortésmente.

Los ojos del jurado estaban fijos en el defensor, en parte hostiles, en parte sorprendidos por aquella súbita intervención. Cannon, que intuía la simpatía del jurado por él, simpatía que la defensa podía disipar rápidamente, volvió a concentrarse en su discurso.

—En muchos aspectos, éste es un caso excepcional y muy

interesante —la voz de Cannon sonaba ahora con gravedad—. El acusado lo está de asesinato. Y el hecho de que esté acusado es la causa de su presencia aquí, aunque esto no significa necesariamente que él cometiera el crimen. El Estado de Nueva York intentará demostrar que mató a un hombre que él conocía como Isham Reddick… que trabajaba para él como ayuda de cámara y chófer.

Cannon dio media vuelta y fue hacia su mesa para coger un rimero de papeles, que hojeó detenidamente.

—Ahora intentaremos demostrar que el acusado poseía un motivo y tuvo la oportunidad.

Los radiadores, pintados de plata, en la silenciosa sala, soltaban leves rachas de calor. Las hileras de bancos de roble, la bandera que ondeaba flojamente, las persianas de los ventanales, los espectros callados de los procesos de otros acusados, aguardaban pacientemente.

Cannon terminó de repasar sus notas, dejó los papeles y volvió a situarse delante de la tribuna del jurado.

—Indudablemente, todos ustedes conocen la expresión «evidencia circunstancial». Y probablemente se habrán referido a ella de manera burlona… No es raro oír que un criminal, después de quedar convicto, afirma su completa inocencia e insiste en que todas las pruebas eran circunstanciales.

El abogado sonrió, y varios jurados le devolvieron la sonrisa.

—Existen algunos casos, particularmente de asesinato, en que los hechos y la evidencia no son, al menos en parte, circunstanciales. Posiblemente, sólo en un caso donde hay testigos de vista del hecho, donde los testigos pueden identificar a la víctima y al acusado, pueda hablarse del caso como carente de evidencia circunstancial.

El abogado defensor se puso en pie.

—¡Protesto! —gritó—. Éste es un asunto de argumentación, y es teórico hasta el punto de que no puede probarse en favor ni en contra.

Cannon se encaró con el juez.

—Por favor, Señoría… —replicó calmosamente—, opino que el tema de la evidencia, particularmente de la evidencia circunstancial, es de suma importancia para el jurado… el cual debe comprenderlo plenamente —volvióse hacia el defensor y sonrió—.

Estoy seguro de que mi colega piensa referirse a este tema cuando le llegue el turno.

—Caballeros —intervino el juez—, sobre los puntos de la Ley referentes a la evidencia, yo mismo instruiré al jurado.

Cannon asintió cortésmente y volvió a dirigirse al jurado.

—Es obligación mía y de mi asociado —añadió, indicando al Comisario Ayudante del Fiscal, Rickers—, demostrar en este caso el *corpus delicti*. En un homicidio, este término se refiere al cuerpo de la persona muerta. Ocasionalmente, los periodistas —Cannon dirigió una mirada hacia el banco de la Prensa—, contribuyen al mito de que sin un cadáver no hay sentencia. Esto no es exactamente cierto, aunque sea un tema estupendo para leerlo una tarde dominical en algún periódico. Lo que indudablemente quieren decir con esto, es que sin la prueba del cadáver, no puede haber sentencia, pero, damas y caballeros de este jurado, este caso es enteramente diferente. En varios casos notables, que puedo citar, se han dado veredictos de culpabilidad sin que haya existido la presencia física del *corpus delicti*, aunque la evidencia del cuerpo del delito esté probada más allá de toda duda razonable.

»En casi todas las jurisdicciones, sólo la evidencia directa sirve para demostrar el hecho de la muerte, aunque la evidencia circunstancial pueda, claro está, salir a relucir para demostrar que la muerte fue causada por un agente criminal. Y ahora, con esto en claro, volvamos a la noche del veintidós de noviembre del año pasado.

El jurado se dispuso a escuchar atentamente.

—Es afirmación de este Estado —prosiguió Cannon—, que en dicha fecha, poco antes de medianoche, el acusado mató a un hombre llamado Isham Reddick. Éste estaba empleado en su casa, un sitio que se halla en la calle Ochenta y Nueve Este, en la ciudad de Nueva York. Presentaremos las pruebas que demuestran que el tal Reddick se había convertido en una espina para el acusado; que Isham Reddick le hacía objeto de chantaje, y que el acusado, al menos en una ocasión y probablemente en otras, le había entregado a Reddick una suma considerable de dinero. En la noche del veintidós de noviembre, hubo una discusión entre el acusado y la víctima, que concluyó en violencia…

—¡Protesto! —objetó el defensor—. Esto es una conclusión.

—¿Qué intenta demostrar, señor Cannon? —inquirió el juez.

—Intento detallar la posición del Estado en este caso, e indicar sólo lo que demostraré más adelante.

—Continúe, señor Cannon —asintió el juez—, aunque debo insistir ante el jurado en que, en estos momentos, no haya todavía ninguna evidencia que apoye lo que usted manifiesta.

—Gracias —dijo el defensor, sentándose.

Luego, continuó mirando fijamente a Cannon.

El fiscal reanudó cautelosamente su peroración. No quería ser interrumpido más. Las sombras de la tarde ya flotaban en los rincones de la sala, y el fiscal consultó su reloj. Un poco más y habría que aplazar la sesión hasta el día siguiente. Esto le ofrecería al jurado una noche entera para considerar sus observaciones antes de que la oposición estableciese su defensa.

—Durante aquella noche del veintidós de noviembre —siguió Cannon—, y en las primeras horas de la madrugada, el cuerpo de Isham Reddick fue desmembrado y destruido en un intento de borrar todas las pruebas del crimen. Y, ante la posibilidad del descubrimiento o detección del crimen, para que no quedase ninguna prueba palpable. Por suerte para la justicia, no fueron borradas todas las señales del crimen. El cuerpo no quedó completamente destruido… y otras pruebas indiscutibles del homicidio quedaron preservadas gracias a la temprana aparición de las autoridades.

»Ésta es la evidencia que presentaré ante ustedes. Y ustedes la apreciarán, la sospesarán y la considerarán. Cuando hayan oído la relación del caso completo, cuando hayan visto la evidencia con sus propios ojos, si ustedes creen más allá de toda duda razonable que el acusado es culpable, su deber, caballeros, su obligación, será regresar a esta sala con un veredicto de culpabilidad —calló por un momento y agregó—: Gracias.

El juez contempló el reloj de pared estilo Western Unión, golpeó la mesa con la maza una vez y aplazó la sesión hasta la mañana siguiente. Todos se pusieron respetuosamente de pie, en tanto el juez se encaminaba a su despacho.

2

Todo empezó el día en que conocí a Tally Shaw. Conocerla, con todos los respetos debidos a los poetas, no fue como escuchar al ruiseñor en un parque, o encontrar un manantial fresco tras una ardorosa caminata por el desierto. Mas el hecho de que ella fuese para mí una completa desconocida, lo mismo que para Nueva York, que estuviese en la Séptima Avenida discutiendo con un taxista, fue lo que puso en movimiento todos los sucesos que ocurrieron después. Y, si hay que creer en la inevitabilidad, fue inevitable que yo actuase como lo hice.

Un taxi se había detenido delante del hotel donde yo me alojaba, y su pasajera no tenía bastante dinero para pagar la carrera. El taxista se mostraba decidido a conservar en su poder el equipaje de la dama, y ésta, una joven, le suplicaba gimoteando, pidiéndole que al menos le permitiese coger un maletín.

El «Delafield», un hotel pequeño aunque no de mala calidad, que cuenta entre su clientela a mucha gente del espectáculo, no tiene portero, de lo contrario la joven habría podido pedirle prestado el dinero. Cuando empujé la puerta para entrar en el vestíbulo, oí que la joven exclamaba:

—¡Es ridículo! ¡Sólo le debo a usted un dólar!

—No es culpa mía —rezongó el conductor—. Me quedaré con su equipaje y lo podrá recoger cuando me pague el pavo.

—Oh, no sé cómo ha sido… Si tenía más dinero… No sé dónde estará… —rebuscó urgentemente en su bolso—. Debió caérseme cuando almorcé. Recuerdo que antes aún lo tenía. En la estación, antes de coger el tren…

Yo estaba en el centro del umbral, con la puerta abierta, escuchando la discusión. Espoleado por mi curiosidad, volví a la acera dejando la puerta cerrada, siguiendo la conversación.

—Oiga, jovencita —protestó el taxista con indiferencia—, tal vez tenía usted el dinero, tal vez no. Pero yo me quedo con sus maletas hasta que me pague o… llamo a un poli.

—¡No, no, por favor! —Se asustó la chica—. Quédese una maleta… la sombrerera. ¿No le basta? Yo me llevaré el maletín…

—¡Ni hablar de eso! —Se indignó el chófer—. ¡Me quedo con ambas cosas!

—Pero he de tener algo… o no podré inscribirme en el hotel… No me dejarán sin pagar por adelantado, yendo sin equipaje.

—Me guardo todo el equipaje —se obstinó el taxista.

Comprendí de pronto que me había situado al lado de la joven, y ante mi propia sorpresa, oí mi voz que decía:

—Si la señorita lo permite, yo pagaré la carrera —el chófer concentró en mí unos ojos llenos de suspicacias, y la muchacha también—. ¿Cuánto le debe? —inquirí.

—Un pavo —replicó el taxista.

—Aquí lo tiene… y entréguele el equipaje a la joven.

El chófer dejó una sombrerera y un maletín de piel en el suelo. Volviendo a su asiento, puso el coche en marcha y desapareció. La joven no dijo nada.

—Bien —exclamé—, ahora le toca a usted. O me da las gracias… o me quedo con su equipaje.

—Ha sido muy amable —me dirigió una sonrisa de embarazo—. Muchas gracias.

—Conque perdió el dinero, ¿eh?

—Sí —repuso, registrando el bolso una vez más.

—¿No tiene idea de dónde lo perdió?

—Pudo ser en la estación… de Filadelfia —comenzó a hablar con atropellamiento—. Bajé en aquella estación a comer un bocadillo. Luego volví al tren. Y no volví a mirar el bolso hasta llegar aquí. No llamé a ningún mozo, ni compré nada más.

—¿No puede telegrafiar pidiendo más dinero? —pregunté, pero ella sacudió tristemente la cabeza—. Bueno —añadí—, de nada sirve quedarnos en la acera. Vamos. La invito a una taza de café mientras usted decide qué es lo que ha de hacer.

El «Delafield» tiene un pequeño comedor, abierto las veinticuatro horas del día, y a él nos encaminamos. Al coger su equipaje recibí una sorpresa. La sombrerera no pesaba ni era más

ligera de lo que cabía esperar; en cambio el maletín pesaba como si estuviese lleno de plomo.

—¿No cree que esto pesa demasiado para llevarlo usted? —pregunté cortésmente.

—Sí —asintió, con cierto nerviosismo—, pero es un buen ejercicio.

Sonrió y se encogió de hombros.

Nos encaramamos a los taburetes del bar, situado a un lado del comedor y ella pidió una taza de té. El mostrador estaba desierto, aunque se hallaba adornado invisiblemente con los fantasmas de generaciones de quesos y bocadillos.

—Para empezar —le pregunté a la joven—, ¿conoce a alguien en la ciudad a quien telefonear… alguna amiga, algún pariente?

—No. Soy una completa extraña aquí.

—¿De dónde viene?

—De Filadelfia.

—La respuesta es fácil —repliqué—. Le prestaré cinco dólares y ya me los devolverá. Coja esta noche el tren… Salen prácticamente a todas horas.

—No puedo —dijo en voz baja.

—¿Tomar los cinco dólares? No se preocupe, ya me los devolverá.

—No me refiero al dinero. Es que… no puedo regresar a Filadelfia.

Se volvió hacia mí, su semblante lleno de determinación.

—¿Por qué no?

No contestó. Bruscamente, comprendí que estaba equivocado… Su semblante no mostraba determinación, sino miedo.

—Está bien, cambiemos de tema. Hábleme de usted; no pertenezco a la Sociedad de Ayuda al Viajero, pero haré lo que pueda…

Entonces me dijo que se llamaba Tally Shaw. No tenía familia, ya que su último pariente, un tío anciano, había muerto la semana anterior. Se había llevado el dinero restante para venir a Nueva York. Y ahora aquí estaba sin dinero, sin amigos, sin empleo. Yo la escuché, la contemplé y comprendí que su vista era un agradable pasatiempo. Mientras hablaba, mantuvo la vista fija en la taza de té, como intentando leer en las hojas. Ocasionalmente, volvía la taza

lentamente entre sus dedos. En aquel movimiento había una gracia inconsciente, en tanto mantenía la cabeza arqueada sobre su esbelto cuello, mostrando un hermoso perfil. Sin embargo, no poseía lo que pudiera calificarse de gran belleza. Su encanto residía en su timidez, en su quietud, en una fusión de suavidad y reposo.

En su cabellera danzaban las luces del techo. La regularidad de sus delicadas facciones se veía contrarrestada por su boca, cálida y un poco ancha, y por sus prominentes pómulos que ponían en su rostro una expresión enigmática… una leve nota oriental.

—¿Qué pensaba hacer en Nueva York, antes de perder su dinero? —quise saber.

—No había hecho planes —se encogió de hombros—. Claro está, me gustaría hallar un empleo.

—¿Ha trabajado ya?

—Bueno, un poco… antes de fallecer tío Will.

—¿Sabe escribir a máquina, taquigrafía?

—No… No lo he estudiado.

—¿Ha sentido alguna vez deseos reprimidos? ¿Sabe cantar, bailar? ¿Nunca deseó ser actriz?

Dejó firmemente la taza de té sobre el mostrador.

—No sé cantar una sola nota —replicó—. Me gusta bailar…, pero sólo al compás de una orquesta. Y no tengo dotes de actriz. ¿Y usted?

—No —le aseguré—, conozco muy poco de estas cosas. Aunque empujado por necesidades económicas o problemas de empleos de temporada, he cantado en el coro de *El príncipe estudiante*, bailé en el vals de *La viuda alegre*, hice algunos papelitos hablados, incluyendo cinco versos en una ocasión —encendí un cigarrillo y añadí—. Tally, también he vendido billetes en un carnaval, trabajé de payaso en un circo y fui comerciante en Nevada…

—¡Oh! —me miró asombrada y un poco intrigada—. ¡Es usted actor!

—Sólo por necesidad —aclaré—. No por elección. Por gusto, si he de decirlo todo, soy mago.

—¿Sabe hacer trucos?

—Ciertamente. Y algún día usted los adivinará.

Por primera vez se echó a reír. Momentáneamente parecía haber olvidado sus problemas.

—¡Me gustan los magos! —exclamó—. Toda mi vida me han gustado los ilusionistas y los payasos.

—Estoy de acuerdo con usted, salvo que personalmente no me gustan los payasos.

—¡Es usted celoso! —Me miró atentamente y luego continuó, como si me viera por primera vez—. Me ha dicho que se llamaba Lew. ¿Cuál es su verdadero nombre?

—Lew Mountain. Últimamente trabajé bajo el pseudónimo de Patrick París… o Profesor París.

—¿Trabaja ahora en algún espectáculo?

—Trabajo en una sala de fiestas. Lo cual trae a mi memoria otro tema. No tengo mucho dinero. Como mago, sé que resulta poco digno confesar que no puedo materializar monedas en el aire. De modo que pensando así, sólo puedo hacer esto… —agité la mano en el aire y le mostré en la palma de la mano la llave de mi habitación en el hotel—. Esta noche puedo poner a su alcance todos los secretos, todos los misterios, todos los goces, todos los romances y el encanto de…, ¡del Taj Mahal!

Levanté visiblemente la llave.

—¿Qué es? —preguntó.

—La llave que conduce a un baño caliente, a un lecho bastante duro, a cuatro paredes a prueba de sonidos, y a un suelo y un techo muy dudosos. Es la llave de mi habitación, la número 302, situada en el «Hotel Delafield»… donde ahora estamos.

Me había escuchado con una sonrisa, mas de pronto la sonrisa se esfumó.

—¡Eh, aguarde! —me apresuré a exclamar—. No salte a conclusiones equivocadas. Usted necesita descansar esta noche… tal vez contar con un lugar para algunos días. Quédese aquí. Tengo la habitación alquilada por un mes. Usted se queda aquí y yo ya encontraré algún sitio donde roncar un par de noches. Lo cual me re cuerda que conozco a un tipo que tiene un apartamento no muy lejos de aquí. Y lleva años acosándome a invitaciones.

—Oh… —murmuró. Luego se abrillantó su mirada—. ¿No dirán nada en el hotel? ¿No se opondrán?

—No creo —la tranquilicé—. A la dirección le gustaría, claro, cobrar doble… y que nosotros viviésemos en pecado. No son moralistas, sino realistas. Pero una palmera salva a la doncella y si

un botones…; entonces, usted podría quedarse aquí eternamente.

Salté del taburete y recogí el equipaje.

—Vamos —la animé.

Saltó a su vez del taburete, siguiéndome al fondo del comedor donde se abría una puerta que daba al interior del hotel. Dejé el equipaje en el suelo, y me asomé al vestíbulo. Max, el botones, estaba apoyado contra el quiosco de periódicos, leyendo las revistas. Con el instinto seguro del que huele un pavo, levantó la cabeza tan pronto como se dio cuenta de mi presencia. Inmediatamente dejó la lectura y se acercó. Retrocedí con él hacia el comedor.

—Te presento a una vieja tía mía de Montreal —le dije, indicando a Tally—. Ha venido a descansar y, debido a la falta de habitaciones en el hotel, tiene que alojarse en la mía.

—Está muy bien conservada —sonrió, examinándola con atención.

—Sí, ¿verdad? Milagros del agua de su pueblo. Bueno, ¿no podrías subir este equipaje a mi cuarto, sin que te viese nadie y sin que me cobren el doble?

—Podría pasar el Yanquee Stadium por el vestíbulo sin que lo supiera nadie —aseguró.

—De acuerdo —le entregué un billete—. Esto es por el equipaje. Te veré arriba.

Max cogió la sombrerera y casi se dislocó el hombro al levantar el maletín.

—¡Caray, señora tía! —exclamó—, ¿qué lleva aquí, una carga de bombas?

Tally enrojeció y pretendió coger el maletín.

—Pesa mucho… Yo lo llevaré.

—No parece usted una dama muy afortunada —replicó Max, bizqueando los ojos—. He acompañado a borrachos mucho más pesados.

Pareció desvanecerse literalmente en el vestíbulo.

La habitación 302 estaba situada a espaldas del edificio, lejos de la Séptima Avenida. Era un cuarto de medidas regulares, con las paredes empapeladas, con los marcos de puertas y ventanas pintados de blanco. Habían modernizado el viejo mueblaje hasta una capa de pintura de esmalte negro, incluyendo la cama, el

armario, la silla de alto respaldo y la mesita del teléfono. Habían quitado las manijas de los muebles, reemplazándolos por pequeños circulitos de madera pintados también de negro. Las lámparas, que eran de los años veinte, seguían mostrando sus viejas bases, aunque las pantallas eran modernas, con dibujos particularmente odiosos. Sólo los grabados de las paredes eran los mismos. Y serían los grabados del hotel hasta el día en que las termitas los sacaran a dentelladas de sus marcos.

Tally contempló calmosamente la habitación.

—Lo mejor que puede decirse de este cuarto —bromeé—, es que está pagado hasta finales de mes.

De modo sorprendente, me acarició una mano.

—No sabe qué bonito me parece —murmuró.

—Si se lo parece, le mostraré lo demás. Por supuesto, no se extraviaría aquí, aunque de este modo no perderá tiempo buscando. Aquí está el baño. No lleva a ninguna parte. Éste es el armario; no intente encerrarse en él y dar media vuelta; yo lo probé una noche y quedé encajado. Luego, llegué tarde a mi representación.

Al lado de la cama, atraje hacia mí una puertecita de madera.

—Esto es la cocina —expliqué—. No se permite guisar en las habitaciones, pero no ocurre nada mientras la dirección no se entera —volví a cerrar la puertecita y le entregué la llave—. No la abra más que cuando la necesite. La camarera lo sabe… Bueno, todas lo saben, mas mañana por la mañana dele este dólar y no dirá nada.

De una gaveta saqué una bandeja eléctrica, algunos platos, tazas y unos cubiertos, junto con algunos cacharros de aluminio, una cafetera y un asador pequeño.

—Aquí tiene —le enseñé—. ¡Todo lo necesario para la alimentación! Tengo azúcar, café y sopa envasada bajo llave; y leche fuera de la ventana.

—Utilitario —asintió ella—, cuando menos. No creo que dé usted muchas fiestas.

—Sólo durante el auge de la temporada —repliqué modestamente—, y sólo para…, bueno, para mí mismo.

La joven dejó los utensilios en la gaveta y la escondió debajo de la cama.

—Comprendo que le estoy causando grandes molestias… —

balbució.

—En absoluto —la corté, con tono ligero—. Siempre espero visitas.

Sonrió. De modo inexplicable, tenía el rostro como embadurnado por una expresión suave e inescrutable.

—Pronto hallaré algo —murmuró.

—No corra, muchacha —contesté—. Elija a su gusto, y empiece por arriba, si puede. Siempre podrá ir descendiendo.

Cogí el sombrero y salí al pasillo.

—Hasta mañana a mediodía —me despedí—. Y hágase una taza de café. Y otra para mí.

—Me levantaré mucho antes —prometió.

—Sí, pero yo no —repuse.

Yendo por la calle, reflexionando qué amigos tenía en la ciudad y dónde encontraría una cama para dormir, recité en voz alta:

Ven a mí a la luz de la luna.
Ven a mí y te diré una historia.
Mas tan sólo a la luz de la luna,
en el bosque que hay junto a la noria,
me sentía muy feliz.

3

Charles Denman, primer abogado de la defensa, era un individuo sardónico, con un rostro vigilante y escuálido. De pie junto a un ventanal de la sala, su figura quedaba recortada contra la luz, y detrás suyo, en el aire, se agitaban perezosamente las motas de polvo.

Denman llevaba toda la mañana dirigiéndose al jurado, tratando de triturar el discurso de apertura del fiscal, pronunciado el día anterior.

—Usualmente —continuó—, éste es el momento en que la defensa establece lo que desea demostrar… si bien vuelvo a recordarles que ni la declaración del acusado ni la del fiscal representan prueba alguna… Pero creo que será mejor que demore revelar nuestra defensa —su voz se abatió a un nivel confidencial—, porque, francamente, no creo que la acusación haya encontrado una base firme en su caso. Por ahora, suya es la carga de las pruebas, y prefiero dejarlo así.

»Les pedirán a ustedes que escuchen una historia… en la que alguien fue supuestamente asesinado. No existe el cadáver, ni el motivo, ni hay testigos. Y con esta grosera, mejor diría liviana, tela, ustedes tendrán que decidir… más allá de toda duda razonable, que se ha cometido el asesinato. Aparte de que aquí estamos en un honrado tribunal, que se juzga ahora la vida de un inocente, yo diría que toda la historia es tan… tan increíble, que no lograría el favor de media hora de televisión. Sin embargo —prosiguió Denman, tras observar la sonrisa de los jurados—, haremos lo que podamos para demostrar la inconsistencia, la falta de firmeza de todos los cargos. Estoy seguro de que ustedes necesitarán muy poca ayuda para darse perfecta cuenta de la falta de pruebas en los cargos presentados.

Dio media vuelta, en dirección a Cannon.

—Ayer, mi respetado colega, el señor Cannon, dijo, y le cito… —Denman fue lentamente a su mesa y cogió cuidadosamente una hoja de papel; luego, se caló unos lentes con montura de concha y sosteniendo el papel ante él, leyó con claridad—: «Deben recordar que el acusado no tiene obligación de demostrar su inocencia, puesto que esta obligación corresponde al Estado, y que mi obligación es demostrar la culpabilidad del acusado». —Denman dejó el papel sobre la mesa y se quitó las gafas—. Naturalmente, el señor Cannon admitió otras cosas —el defensor dio media vuelta y se encaró casualmente con el jurado—. No voy a leer todo su discurso porque creo estarán de acuerdo en que no vale la pena.

El rostro de Denman mostraba suma avidez.

—Sin embargo, les ruego que recuerden la gravedad de la declaración. Hablar es una cosa… Hacer, otra. Cuando se introduzcan en este caso las pruebas, e indudablemente se introducirán de forma muy impresionante, pregúntense a sí mismos qué demuestran. Díganse, por favor: «¿Qué significa esto? ¿Es una evidencia del hecho? ¿Significa algo a la luz de todo el caso?». Muchas personas inocentes fueron condenadas por evidencia circunstancial…

—¡Protesto, Señoría! —gritó Cannon, poniéndose de pie.

—¡Se acepta la protesta! —sentenció el juez. Luego, volvióse hacia el jurado—. Deberán pasar por alto la última observación de la defensa.

Denman sonrió interiormente. Aunque el juez advirtiese tal cosa al jurado, algunos miembros del mismo recordarían su frase. Denman había trabajado con dureza, tratando de borrar de la mente de los jurados la simpatía hacia el acusador, y procurando que la experimentasen por él. Y empezaba a sentirse agotado con el paso de las horas. Siempre había considerado el caso con inseguridad. Como abogado, sabía que su deber era defender tanto al culpable como al inocente. Hasta cierto punto, sólo limitado por su habitual cinismo, estaba dedicado a su profesión. Luchaba por los derechos de los acusados, protegía los derechos definidos por la Ley, y a veces sufragaba las costas de la defensa. No lo hacía por amistad, ni por ganancias monetarias, sino por la satisfacción de luchar de igual a igual con la ley. A veces, experimentaba mayor simpatía hacia los

culpables. El cliente, en este caso, había afirmado su inocencia. Los clientes raras veces le mentían a Denman, y si se convencía de que le engañaban, se negaba a representarles. Mas en este caso no estaba completamente convencido. Ni estaba seguro de conocer toda la historia; aunque lo que sabía le fascinaba.

—Deseo añadir muy pocas cosas —siguió—, aunque sí quiero recordarles que mi cliente no ha confesado su culpa. Lo cual significa que no es culpable… hasta que los cargos queden demostrados irrefutablemente. Y, damas y caballeros, esto no sucederá. Yo les ruego, yo les suplico, que mantengan vivo su sentido de comparación, que continúen albergando sentimientos de escepticismo, y que tengan el cerebro libre de prejuicios hasta haber escuchado a ambas partes.

Estuvo un momento erguido ante los jurados, y por fin saludó con la cabeza, dio media vuelta y se retiró a la mesa de la defensa.

El juez aplazó la sesión.

El ayudante de Denman, un joven de ojos azules y pelo corto, le ayudó a meter los documentos en la cartera.

—Creo que esto va muy bien —le confió a su superior.

Denman levantó la vista para seguir a su cliente que era escoltado, al salir de la sala, entre dos guardias.

—Bastante bien, supongo —asintió el abogado—. Aunque nunca se sabe… hasta que es demasiado tarde.

Los periodistas pasaron por la barandilla de madera y se aproximaron a Denman.

—Supongo que podemos decir que se siente usted optimista, abogado —preguntó uno.

—¿Cómo podría ser de otro modo? —sonrió Denman alegremente.

4

Naturalmente, a la mañana siguiente de conocer a Tally volví al «Delafield» hacia mediodía, y ella abrió la puerta de la habitación. Estaba totalmente vestida… con el mismo vestido del día anterior. Probablemente era el único que tenía. O al menos, el único que había traído de Filadelfia. Se había peinado, maquillado… y estaba muy bonita. La cafetera permanecía encima del plato eléctrico, y nos sentamos a desayunar… con un par de buñuelos que yo había comprado. Balanceé la taza sobre el brazo de la silla y traté de animar la conversación.

—¿Hace mucho que se ha levantado?

—Oh, sí… Horas…

—¡Caramba! Bueno, supongo que ha de ser estupendo levantarse temprano. ¿Cómo ha dormido?

—Muy bien. ¿Y usted?

No era un diálogo muy chispeante, pero me gustaba. Estando sentado ante ella y hablando con ella, ya tenía bastante.

—Muy bien —aprobé—. Toda la noche he dormido con el perro de mi amigo. El chucho siempre duerme en la cama sobrante, y cuando alguien duerme en ella, el perro no abandona su hogar. Sin embargo, con cierta persuasión, se dejó convencer y no me molestó. No me molestó…, pero insistió en quedarse él con la almohada.

Tally rio y en la alegre mañana su risa resultó tan brillante como la luz del sol.

—¿Trabajó anoche?

—Seguro. Tres sesiones.

—¿Es divertido?

—No mucho…

De pronto comprendí que mentía. Sí, era divertido. No me costaba mucho recordar que pocos años antes lo había juzgado la

mejor cosa de la existencia. Y empecé a hablarle de ello.

Nuestra casa, en la granja, era grande, cuadrada, achaparrada. Tenía un porche exiguo en profundidad aunque muy ancho. Y postes o pilastras de madera… colocados cada dos palmos para sostener una barandilla. En verano, mis padres sacaban un par de mecedoras y allí estaban sentados hasta el oscurecer. Aunque la casa tenía tres pisos, poseía un tejado plano de metal… pintado de color rojizo. Coronando el tejado había una cúpula de cristal… de un metro y medio cuadrado. Sobre la cúpula había un pararrayos largo y elaborado, que apuntaba al firmamento de Iowa. A la cúpula sólo podía llegarse por una escalerilla que se proyectaba a través de una abertura del techo de una habitación del tercer piso. Nadie entraba allí, ya que usualmente estaba ocupado por palomas y otras aves. Nunca supe por qué la construyeron o concibieron siquiera, en medio de las praderas. La casa la construyó algún pionero olvidado, mucho antes de la Guerra Civil, y mi abuelo la adquirió mucho después. Como la mayoría de las granjas, siempre necesitaba una capa de pintura.

En el patio delantero había grandes robles, sobre un terreno herboso, con una hierba que parecía crecer un palmo del suelo, sin crecer más. Mi padre colgaba en la rama de un roble una cuerda con un neumático viejo a guisa de balancín. Sin embargo, no recuerdo haberlo usado nunca; tal vez porque no tenía hermanos ni hermanas con quienes jugar, y me pareciese tonto columpiarme solo. Detrás, y lejos de la casa había los demás edificios de la granja: los graneros, los cobertizos para el equipo, la criba del maíz, el silo y el gallinero. Como me crie junto a los animales, éstos me atraían poco, y no eran ninguna novedad. Muy pronto, mis obligaciones consistieron en coger los huevos y ayudar a mi madre a dar el grano a las gallinas; poco a poco me gradué en ordeñar las vacas… y más tarde salí al campo.

Es fácil dar la impresión de que empecé a trabajar con dureza a edad muy temprana. Pero no es verdad. Mi vida fue la misma que la de casi todos los chicos agricultores, según creo, y aún mejor que muchas. Siempre teníamos a un peón para ayudar en todos los quehaceres, y mi madre tenía usualmente a una muchacha que le ayudaba en la casa. Nuestra granja era próspera, y nuestro estilo de vida estupendo. No obstante, una granja, a mi entender, es un lugar

solitario, a menos que forme verdadera parte de la vida de uno. Por desgracia, aunque yo vivía en una, jamás formó parte integrante de mí. Al oscurecer, la tierra parece expandirse, alejándolo todo, cada vez más lejos, hasta que la granja en que uno vive es una isla. Lo demás del mundo no cuenta; muy en lontananza se hallan las carreteras, las cuales no conducen hasta ti.

Kilómetros a través, una luz brilla en la ventana de otra casa, mas aquella luz forma parte de otra isla distinta y no tiene nada que ver contigo. Las ranas inician su serenata nocturna, lentamente, formando una aguda disonancia que gradualmente va aumentando en confianza y volumen, como a la orden de un director de orquesta; luego, la música decrece gentilmente, siguiendo sabe Dios qué tema, hasta que crece de nuevo y vuelve a bajar. A veces, las palomas de la cúpula arrullan incansablemente a la hora del crepúsculo translúcido, y las luciérnagas aparecen buscando en la noche con sus puntitos de luz algo que nunca encuentran. Y esto continúa hasta que todo muere con el frío rocío matutino.

A los nueve años, poco antes del décimo aniversario, vi un juego de magia en el catálogo-pedido enviado por correo que nos entregaban todas las primaveras y otoños. Durante horas leí aquella descripción, una y otra vez hasta poder repetirla palabra por palabra. Deseé poseer aquel juego más que nada de este mundo. Hasta aquel momento, preso por la fiebre de mi nuevo deseo, comprendí que nunca había anhelado nada en mi vida.

Mi madre sintióse desvalida ante la intensidad de mis ruegos, y no supo negarme aquel regalo por mi cumpleaños, aunque me imagino que su precio excedía de lo que había calculado gastar. Nos sentamos juntos en la mesa redonda de la cocina y rellené el pedido, poniendo la dirección y un sello en el sobre. Aquella noche apenas pude dormir de excitación, y por la mañana estuve aguardando la llegada del cartero en su modelo «Ford» anticuado. Cuando vi que la carta se hallaba ya a salvo y en camino lancé un profundo suspiro de alivio.

Nunca hubo en mi vida un día como aquél en que llegó el juego de magia. Jamás el sol había sido tan brillante, ni el cielo tan azul, ni el mundo tan hermoso. Llegó en una caja de cartón, grande y negra, y en la tapa se veía un mago de aspecto mefistofélico, con el pelo negrísimo y largas patillas. Vestía de esmoquin y estaba

sacando un conejo de un sombrero de copa. Dentro de la caja había un libro con instrucciones, y el equipo más sencillo para lograr que una moneda desapareciese dentro de un vaso de agua, para cambiar un penique en un centavo, y hacer aparecer pañuelos del interior de un huevo; había grandes dados de cartón, varillas de cristal, papel que cambiaba de color… El encanto del mundo de la magia y la ilusión. Con la caja de cartón sobre mis rodillas, yo poseía ya los secretos de la cábala, los misterios de la alquimia, la clave del Sábado Pecaminoso; era ya un compañero de Paracelso, un familiar de Cagaster, un estudiante de los egipcios.

A partir de aquel día, nunca tuve muy lejos de mí aquel juego. Y a medida que fui haciéndome mayor, me gastaba todo mi dinero, y después mis sueldos, en equipos más completos. Practicaba en mi habitación siempre que podía; en el granero y los prados, y llevaba cartas y monedas de plata en la palma hasta que mis manos y mis dedos trabajaban con independencia de mi cerebro.

Mi primera aparición pública como mago tuvo lugar en la población de Fairfax, a unos doce kilómetros de nuestra granja. Todos los sábados íbamos en el coche a la Iglesia Unitaria de Fairfax. Con ocasión de una comida en dicha iglesia, ofrecí mis servicios para el programa de distracciones al concluir el ágape. Y aunque con cierta cautela, el pastor protestante aceptó. Esta aceptación se basaba en parte en el hecho de que mi padre era miembro de la congregación desde hacía más de veinte años, así como en la falta de atracciones que presentar. En efecto, los escasos talentos de la congregación habían actuado ya demasiadas veces. Aquella tarde compartí los honores del cartel con una conferencia de quince minutos sobre las islas Falkland, acompañada de vistas fijas, islas situadas al extremo sur de Sudamérica, y notables sólo por su aridez; un concierto de piano a cargo de la señora Randy Fuller, una viuda que daba lecciones de música, y un dueto formado por dos hermanos, él y ella, hijos del matrimonio Ostander.

Literalmente, los embrujé… cosa rara tratándose de una iglesia. Oh, sí, la casa se venía abajo. Jamás olvidaré la sensación de estar de pie delante de aquel reducido auditorio y escuchar los aplausos de los amigos, la familia, los vecinos y los demás miembros de la iglesia. Para mí, sonaron a truenos. Al regresar aquella noche a casa, mi padre me felicitó y me regaló diez dólares. Me los

embolsé… por servicios profesionales.

Aquel verano concluí con el instituto, a los diecisiete años. Mis padres habían pensado enviarme a la Facultad de agricultura de Ames aquel otoño. A mí lo mismo me daba esto que otra cosa. Yo no estaba ni contento ni disgustado. Cuando llegara el otoño, si tenía que irme, me iría. Y así fue. En julio se celebró una especie de carnaval el día cuatro[1], en Oneida, la cabeza de partido del Condado… a unos veinte kilómetros al otro lado de Fairfax.

Aquella semana mi madre se puso enferma, por lo que mis padres no pensaban ir a la fiesta. Una familia llamada Murray, de la granja vecina, sí iba a Oneida en el coche, y me ofrecieron un asiento. Por aquellos días había ya cine, aunque mudo, y mi padre había erigido en la granja una antena para la radio superheterodino. De modo que ni el cine ni la radio eran ninguna novedad, pero yo nunca había visto una comedia teatral ni un circo. No había ciudades donde actuasen compañías de teatro o de circo en más de doscientos kilómetros a la redonda, y apenas una feria dentro de una distancia corta en auto.

Los Murray y yo llegamos a la feria después de anochecer. La noche parecía estriada con franjas anaranjadas, azules, verdes y rojas, en el firmamento aterciopelado. Recortado contra la luna blanquecina, una gran Rueda Ferris giraba lentamente en su órbita, y un tiovivo daba vueltas alocadamente, con unos caballos que saltaban y unos leones que corrían. El olor a caramelos y palomitas de maíz, a perros calientes, a cacahuetes tostados, a tamales calientes y a chicle, el del aserrín y el heno esparcidos por el suelo, parecía elevarse en ráfagas sucesivas entre el aire plácido de la noche en la pradera. Mis sentidos se vieron asaltados por la vista, el sonido, el olfato. En el primer instante me vi perdido. Estaba borracho de excitación, con una alegría que no había conocido jamás.

Rápidamente me separé de los Murray. Guiado por un conocimiento que no podía identificar, anduve directamente hacia un pequeño remolque rojo, estacionado a un lado del sendero central. Un hombre de media edad, con pelo arenoso y nariz venosa, estaba sentado en la escalerilla. No llevaba chaqueta a causa del calor, tenía la camisa desabrochada, enseñando un pecho velludo, y las mangas arremangadas mostraban unos brazos

pecosos.

—¿Es usted el dueño? —le pregunté.

Volvió hacia mí sus pesados ojos, como para reconocer mi presencia. Gruñó algo que podía ser una afirmación o una negativa.

—Quiero un empleo —le espeté con decisión—. Quiero trabajar para usted. Haré lo que sea…

—No necesito a nadie.

—Soy muy bueno con los caballos —repliqué.

Mis oídos zumbaban por el ruido y la excitación.

—Vete a casa, hijo.

Tenía metidas las manos en los bolsillos, y en mi embarazo hallé un dólar de plata en mi mano, que saqué del pantalón. Pasando mi mano ante sus ojos, hice aparecer y desaparecer a voluntad la moneda, que corrió por mi brazo, se detuvo, volvió a la mano, y se disolvió en el aire. Al fondo, oía el ruido de la gente en los tenderetes, en la balsa de los peces, en la rueda de la fortuna, y en las partidas con botellas de leche. El ruido de los autochoques, resonando mecánicamente en la noche. La orquestina con su combo de tres piezas, interpretaba una musiquita que anunciaba el comienzo del baile. Y por en medio de todo eso, la casa de la risa, el mono dromedario, los espectáculos de vida y tortura; los disparos en la galería de tiro, la galería de cintas, de botellines… Todo aquel mundo zumbaba y se contraía y reclamaba la atención de la gente en tanto yo iba jugando con mi moneda de plata delante del hombre de la nariz venosa. Bruscamente, se puso de pie sobre el último peldaño de la escalerilla, mirándome fijamente.

—No lo haces mal, chico —murmuró lentamente—. ¿Dijiste que deseas trabajo?

—¡Oh, sí…, sí, señor! —tartamudeé muy trastornado.

El hombre gritó un nombre por encima de la confusión y el ruido.

—¡Eh, Hym!

Inmediatamente se materializó una figura al lado del remolque; era un hombre musculoso, con un cuello muy grueso, y unas orejas llenas de cicatrices.

—Hym, échale un vistazo a ese chico. Es bueno.

Me indicó que reanudase mi actuación.

Hym me estudió con ojos calculadores.

—Sí —rezongó—, con una buena carita. Podría dar resultado —volvióse hacia el hombre del remolque—. ¿Has hablado con él? —El otro sacudió la cabeza—. De acuerdo. Lo haré yo.

Anduvimos en silencio hasta la tienda de cocinar, y nos instalamos a una mesa muy mugrienta. Hym descansó los brazos sobre las tablas mal unidas y me contempló cautelosamente.

—¿Vives cerca de aquí?

—No —mentí… sin saber por qué, salvo que aquella precaución me parecía útil—. Vine de una población de Minnesota… a unos quinientos kilómetros de aquí.

Gruñó, complacido con la información.

—¿Tienes parientes?

—No —volví a contestar, apartando resueltamente a mis padres de mi mente.

Asintió más contento aún.

—Muy bien. Ahí va el programa. Te quedarás para vender entradas. Empezarás en el espectáculo de la chica porque la admisión es de treinta centavos. Esto hace que resulte un poco difícil dar el cambio de un dólar. A veces, cuando te den un dólar, si eres listo, darás sólo cuarenta y cinco centavos de cambio. Yo siempre hago que la cola se mueva de prisa, a fin de que los que compran entradas no tengan tiempo de contar el cambio —se llevó una mano al bolsillo y sacó un puñado de monedas—. Veamos. Te enseñaré cómo hacerlo. Imagínate que ya te he entregado la entrada… y empujo el cambio hacia tu izquierda. ¿Por qué a la izquierda? Porque casi todo el mundo se guarda el cambio en el bolsillo derecho. Y hay otro motivo… que te diré luego. Ahora, adelanta el brazo derecho para recoger el cambio… Yo haré la cuenta, ¿sabes? De un dólar, señor, aquí tiene, treinta, treinta y cinco, cuarenta y cinco, cincuenta…, setenta y cinco… y un dólar. Muchas gracias.

Asentí mecánicamente a su cuenta; en mi mano tenía un montón de peniques, níqueles y centavos.

—Está bien —sonrió Hym—, cuenta tu cambio, hijo mío.

Lo conté… había sólo cincuenta centavos. Y debía de haber habido setenta. Hym continuó con su lección.

—De manera que lo interesante es tener gran cantidad de moneda suelta, para dársela a los clientes, y que no puedan contar

el cambio, para lo cual, tú habrás de añadir con algún malhumor: «Adelante, amigo… ¡Vamos, muévase! ¡Vamos, por favor, no obstruya la cola! ¡Va a empezar el espectáculo y los demás también tienen derecho a verlo! ¡Avance!». Entonces, uno de mis muchachos en la cola da un empujón y todos avanzan. El tipo se mete el cambio en el bolsillo, con la mano derecha. No tiene que cambiarlo desde la izquierda, de modo que ya no está seguro de lo que tenía y lo que ha recibido. Y eso es todo. ¿De acuerdo?

De repente, no pude hablar. Le miré tristemente, y sus ojos se fijaron en mí con dureza y expectación. Como si leyese en mi pensamiento, se encogió de hombros y se puso torpemente en pie. Como desde muy lejos, oí mi voz que murmuraba con una mezcla de vergüenza y excitación:

—Sí… de acuerdo.

—Perfecto —aprobó Hym—. Comerás de balde en esta tienda, y podrás buscarte un sitio para dormir en los carricoches al efecto. Cobrarás diez pavos por semana —esperaba mi protesta y al no escucharla se relajó su salvaje rostro—. Dentro de una semana, robarás para mí tres veces más, chico —fue hacia la abertura de la tienda, y se detuvo un momento para añadir—: No hay que darle nunca el cambio equivocado a un individuo que te da medio dólar o menos; y en un billete grande no hay límite de lo que puedes quedarte. No tengas los dedos muy pegajosos, ni trates de robarme a mí —se encogió de hombros, y levantó las manos en un gesto de perdón—. Quédate con algo… con algo sí, ¿entendido? Pero no olvides, muchacho, que yo soy el dueño.

Salió a la noche, al ruido nocturno.

5

—Por favor, que suba el testigo al estrado —voceó el ujier.

Cannon se acercó a la silla de los testigos y preguntó casualmente.

—¿Cuál es su nombre?

—Daniel F. Mikleson.

—¿Es usted miembro del departamento de Policía de Nueva York?

—Sí, señor. Soy teniente, agregado a la brigada de homicidios del Este.

—¿Recuerda lo que sucedió la mañana del veintitrés de noviembre del año pasado?

—Sí, señor.

Cambiando de postura en la silla, por otra más cómoda, el teniente explicó que lo enviaron a registrar una casa situada en la calle Ochenta y Nueve Este.

—¿Fue ello en respuesta a una llamada anónima?

—Sí, señor, por teléfono. Un individuo llamó desde una cabina pública de la estación del Metro del lado Este… la parada de la calle Ochenta y Seis Este.

—¿Habló usted con él? —Cannon añadió rápidamente—. Y si fue así, ¿qué dijo el individuo?

—Hablé con él y dijo: «De la chimenea de esa casa salen unos olores espantosos. Creo que se ha cometido un asesinato».

Cannon contempló suspicazmente al acusado y volvió a dedicar su atención al testigo.

—Después de esa llamada, usted se dirigió al lugar indicado. ¿Le acompañó alguien?

—Sí, otro detective llamado James Lowery.

—¿Qué ocurrió al llegar a la casa?

—Es una casa grande, una residencia particular. Hay una puerta de cristal muy grueso, protegida por una mampara de hierro. Tocamos el timbre y durante algún tiempo aporreamos la puerta.

—¿Cuánto?

—Diez minutos. El timbre funcionaba porque oí el repiqueteo interior.

—¿Qué hora era?

—Cuando llegamos y estacionamos el coche policial delante de la casa consulté mi reloj. Eran las 10,28 de la mañana.

—Gracias. Después de tocar el timbre y aporrear la puerta durante diez minutos, ¿qué hicieron?

—No sabíamos con seguridad si la llamada no la habría efectuado algún chiflado, o un vecino enfadado. Y estaba a punto de regresar a mi despacho para realizar ciertas comprobaciones, cuando un hombre abrió la puerta.

—¿Cómo vestía?

—Ropa interior, aunque llevaba encima un batín.

—¿Cuál era su aspecto? ¿Estaba afeitado? ¿Tenía peinado el cabello?

—No, señor. No estaba afeitado y su pelo se hallaba muy alborotado.

—¿Ve a ese mismo hombre en esta sala?

—En efecto —el teniente miró fijamente al acusado—. Está sentado allí.

—Por favor, vaya hasta él y coloque una mano en su brazo.

El teniente anduvo rápidamente la distancia que le separaba del acusado, le tocó brevemente el brazo, y regresó al estrado de los testigos.

—Bien —prosiguió Cannon con su interrogatorio—, ¿qué dijo el acusado al abrir la puerta?

—Actuó de manera muy rara. Él…

—¡Protesto! —tronó Denman.

—Se admite la protesta —concedió el juez.

—Está bien —se conformó Cannon—. Después de abrirse la puerta, ¿qué ocurrió?

—Nada… por unos instantes —replicó Mikleson—. El hombre calló. Le enseñé mis credenciales y preguntóme qué deseaba. Le conté que alguien había llamado hablando de un crimen y que tenía

la obligación de efectuar un registro de la casa.
—¿Qué dijo entonces?
—Nada. Se comportó de una forma muy rara y…
—¡Protesto! —exclamó el defensor.
—Admitida la protesta.
—¿Sacudió la cabeza? —insistió Cannon.
—Sí, de un lado a otro. Tuve que repetir mis palabras. Por fin me preguntó si tenía un mandamiento. Contesté que no, mas que lo conseguiría si él insistía. Que dejaría al detective Lowery de vigilancia, mientras yo iba a buscar la orden de registro.
—¿Y qué contestó el acusado?
—Me dijo: «Bien, puede entrar».
Paso a paso, Cannon condujo al testigo a la descripción de la casa. Mikleson identificó fotografías del dormitorio del acusado y el baño contiguo, que se había tomado en su presencia por personal policíaco. Cannon las ofreció como pruebas y como tales quedaron señaladas.
—Más tarde volveré a referirme a esas fotos… con el permiso del tribunal —continuó Cannon—, mas por ahora quisiera proseguir con mi actual línea de interrogatorio.
No hubo objeción por parte de Denman y el fiscal continuó:
—Dígame, ¿qué encontraron cuando llegaron al sótano de la casa?
—Había una habitación con un gran horno, junco con el cuarto de lavar y unos baños —declaró Mikleson—. También había otras piezas…
—Por favor, concentrémonos sólo en el horno. ¿Dónde estaba situado respecto a la parte delantera y posterior de la casa?
—Al fondo.
—¿Había ventanas?
—Sí, señor. Dos. Pequeñas y muy altas en los muros…, exactamente al nivel de la calle.
—En otras palabras, que era extremadamente difícil ver dicha habitación desde fuera.
—Sí —asintió el teniente—. Era casi imposible verla desde fuera, a menos que uno se agachase para mirar.
—¿Había algo fuera de lo corriente en aquella habitación?
—Bueno, la casa necesita un horno muy grande, ya que es una

residencia enorme. Y aquel día hacía calor, pese a lo cual ardía un buen fuego…

—Un momento, por favor —le interrumpió Cannon—. Con permiso del tribunal y el consentimiento de mi estimado colega defensor, me gustaría introducir los informes oficiales del tiempo en las fechas de veintidós y veintitrés de noviembre del año pasado. Los he obtenido del departamento meteorológico y puedo interrogar, en caso necesario, a un experto.

—No hace falta —dijo Denman con indiferencia.

—Continúe, pues, señor Cannon —ordenó el juez.

—Durante el Veranillo de San Martín de aquel otoño —siguió el fiscal—, las temperaturas oficiales para el veintidós de noviembre fueron de 20 grados la máxima y 14 grados la mínima, y el veintitrés del mismo mes, de 22 grados la máxima y 15 la mínima —exhibió una cartulina que entregó al jurador—. Está bien, señor Mikleson, continúe.

El detective volvió a su testimonio.

—El horno estaba sumamente caliente, tanto que no pude tocarlo con la mano.

—¿Lo intentó?

—Sí, señor, para comprobarlo. Por fuera, el horno estaba revestido con una capa aislante, pero incluso a través de dicha capa resultaba demasiado caliente para tocarlo.

—¿Le pareció esto raro?

—Sí, claro. A causa de la temperatura… Hacía tanto calor que no se necesitaba aquel exceso. Además, es perjudicial que un horno se caliente tanto, pues esto los echa a perder. Luego, registré aquel cuarto y vi que lo habían fregado recientemente.

—¿Muy recientemente?

—Mucho. Aunque el cuarto estaba muy caldeado, en un rincón todavía había un poco de humedad en el suelo.

—¿Puede describir dicho suelo?

—Estaba compuesto de losas de cemento cuadradas, muy sólidas. Pero en las junturas había pequeñas grietas.

—¿Qué más vio en aquel cuarto?

—Por las señales del suelo y las paredes, había indicios de un gran banco de trabajo, que había estado poco antes en el cuarto.

—¿Ya no estaba?

—No, señor.

—Un momento —interrumpió Denman—. Me opongo a esta respuesta. En la historia de la casa, de unos setenta y cinco años de antigüedad, probablemente hubo muchos bancos de trabajo en el sótano. ¡Y ya no hay ninguno! Estoy seguro de que el señor fiscal se muestra… excesivamente celoso al intentar dar una interpretación falsa a un simple banco de trabajo.

—Señoría, es algo completamente importante en el caso —arguyo Cannon, de cara al juez—. Puedo demostrar que aquel banco estaba en el cuarto del horno hasta la noche del asesinato…, y es una prueba de consideración.

—Adelante —asintió el juez—, a condición de que toda referencia al banco será borrada del acta si no queda demostrada más adelante su importancia.

—Con el horno tan caliente, la humedad en el suelo, y la falta del banco, usted decidió seguir investigando. ¿Qué encontró?

—¿En el cuarto del horno?

—Sí.

Mikleson se humedeció los labios con la lengua, apartando ligeramente la mirada de la mesa del defensor.

—Bueno —pronunció lentamente—, en el suelo, fuera del horno, hay una pequeña zona donde el cemento está agrietado… formando como un platito. Parte de ese hoyo se introduce por debajo del horno unos centímetros…

—¿Es ésta una fotografía del hoyo… o mueca del cemento? —preguntó Cannon, exhibiendo una cartulina.

—Exactamente —afirmó el teniente.

Cannon ofreció la foto como prueba y le pidió a Mikleson que continuase.

—Aquel espacio agrietado —prosiguió el oficial— se halla a corta distancia del portillo del horno; a un lado. El suelo también desciende ligeramente en esa dirección. Y en aquella leve cavidad del suelo, oculta en parte, encontré un fragmento ¡de un dedo humano!

Cannon exhibió una redoma clínica con tapón de cristal. Dentro, flotando en formaldehido, había un fragmento de dedo de dos falanges de longitud.

—¿Es éste el dedo que encontró?

—Sí —lo identificó Mikleson deliberadamente—. Yo mismo corté una muesca en forma de «V» en la uña. ¡Es la misma uña!

El dedo quedó marcado como prueba.

—Tras encontrar el dedo, ¿qué más hizo usted?

—Corrí arriba donde el detective Lowery estaba aguardando con el acusado, y llamé a la Central. Pedí que enviasen el informe de mi hallazgo al despacho del forense… y que me mandasen un equipo fotográfico y dactilar.

—Gracias, teniente. Nada más —terminó Cannon. Luego, se volvió hacia el defensor y añadió—: ¿Desea interrogar al testigo, señor Denman?

—Sí.

Denman se puso de pie, consultó una hoja de papel con notas que tenía en la mano y se acercó a Mikleson indolentemente.

—Respecto a esa misteriosa llamada anónima… ¿La recibió en directo?

—No, llegó a través de la comisaría y su centralita.

—No sabe quién llamaba aunque está seguro de que era un hombre, ¿verdad?

—Sí, señor. Sé que era un hombre.

—¿Una voz profunda?

—No. Ordinaria.

—No era voz de bajo ni de barítono. ¿Entre tenor y barítono, quizás?

—Exacto.

—¿No es cierto que algunas mujeres poseen voz de contralto?

—Sí, creo que sí.

—Bien, una voz femenina por teléfono… una voz profunda de contralto… puede sonar muy semejante a una voz de tenor. Particularmente, si la mujer trata deliberadamente de disfrazar la voz. Y ahora, teniente, someto este punto a su consideración: ¡usted no puede positivamente afirmar que no era una mujer la que llamaba, si la mujer intentó disimular su voz!

—Bueno, yo…

—Conteste sí o no, por favor.

—Nooo, señor —tartamudeó el teniente—. No puedo afirmar positivamente que fuese… Aunque creo…

—Sin opiniones, teniente. Sólo hechos. Volvamos a la misteriosa

llamada telefónica procedente de una persona desconocida, que usted no sabe si era de hombre o mujer. ¿Qué dijo esa persona?

—Esa persona dijo: «De la chimenea de esa casa salen unos olores espantosos. Creo que se ha cometido un asesinato».

Mikleson dio acto seguido las señas de la casa, la hora aproximada de la llamada, y los esfuerzos efectuados para descubrir de qué cabina pública procedía la misma.

—Está bien —concedió finalmente Denman—. Dígame, ¿no es procedimiento algo fuera de lo normal que la Brigada de Homicidios actúe en la ciudad siguiendo una pista conseguida por un medio tan poco regular?

—No, señor —negó Mikleson con énfasis—. Muchas veces recibimos informaciones… chivatazos… de fuentes muy extrañas.

Esta declaración impresionó fuertemente a los miembros del jurado.

Denman intentó destruir tal impresión.

—Entonces, supongo que ustedes deben estar muy ocupados siguiendo pistas lanzadas por chiflados, borrachos y misteriosos desconocidos… que desean ajustar cuentas personales. Entonces, ¿es verdad, teniente, que la Brigada de Homicidios de esta ciudad investiga toda esta basura y se niega a quemarla en los incineradores urbanos?

—¡Sí, cuando en los incineradores urbanos hay cadáveres! —replicó airadamente el testigo.

Suspirando, Denman despidió al teniente.

El juez consultó el reloj de pared, golpeó la mesa con su maza y dio por aplazada la sesión.

6

Tally poseía una especie de seguridad interior, una tranquila aceptación de la vida que, al cabo de muchos años de vagabundeos e inestabilidad, me atraía profundamente. Durante varias semanas buscó infructuosamente diversos empleos. Tardaría meses, posiblemente años, en conseguir los contactos necesarios para lograr ganar el dinero preciso para sustentarse haciendo de modelo o recepcionista, o cualquier otro de los trabajos bien pagados que podía desempeñar. Sólo quedaban, por tanto, las tareas vulgares, mal pagadas, que ofrecen aburrimiento y monotonía.

En el «Club Martinique», donde yo actuaba, el primer pase del espectáculo tenía lugar a las nueve y media de la noche. En consecuencia, yo llegaba al club un poco antes de las nueve para vestirme, comprobar el equipo y maquillarme. Todas las tardes, con regularidad, me encontraba con Tally en el «Delafield» y cenábamos juntos en alguno de los restaurantes baratos de la Octava Avenida, y luego paseábamos por Broadway.

A veces, nos metíamos entre la multitud, deteniéndonos a contemplar los vestíbulos de los teatros y cines. Por la noche, las tiendas grandes y pequeñas relucían con los anuncios de neón color verde, lavanda y rosa; los discos atronaban por los altavoces en las tiendas dedicadas a su venta, ensordeciendo en la calle; diminutas tortugas con los caparazones pintados se arrastraban sin rumbo en un interminable intento de escapar a la contemplación de los escaparates; muchos de éstos estaban llenos de rostros de yeso de un doliente Jesús cuyos melancólicos ojos parecían mirar desde un rincón; montones de naipes con mujeres desnudas al dorso. En algunas tiendas, los atareados comerciantes pegaban iniciales personales en absurdas pieles de plátano de la anchura de tapas de cloaca; en otras, es posible adquirir excrementos de perro, de goma,

para bromas, a precios populares; estatuas de la Libertad de latón, equipadas con termómetros y barómetros, aunque no con velocímetros; corbatas de rayón con la fecha del cumpleaños y el signo personal del zodíaco; mantillas españolas, navajas, fotos de moiré de mujeres, que pueden manejarse de forma que sus pechos y caderas se muevan atractivamente; pulseras «*souvenirs*» de la ciudad de Nueva York, relojes por 2,75 dólares con garantía ilimitada concedida por el fabricante (desconocido e inhallable); alfombras orientales que obligarían a un árabe a tirar el Corán al fuego.

Hay tiendas de penique con máquinas que enseñan a torpedear los buques enemigos; máquinas para comprobar la fuerza personal; y máquinas donde se puede visualizar una película de *strip-tease*. Hay tenderetes donde venden jugo de naranja, de papayo, leche de coco, y salsa de uva con sabor a menta; bocadillos calientes y «perros calientes». Hay salas de baile donde la entrada permite bailar con chicas cansadas y aburridas. Hay también sitios donde es posible comprar marihuana y otras drogas.

La multitud se empuja, corre, se detiene… con un pulso y una palpitación que llega con la noche y huye con el día. Sí, es un paraje de ensueños… ¡casi todos malos!

Por las noches, después de cenar, íbamos cogidos de la mano, hablando, riendo, explorando… Cuando llegaba el momento de irme al club, acompañaba a Tally al hotel, dejándola con la promesa de visitarla a la mañana siguiente.

Una noche, mientras contemplábamos las fotos de una película, en el vestíbulo de un cine, comprendí que Tally tal vez tendría una oportunidad en el circo… El «Gran Circo», que acababa de inaugurar la temporada en Nueva York.

—Tengo una idea —díjele—. ¿Te gustaría trabajar en un circo? El sueldo de una chica de conjunto no es malo… y no hace falta ninguna experiencia: sólo ser bonita. Trabajarías casi nueve meses al año, habitación y comida pagadas. ¿Qué tal? Mañana iremos al «Garden», a la *matinée*.

—¿Has trabajado alguna vez en el circo, Lew? —me preguntó.

—Seguro —asentí—. Dos temporadas. Antes de la guerra. Entonces, yo era muy joven… y parece que ha transcurrido ya mucho tiempo.

Tally buscó de nuevo mi mano.

—El circo… ¿cómo es?

Regresamos al hotel, andando lentamente entre el gentío, teniendo a veces que bajar a la calzada, y dando rodeos por entre la corriente humana.

—Claro que el decir el «Gran Circo», me refiero a un circo… porque sólo hay uno Grande. Empieza todos los años la temporada aquí, en el «Madison Square Garden». Allí hay una enorme tribuna… siempre llena. Luego, cuando trabaja en otros sitios, lo hace bajo la lona… setenta y cinco mil metros de lona. Viaja unos veinticinco mil kilómetros al año, y cuando en diciembre llega a Florida uno se queda realmente sorprendido de haber resistido tanto.

—¿Tan duro es?

—Oh, sí…

Me acordaba de todo… del niño que yo había sido… el adolescente que pasó del circo pequeño, de las ferias, a trabajar con el «Circo Grande». Después de las ferias, aquello me pareció majestuoso. El «Circo Grande» era muy lujoso comparado con todo lo anterior.

—Pero se aprende… a resistirlo. Se sufren lluvias, tormentas, huracanes, ciclones… todo lo que el servicio meteorológico puede presentar anualmente. Tormentas de polvo, tempestades de arena… el viejo termómetro a cuarenta grados no significa nada. Se ejecutan cuatrocientas representaciones en algo más de doscientos días, recorriendo ochenta poblaciones de más de veinticinco Estados.

—¿Y cómo lo hacen?

—Bueno, el «Gran Circo» lleva su propio convoy. Con cuatro secciones. Se duerme allí, se come allí… Con todo el equipo y el personal… y los animales. Cuando se plantan las tiendas y la carpa, el circo abarca dieciocho acres de terreno.

—Y si yo… si yo pudiera trabajar en el circo —balbució ella—, tú… ¿no irías conmigo?

—No. Me gustaría… y sería divertido. Mas he trabajado demasiado tiempo tratando de conjuntar mi propia actuación. Si alguna vez vuelvo al circo, sería como augusto, y con el maquillaje de payaso nadie me reconocería. Hay tal vez unas mil quinientas personas trabajando en el «Gran Circo» y de todas ellas, nadie queda tan invisible como el payaso.

Ya estábamos en el hotel y yo tenía prisa.

—Mañana iremos a verlo —le dije.

Me miró, asintió, aunque no con excesivo entusiasmo, y la dejé.

Al día siguiente estuvimos en el «Gran Circo», detrás de la pista. Ante nosotros se había formado una enorme procesión, rota en ocasiones, dejando brechas, que volvían a juntarse, a formarse, a presionarse.

Los ojos de Tally iban captando la magia del color: los bien cuidados caballos con sus jinetes sosteniendo gigantescos candelabros dorados; vegetales animados que andaban sobre patas de goma roja; toros poderosos, inmensos elefantes con tiendas encima, envidia de los potentados orientales; coristas esbeltas, bellísimas, ataviadas como los meses del año, cada una rodeada por pajes, cortesanos y grotescos enanos; jirafas, altísimas, torpes y arropadas con lazadas de satén en el cuello; cebras tirando de los carritos de los payasos; hadas estilo rococó, adornadas con polvo de oro y plata, con estrellas, con sedas y terciopelos; naves espaciales de plástico y cromo, lanzando centellas y fuego de colores, atestados de seres interplanetarios; una falange de antiguos romanos con cascos emplumados, corazas doradas y espadines; bailarinas con calzones de piel y sombreros mejicanos, armadas de pistolas de marfil; tigres que se paseaban inquietamente en sus jaulas de color carmesí y oro; monos vestidos de hombre; cerdos amaestrados, ataviados como enfermeras; acróbatas con pieles de leopardo y calzones de seda; hurís persas de los cuentos de Scherezade, acompañadas de ifrits, jinnis y mamelucos; y la procesión continuaba.

Los protagonistas de Madre Gansa con gigantescas cabezas de carnaval:

Bob-Peep

y Litle Jack Horner; Boy Blue con un tremendo cuerno; Old Mother Hubbard y el Caballo de Corazones; carretas y carrozas; coches de coronación y coches usados; Atlas llevando un enorme globo sobre los hombros; y payasos… payasos…

Payasos de todas las estaturas, trajes y colores; riendo, llorando, saltando, brincando, conduciendo autos de miniatura, montando animales increíbles… ¡Magníficos, deliciosos payasos!

Por un momento, Tally cerró los ojos ante tanta confusión, y

cuando volvió a abrirlos, un payaso estaba junto a ella contemplándola. Su cabeza terminaba en punta y encima llevaba un sombrero muy pequeño, con una gran pluma de faisán en la cinta. Sus grandes y móviles labios caían en decepción, mientras sus ojos, que miraban hacia arriba gracias al efecto de unas líneas de color negro, la miraban con una sorpresa perpetua, arrolladora.

—Vamos… ¿la asusto? —preguntó el payaso con voz cascada.

—Lo siento —rio Tally sin aturdirse—. Me ha sorprendido, nada más.

—Éste es Hammy Nolan —le presenté—. Le conozco desde que estuvimos juntos en la feria. Ham, una buena amiga mía: Tally Shaw.

—Hola, chica —saludó Ham con su voz normal.

—¿Qué tal van los asuntos? —quise saber.

—Regular —replicó el payaso—. Como siempre… aunque la temporada acaba de empezar y no es posible predecir nada. Pero ya sabes que en este oficio las cosas no suelen cambiar mucho.

—Ham, Tally necesita trabajo. ¿Está todavía Seaton como director del espectáculo?

—Seguro.

—¿Crees que le hacen falta chicas?

Nolan sacudió la cabeza lentamente. Llevaba la garganta rodeada por un enorme cuello plisado y su traje en forma de globo aumentaba su corpulencia.

—Todavía no es el momento adecuado para preguntárselo, Lew. Las de mayo aún no se han ido.

Tally me miró intrigada y me apresuré a explicarle:

—Se refiere a la gente que se une al circo en el Sur, y continúan sólo hasta que llega al Norte. Se marchan hacia el primero de mayo, cuando el circo empieza su gira.

—Aguarda tres o cuatro semanas más —me aconsejó Nolan.

—Sí, tienes razón —accedí.

Ham contemplaba a Tally. Detrás de su máscara de maquillaje, era imposible saber qué pensaba. Cuando por fin habló, sus palabras no dejaron en mí ninguna duda.

—Una muchacha estupenda, Lew. ¿Sigues con tus trucos de magia?

—Sí.

—Seguro que realzaría tu actuación. ¿Por qué no la llevas como ayudante?

Durante años había actuado solo, y nunca se me había ocurrido la idea de realzar mi actuación con la presencia de una chica. Mis contratos menudeaban, trabajaba casi constantemente, y mi agente conseguía para mí buenos sueldos.

—No es mala idea —murmuré. Me volví hacia Tally y le pregunté—: ¿Te gustaría? ¿Quieres trabajar conmigo?

—Me gustaría… si tú lo deseas.

De este modo contraté a una ayudante. A partir de aquel día del circo, pasamos todas las tardes… todas sin faltar una, ensayando con Tally. Yo rehíce algunos números a fin de que ella pudiera estar más tiempo en el escenario. Básicamente, mi número consistía en tres ilusionismos: atrapar una carpa viva en el aire con un anzuelo diminuto; sacar leche de una marmita y hacerla desaparecer en el aire, a medida que la iba sacando; y una cuerda que iba extrayendo de un cesto y al final se convertía en una cobra. Asimismo, y esto era muy importante, entre cada uno de estos tres trucos, ejecutaba otros menores… con la máxima rapidez.

Cronometrando el tiempo y los movimientos, atrayendo la atención del público durante fracciones de segundo, Tally me permitía trabajar con más libertad, libre de la constante atención del auditorio. Gracias a este nuevo truco, mi representación resultaba mejor, más rápida y más complicada.

Ideamos un vestido apropiado, como unos leotardos blancos y con lentejuelas, ceñidos como un traje de baño; además, Tally llevaría guantes negros hasta el codo. ¡Oh, estaría magnífica!

Añadí la tradicional capa negra a mi esmoquin… aunque esta capa tenía también su truco. Estaba confeccionada de tal manera que yo podía cambiar el color de su forro de carmesí a púrpura, a amarillo y a azul, sólo con abrirla y cerrarla. Mas fue Tally la que inmediatamente puso nuevo color y nueva vitalidad a la simple rutina.

Después de casarnos, nos instalamos en el «Delafield». Y llevaba yo allí algunos días solamente, cuando vi que faltaba algo. Era el maletín de piel, aquél tan pesado, propiedad de Tally.

—Eh, muñeca —observé—. ¿Dónde está tu equipaje?

—¿Qué equipaje?

En aquel momento estaba sacando la cafetera de debajo de la cama.

—Ya sabes qué equipaje.

—Bueno… tengo la sombrerera en el armario, cariño.

—Sí, pero ¿y el maletín? ¿Aquél que pesaba tanto como si tuviera dentro uranio?

—Oh… —replicó con indiferencia, sin levantar la vista del suelo, donde estaba arrodillada—. Me deshice de él.

—¿Por qué?

—No valía la pena guardarlo.

—¿Qué había dentro?

—Nada. Trapos viejos.

No sé por qué aquello me pareció tan importante; tal vez porque ella sólo había venido a Nueva York con dos bultos… y ahora sólo tenía uno.

—¿Y no tienes más ropas en alguna parte?

—No —se incorporó, echándose el cabello hacia atrás y quitándose el polvo de las manos—. Tú me aceptaste para bien y para mal. No, sólo tengo las ropas que hay aquí —sonriendo, se inclinó hacia mí y me besó—. Ya sabías que yo no era una heredera. ¿Quieres pedir el divorcio?

—Por ahora no —sonreí a mi vez—, y hasta alguna vez te compraré un vestido.

Empezó a hacer café y no volví a referirme al asunto. Pero no logré apartar de mi mente aquel maletín. Sabía que me lo contaría todo en alguna ocasión; mientras tanto, yo no podía dejar de especular un poco: ¿por qué había abandonado tan repentinamente su hogar? ¿Por qué no tenía ningún lazo familiar en la vida? ¿Por qué no había traído más ropa?

No conocía mucho a las mujeres, pero poseía aún el mínimo sentido común para saber que ninguna mujer, pudiendo, sale jamás de su casa con un solo vestido y unas pocas prendas interiores.

7

Cannon estaba enzarzado en el interrogatorio de Harold Lafoski, miembro del laboratorio policíaco, que era testigo de la acusación. Lafoski declaró que había llegado a la casa junto con los policías Meyers y Cane. Habían registrado cuidadosamente el cuarto del horno, ante todo, y después el resto del sótano.

Por fin, habían terminado el registro en los pisos superiores.

—Bien —dijo Cannon—, voy a enseñarle varios objetos. Y deseo que usted los identifique. Primero: ¿reconoce esto?

Abrió una caja plana de cartón y extrajo un fragmento de metal casi liso, carbonizado. El pedazo de plomo estaba ahumado por el fuego.

—Sí —asintió Lafoski—. Hallé esta bala debajo del horno, dentro del cubo de la ceniza.

Cannon le entregó el proyectil.

—Por favor, diga si puede identificarlo sin dudas.

Lafoski giró lentamente la bala entre sus dedos, mirándola con atención.

—Arañé mis iniciales en el plomo con mi cuchillo.

Le devolvió la bala a Cannon.

El fiscal la ofreció como prueba, y el secretario la aceptó y la marcó con el número correspondiente. Cannon volvió al estrado de los testigos y alargó hacia el oficial de Policía otra caja muy pequeña, apenas de cinco centímetros cuadrados.

—Por favor, ábrala y dígame qué ve dentro.

Lafoski abrió la caja.

—Veo un diente.

—¿Lo había visto antes?

—Sí, señor.

A continuación, el testigo dio la localización de la casa, la hora y

la fecha en que había encontrado el diente.

—¿Dónde, a qué hora y qué lugar descubrió el diente?

—En el mismo sitio que la bala.

—¿El mismo sitio que la bala? Por favor, aclare un poco más, señor Lafoski.

—Debajo del horno, en el cubo de la ceniza.

—¿Puede identificarlo, sin dudas, y asegurar que es el mismo diente que usted halló?

—Sí. Observará usted que este diente está bastante chamuscado y manchado por el humo. Por tanto, era imposible marcarlo a pluma o lápiz. En consecuencia, hice un signo… precisamente el de sumar, usando pintauñas rojo.

—¿Ve aquí la misma marca?

—Sí, señor.

—¿Está seguro de que es la misma?

—Seguro.

—También someto esto a la evidencia —concluyó Cannon, entregando la cajita al secretario del tribunal, y cogiendo acto seguido un enorme sobre color manila—. Por favor, observe atentamente este sobre. ¿Lo ha visto antes?

—Sí. En la solapa está escrito mi nombre, Harold Lafoski, junto con la fecha del veintitrés de noviembre pasado.

—¿Qué hay dentro del sobre?

—Una pequeña cantidad de ceniza.

—¿Dónde la encontró?

—Debajo del horno, en el cubo de la ceniza.

—En el mismo lugar donde halló el diente y la bala, ¿no es así? —insistió Cannon.

—En efecto.

—Está bien. Hablemos de la ceniza. ¿Había una gran cantidad en el cubo?

—Bastante, sí, señor, aunque no con exceso. La suficiente para cubrir el fondo del cubo. Pero alguien había limpiado escrupulosamente el interior de aquél un poco antes.

—¿Lo limpió usted?

—Lo limpiaron antes de la llegada de la Policía.

—Si habían limpiado el cubo, ¿cómo se explica que usted encontrase aún dentro la bala y el diente?

—¡Protesto! —exclamó Denman, poniéndose en pie y dirigiéndose al juez—. La respuesta sería una mera suposición por parte del testigo.

Antes de que el juez dictaminase, Cannon repitió la pregunta de otra forma.

—Permítame preguntarle esto: ¿no es posible que la bala y el diente estuvieran dentro del fuego, entre las brasas del horno, y cayesen por la rendija, después de haber limpiado el horno?

—Sí —asintió Lafoski.

—Entonces, usted metió dentro de este sobre una muestra de las cenizas, lo cerró y lo firmó.

—Correcto. Recogí con la solapa del sobre un poco de ceniza, cerré el sobre y lo firmé.

—Gracias —replicó Cannon.

Entregó el sobre como prueba. Despidió a Lafoski y llamaron a Herman Meyers a la silla de los testigos.

Meyers, en respuesta a las preguntas de Cannon, se identificó como miembro del departamento de Policía, habiendo acompañado a Lafoski y estando presente durante el registro del sótano.

—Mientras el señor Lafoski examinaba el horno, ¿qué hacía usted, señor Meyers?

—Registraba el resto del cuarto —Meyers era un hombre corpulento, de anchos hombros y rostro enrojecido, que parecía impaciente por el interrogatorio—. Estaba dando un repaso general.

—¿Encontró algo?

—Claro que encontré algo.

Meyers, como muchos policías, opinaba que el tiempo pasado en un tribunal era tiempo perdido.

—¡Protesto! —tronó Denman, contemplando a Meyers con interés. Un testigo impaciente siempre es un testigo favorable a la defensa—. Este testigo hace observaciones con claros prejuicios.

—Por favor, conteste sólo a mis preguntas, señor Meyers —le recomendó Cannon amablemente—. De este modo no le daremos al señor Denman la oportunidad de que proteste —el policía miró al defensor y asintió—. Dígame qué encontró cuando registró el cuarto del horno.

—Hallé un cubo de basura.

—¿Lleno?

—Exacto. Lleno de restos diversos. De todas clases.

Cannon desenvolvió cuidadosamente un rollo de papel embreado. El paquete tendría unos veinticinco centímetros de largo, y cuando fue abierto dejó al descubierto cierta longitud de hueso, tan achicharrado y ahumado que parecía un palo negro. Atado al mismo había una etiqueta.

—¿Reconoce esto?

Le entregó el hueso, envuelto en el papel, a Meyers, el cual lo examinó con repugnancia.

—¿Dónde lo encontró?

—En el cubo de basura de que le he hablado.

—¿El cubo de basura del cuarto del horno?

—El mismo.

—¿Y qué halló allí?

—Un fragmento de hueso.

—Tras encontrarlo, ¿qué hizo usted?

—Le até esta etiqueta, y la firmé con mi nombre y la fecha.

Después de entregar la prueba, Cannon reanudó el interrogatorio.

—Señor Meyers, ¿encontró algo más de interés?

—Sí, señor.

Cannon le entregó un pedazo de lana de cinco por diez centímetros, y un pingajo de lona… ambas cosas muy quemadas.

—¿Encontró también esto?

—Sí.

Meyers identificó ambos trapos mediante sus iniciales, y las pruebas pasaron a poder del secretario.

Cannon despidió a Meyers. El siguiente testigo en prestar juramento fue Arthur Cane. Cane declaró que también estuvo presente en el registro de la casa llevado a cabo por Lafoski y Meyers.

—¿Qué encontró al registrar el sótano? —inquirió Cannon.

—Bien, señor… —replicó el policía—, allá hay un baño con ducha…

—¡Un momento! —Le interrumpió Cannon—. Antes de hablar de esto, ¿registró usted el cuarto del horno?

—Sí.

—¿Qué encontró?

—Tomé un poco de tierra de la que había entre las grietas del suelo de cemento. Metí la tierra dentro de un frasco de vidrio, y en el mismo pegué una etiqueta engomada. Luego, escribí mi nombre y la fecha.

—¿Es ésta la etiqueta? ¿Y el frasco?

—Sí, señor.

—Observo que también puso usted la palabra «horno» —Cannon sostuvo el frasco delante del testigo para que lo viese con claridad —. ¿Lo escribió usted?

—Sí, señor.

—¿Por qué?

—La etiqueta es pequeña y no tenía mucho espacio. Escribí, por tanto, la palabra «horno» para que en el laboratorio supieran que la tierra que contenía el frasco había sido hallada en el cuarto del horno.

—Muy bien. Y ahora, volviendo al cuarto de baño del sótano, mencionado por usted, ¿puede describirlo?

—Es una habitación reducida, de dos metros por tres. Y contiene un *water closed*, un lavabo y la ducha. El suelo del cuarto y el plato de la ducha estaban aún muy mojados, con leves charqui tos de agua.

—¿Qué hizo usted?

—Desconecté la trampilla del desagüe debajo del lavabo, y recogí algunos restos… como los que suelen hallarse en tales lugares. También los metí dentro de un frasco, le pegué una etiqueta y firmé con mi nombre y le fecha. Sin embargo, en esta segunda etiqueta añadí la palabra «baño». De esta forma podrían identificar el segundo frasco, diferenciándolo del primero.

—¿Es éste el frasco? —Cane lo identificó y Cannon lo pasó al secretario. Luego reanudó Cannon—: Usted examinó los demás cuartos del sótano. ¿Qué más halló?

—En el cuarto de lavar había un armarito metálico, una taquilla, que contenía las herramientas normales en todo hogar.

—Descríbalas.

—Había un martillo, un hacha, alicates, tenazas, dos serruchos, destornilladores, un soldador y varios paquetes de clavos.

—¿Es ésta el hacha que encontró?

El fiscal le entregó al policía un hacha tipo garra, de tamaño

pequeño; el testigo examinó las iniciales que había grabado en el mango y la identificó.

—La última identificación, señor Cane. Este sobre blanco, que contiene algunos cabellos, tiene $u nombre y la fecha del veintitrés de noviembre en él. ¿Puede identificar este sobre y decir dónde encontró los cabellos?

—Los cabellos los cogí de un cepillo perteneciente a Isham Reddick, un chófer que vivía en aquella casa. El cepillo estaba en la habitación de Reddick, en el piso alto. Quité los cabellos del cepillo de Reddick, los metí en el sobre, lo cerré y lo marqué con mi nombre y la fecha.

—Gracias. Nada más —terminó Cannon.

Denman se puso en pie para proceder al contrainterrogatorio, llamando a Lafoski al estrado.

El defensor se concentró en el oficial de policía, tratando de derribar la declaración sobre el diente, e ignorando el resto de la deposición por el momento. El diente, como prueba, era sumamente peligroso y Denman deseaba reducir su importancia. Se refirió a las notas que había tomado.

—Todos los dientes parecen iguales, ¿verdad, señor Lafoski?

—No para un dentista.

—¿Es usted dentista?

—No.

Denman contempló al testigo como a un bicho raro.

—Bien, cíñase entonces a responder a mis preguntas. Señor Lafoski, si yo le enseñase, pongamos cien dientes, eligiese uno y después le preguntase, muchos meses más tarde, si era el mismo…, ¿se mostraría usted positivo?

—Sí, en caso de haberlo marcado —asintió Lafoski, en guardia.

—Es posible. Mas ¿escribió usted su nombre en el diente que afirma haber hallado el año pasado?

—No. Yo…

—Esto no es correcto, señor Lafoski. ¿Escribió su nombre o sus iniciales en el diente?

—¿Cómo habría podido hacerlo? Yo…

—Sí o no, por favor. Es muy sencillo. Responda sólo sí o no.

—Sí o no —sonrió Lafoski.

—Muy gracioso, señor policía —observó Denman, curvando

levemente los labios—. Ya veo que además de no ser dentista, tampoco es usted comediante. Nos está demostrando que no es muchas cosas. Aunque le concedo cierta habilidad de loro para repetir cosas. Tal vez consiguió esta habilidad igual que los loros… amaestrándole.

—¡Protesto, Señoría! —rugió Cannon—. La defensa se ensaña indebidamente con el testigo.

—Creo que el testigo no está por completo libre de culpa, señor fiscal —replicó el juez calmosamente—. Sin embargo, señor Cannon, este tribunal le ordena al señor Denman que reprima sus comentarios jocosos.

Denman, satisfecho con este intercambio de frases, miró fríamente a Lafoski.

—Según lo entiendo, usted marcó un diente que encontró, con la laca de uñas. ¿Correcto?

—Sí.

—¿Por qué con laca de uñas?

—Porque se pega al esmalte.

—Interesante, muy interesante. ¿Tiene usted algún color o matiz preferido?

—No, para mí todos los colores de lacas son iguales.

—¿Llevaba un frasquito encima —inquirió Denman—, con el propósito de marcar un diente, si lo encontraba?

Lafoski enrojeció.

—No. Hallé el frasquito en la casa… en el cuarto de la criada.

—Lo encontró en la casa. ¿Cuál era la marca?

El testigo miró a Cannon, mas no obtuvo ayuda.

—No me acuerdo —repuso lentamente.

—¿Cuál era el nombre del color en la etiqueta del frasco?

—No lo sé… Supongo que era rojo.

—No suponga, señor Lafoski —la voz de Denman era helada—. Cualquiera de las damas aquí presentes puede manifestarle que no hay ninguna laca de uñas que sea sólo roja. Cada cual ostenta un nombre diferente… Por ejemplo: Rosa escarchado, o Recuerdos del Crepúsculo… Estudio en rojo… —los asistentes empezaron a reír y el juez golpeó la mesa con el martillo llamando al orden—. Dígame —prosiguió el defensor—, ¿por qué lo marcó con el signo de sumar?

—Era un signo muy sencillo —replicó Lafoski, sin ver la trampa.

—Cierto… cierto —afirmó Denman—. Sólo hay dos signos más sencillos: el «menos» de restar, que es la mitad de complicado que el de sumar; y un simple punto. Bien, la verdad, señor Lafoski, es que usted no sabe, sólo supone que se trata del mismo diente. Ciertamente, no puede reconocerlo; no recuerda la clase de laca ni su color; y lo único que hizo para marcarlo fue ejecutar un signo que cualquier niño o niña podría imitarlo.

—Sé positivamente que es el mismo diente —se obstinó Lafoski.

—Le recordaré, citando un refrán, señor Lafoski —observó Denman gentilmente—, que sólo los tontos se muestran positivos.

—¡Señoría! —protestó Cannon coléricamente.

—Borre la última observación de la defensa, secretario —ordenó el juez. Se volvió hacia el jurado—. Olviden lo que el señor Denman acaba de decir. Un testigo, de acuerdo con la Ley, ha de prestar evidencia lo más positiva posible.

Denman saludó cortésmente.

—Perdón —dijo con suavidad—, pensé que el testigo intentaba demostrar algo otra vez.

—¡Protesto! —gritó Cannon.

El juez asintió y golpeó la mesa.

—Por favor, señor Denman, no más comentarios.

Denman despidió a Lafoski. Había hecho lo que podía para convertir al testigo en un payaso. No estaba seguro, no obstante, del efecto causado en el jurado. Denman se encogió de hombros inadvertidamente, repasó sus notas y llamó a Meyers al estrado.

8

Tally y yo hacíamos tres números por noche en el «Martinique». Esto no era raro; la mayoría de clubs tienen varios pases, y algunos incluso cuatro o cinco. El primero empieza hacia las nueve y media; hay otro poco antes de medianoche y el último hacia la una y media. Es una forma de vivir al revés, ya que cuando uno se acuesta es casi de día. Uno se levanta a mediodía o a primeras horas de la tarde, y esto te concede casi el tiempo justo para cenar; y en unas muy pocas horas hay que hacer todo aquello que la gente normal hace durante todo el día.

Lo importante de este modo de vida es la perspectiva con que se miran las cosas. Las horas que cuentan, las importantes, son las oscuras, las horas de la noche. El día sólo significa la oportunidad de ir a la lavandería, ensayar el número; o visitar al agente teatral. De noche, cuando están las luces encendidas, tu vida se ilumina con ellas. Lo que digo es que tal vez la vida del artista sea como un club nocturno. Si por cualquier motivo, el lector tiene la ocasión de entrar en un club nocturno durante el día, verá que es un lugar desolado. Los cuartos y la sala están silenciosos, desiertos, salvo la presencia de algunos mozos y las mujeres de la limpieza… que trabajan inevitablemente bajo una débil luz. Las sillas están apiladas encima de las mesas, y éstas se hallan separadas de las paredes para que las mujeres puedan limpiar mejor. Las alfombras se ven raídas, los cuadros y los espejos de mal gusto, y los muros necesitan una capa de pintura. Y por encima de todo, penetrando en todos los cuartos, en todos los rincones, en los muebles y las lámparas, flota el olor a cerveza agria. En la cocina, el mayordomo pide víveres; y detrás del mostrador, el camarero comprueba sus provisiones. En el despacho, en contaduría, un contable pone en orden el libro. Parece en conjunto un restaurante cerrado por

quiebra.

De noche todo es diferente. El club está iluminado con luces tamizadas; la orquestina toca, llenando los rincones con su música; las mesas están cubiertas con manteles blancos; en tanto los camareros agitan las cocteleras con hielo, como si fuesen maracas. Es un mundo diferente.

Poco después, este mundo se torna real.

Entre los pases del espectáculo, hay muy poco que hacer. Sin tiempo para alejarse mucho del local, o ejecutar algo de importancia, por regla general, después de quitarse los trajes para no arrugarlos, uno se sienta entre bastidores conversando, o jugando a cartas. Algunos leen revistas y periódicos, escriben cartas o llaman largamente por teléfono.

Tally y yo compartíamos un pequeño camerino. Apenas era mayor que una alacena, con dos sillas y un tocador para el maquillaje. Después del primer pase, nos poníamos las ropas de calle y salíamos a dar una vuelta; entre los otros dos pases, aguardábamos en el camerino.

Y hablábamos.

Cada noche, de un modo u otro, ella me contaba algo de su vida, de cómo murieron sus padres en un accidente de automóvil siendo ella muy niña, y cómo había ido a vivir con sus tíos. La tía había fallecido ocho años después.

—Y sólo quedamos tío Will y yo —explicaba—. Aunque era un hombre muy mayor, nunca pensé en él como en un viejo. Era alto y sólido, y casi completamente calvo… tanto, que tenía el cráneo como afeitado. No hablaba mucho ni se quejaba; era muy generoso… y muy poco práctico.

Mientras ella hablaba, yo intentaba verla en relación con aquel hombre que la había criado, trataba de imaginarla cómo era entonces.

—¿Poco práctico? —me admiré—. ¿Qué hacía?

—Era grabador…, pero algo más. Era un artista. Un verdadero artista —se quitó un brazalete de la muñeca y abrió un guardapelo unido al mismo. Añadió—: Esta soy yo… un grabado que tío Will hizo cuando cumplí los catorce años.

Me entregó el guardapelo y yo lo puse contra la luz. De pronto, me sonrió un rostro aniñado. Los reducidos detalles de sus

facciones, el trazado de las líneas, eran exquisitos. No podía decir nada. Me limité a asentir en silencio y cerré el guardapelo, devolviéndoselo.

—Siempre quiso ser grabador —prosiguió ella—. Bueno, en la tradición de Durero. De joven estuvo estudiando en Europa. Grabar, como arte, estaba desapareciendo; cuando volvió aquí, se casó y para ganarse la vida, se convirtió en fotograbador.

—¿Y esto hizo el resto de su vida?

—Sí —la voz de Tally guardaba grandes simpatías para el pasado—. Siempre tenía trabajo y ganó mucho dinero. Tenía en casa el banco y las herramientas y, de vez en cuando, grababa en acero o hacía un aguafuerte. Cuando lo terminaba, lo destruía casi siempre. O lo regalaba a quien le gustaba.

Otra noche, en el camerino, Tally se estaba cepillando los guantes de terciopelo que complementaban su atuendo. Realizaba esta simple tarea con una concentración que me recordó a una mujer llevando a cabo los quehaceres domésticos. Existía cierta incongruencia entre la acción casera y la sofisticación de su vestido que me emocionaba. Me acordé de ella creciendo en casa de su tío.

—Cuéntame más cosas —le rogué—, de la casa donde vivías. Del sitio donde tu tío tenía su banco de grabador.

Momentáneamente continuó cepillando los guantes. Cuando alcanzaron un grado de perfección, los colgó en una percha. Casualmente, cruzó el camerino, mirándome con indiferencia, y riendo de pronto, se dejó caer en mis rodillas. Nuestro doble peso hizo que la silla crujiera y se arquease peligrosamente, lo cual debió oírse a través del tabique. Desde el camerino contiguo, una bailarina gritó:

—¡Eh, que esto no puede hacerse durante la representación!

Tally se ruborizó y trató de levantarse. La cogí por la cintura y la sosegué.

—No te molestes en negarlo, cariño —reí—. ¡Que piensen lo que gusten!

Tally me rodeó el cuello con un brazo. Encendí un cigarrillo y se lo pasé.

—Continúa —dije—. E ignora las interrupciones.

—Bueno…, vivíamos en Filadelfia en una calle corta… aunque lo mismo podía haber sido una calle de Cincinnati o Chicago.

—¿Has estado en Cincinnati o Chicago? —indagué.

Sacudió la cabeza, sonriendo.

—No. Pero nuestra calle era igual que otras muchas de Filadelfia que conozco, y que sé son iguales que otras muchas de todo el país.

—Seguro, cariño.

—Era una casa con otras idénticas a su lado… Ya sabes, continúan a cada lado como un solo bloque, y son exactamente iguales. Pero, si bien cada bloque es exactamente igual, no hay dos bloques idénticos. Quiero decir —buscó cuidadosamente las palabras—, que las casas de nuestro bloque eran algo distintas a las del bloque inmediato… y éste un poco diferente del otro… y así todos. ¿Lo entiendes?

—Sí, te entiendo.

—En nuestro bloque todas las casas eran de dos pisos, sin contar el sótano, claro. Todas las casas utilizaban los mismos muros contiguos, y estaban construidas directamente sobre la acera. Para llegar al portal era preciso subir seis peldaños de cemento. Conocía muy bien aquellos peldaños porque había jugado en ellos. Hacía rebotar una pelota allí, saltaba con la pierna izquierda y contaba los peldaños; luego, saltaba con la derecha, y volvía a tirar la pelota. Todas las niñas de aquel bloque hacían lo mismo.

»Todas las casas tenían un portal de madera, pintado de blanco, con dos pilastras. En el segundo piso, había una galería verde. ¡Oh, había algo más! Todo el mundo de nuestro bloque se sentía muy orgulloso de que todas las ventanas tuvieran el alféizar de mármol. No era mármol auténtico, sino piedra imitándolo. De modo que lo llamábamos mármol.

—Cariño —la interrumpí—, tal vez esto sea una tremenda sorpresa para ti, pero sólo en Filadelfia hay hileras de casas como éstas.

—¿De veras? —Frunció el ceño e inclinándose hacia el tocador, aplastó el cigarrillo—. Los dormitorios se hallaban directamente encima del comedor y el salón, sin grandes pretensiones. La casa de un obrero.

—Contigo dentro, muñeca —dije, besándola en la nuca—, era una mansión.

—No —negó con gravedad—, era una casa pequeña. En invierno, tío Will pintaba el portal. En el sótano solíamos guardar

los impermeables y paraguas. Cuando vivía tía, siempre suplicaba que nos trasladásemos a otra casa… pero nunca nos fuimos de allí —suspiró—. Es gracioso hablar así de todo aquello.

Una noche, yo estaba sentado leyendo el periódico en el camerino, con la silla apoyada contra la pared y los pies sobre el tocador. Había un artículo relativo a un estafador al que habían atrapado por llevar a cabo el timo de la estampita. En resumen, es esto: el timador busca a un tonto, y le pide dinero… por un motivo u otro. Para darle una garantía, mete dentro de un sobre, casi siempre bonos del Estado, y cierra el sobre. Luego, cuando el tonto empieza a sospechar, abre el sobre y halla sólo recortes de diario. El timador se ha limitado a darle el cambiazo con los sobres, tomando luego las de Villadiego con el dinero. Y es sorprendente cómo la gente cae de buena fe en este truco.

Le leía a Tally el artículo en voz alta y cuando concluí, me eché a reír. Sorprendentemente, no me secundó.

—Nadie —observó— le hizo este timo a tío Will, pero creo que es el único que no le hicieron.

—O sea que el viejo era un tonto.

—Oh, no. En cambio siempre se dejaba embaucar por una historia sentimental, y siempre fue optimista. Y entre ambas cosas, casi siempre estaba arruinado. Durante todos aquellos años que estuvo trabajando, ganó mucho dinero, pero nunca tenía nada. Oh, sí, pagábamos el alquiler —añadió sacudiendo tristemente la cabeza —, y las cuentas del tendero, y podíamos vestirnos…, pero nada más. Tío Will le prestaba dinero a todo el que se lo pedía. Y siempre compraba cosas…, cosas que nos iban a dar una fortuna de la noche a la mañana…, ¡y nunca era así! Compró terrenos durante la bancarrota de los años treinta y los perdió; especuló en sectores de terreno de los cementerios, que jamás llegaron a construirse; puso dinero en la fabricación de un coche con el motor detrás, y el auto no llegó a fabricarse —echó atrás la cabeza, como deseando ahuyentar aquellos recuerdos—. Invirtió dinero en bonos de un Gobierno sudamericano con gran descuento, y un nuevo Gobierno los canceló. Todo lo que tocaba… se deshacía en sus manos.

De repente, hubo lágrimas en sus mejillas, arruinando su maquillaje.

—El pobre tío Will era… —balbució—, bueno, creía que todo el

mundo era honrado como él. De viejo, enfermo y sin hijos… aún creía en los milagros.

—Cálmate, chiquilla —la animé—. Tal vez no lo sabes, pero tus lágrimas están estropeando esa carita de Venus —le di mi pañuelo y se secó los ojos—. Esto va mejor —alabé—. Y ahora, ¿a qué ha venido todo esto?

Esbozó una sonrisa.

—Soy una tonta. No vino por nada. Es que hace tan poco que murió tío Will… que siempre que pienso en él me entristezco —se levantó y fue hacia el espejo para retocar el maquillaje—. Es gracioso lo que pasa con los dos únicos hombres de mi vida.

—Un momento —le interrumpí—. ¿Quieres hacer una confesión? En tal caso, haré lo mismo con mis confidencias de adolescente…, pero sólo si mi abogado y mi agente están presentes.

—No seas tonto —sonrió, recogiéndose el pelo con un lazo de terciopelo y volviéndose hacia mí—. Estoy seguro que eres de fiar. Oh, me has interrumpido en mal momento. Iba a decir que los dos únicos hombres que he amado en vida sois tú y tío Will. Y los dos sois tan diferentes… Tío Will era…

—¡Un verdadero tipo de Filadelfia! —la atajé de nuevo.

—¡Por favor, no tengas celos! —parpadeó y sonrió—. No, vivía en un mundo de maravillas inventado por él. Mientras que tú, chico listo, conoces todas las respuestas, ¿eh? —de puntillas, me rodeó el cuello con sus brazos y me besó en los labios. Luego, inclinando la cabeza a un lado, preguntó—: ¿No es así?

—Chiquilla, no te equivocas —asentí con solemnidad. Y agregué —: Además, creo que la calidad del lápiz de labios ha degenerado desde mi juventud.

Se negó a reír el chiste y me contempló con los ojos muy cerca de los míos. Comprendí que estaba muy seria.

—Te amo, cariño —susurró—, y me apasiona que me ames — gentilmente, aflojó el abrazo, retrocediendo un paso y me miró—. Pero no me gustaría que llegaras algún día a odiarme, Lew.

—¡Un momento! —grité, tratando de reír—. ¿A qué viene esta conversación? Yo no odio a nadie. Amo a todo el mundo. ¡Soy un gran amador!

—Sí, querido —Tally dio media vuelta, sonriendo suavemente y se puso el vestido—. Salgo a comprar unos caramelos. ¿Quieres

uno?

—No, tráeme una ostra —pedí—. Con una perla dentro.

Y durante cierto tiempo, así fueron las cosas. Era una existencia apretada, interior, como metida una dentro de la otra: un camerino donde esperábamos hasta la hora de ejecutar nuestro número, y la orquesta tocando nuestra introducción. Los aplausos desde los veladores; el sobre con el salario los viernes.

A veces, caminábamos de madrugada hacia el hotel, deteniéndonos a tomar café y bollos con los camioneros, los lecheros y los polis. Era Broadway cuando la noche huía y las luces se habían apagado, sin llegar todavía el amanecer. Las aceras estaban solitarias y tristes; la hora era gris, fría; ah, pero es maravilloso andar con la chica que te quiere al lado.

Entonces, el mundo ya no está solitario ni frío.

9

El hombre de la silla de los testigos era el forense Howard M. Eggleston. Ataviado con un traje gris humo, una corbata a rayas grises y marrones, respondía a las preguntas con precisión y autoridad.

—¿Cuánto tiempo hace que es usted forense, doctor? —inquirió Cannon.

—Siete años.

—Y en ese tiempo, ¿cuántas autopsias ha efectuado?

—¿Anualmente?

—Sí, anualmente.

—Bueno, entre doscientas y doscientas cincuenta… No todos los años es el mismo número.

—Sí, claro. Pero es justo afirmar que en siete años usted ha efectuado de mil cuatrocientas a siete mil cincuenta autopsias, ¿correcto?

—Sí.

—Doctor Eggleston, ¿consideraría esta cifra un poco baja? Si fuese necesario, ¿podría darnos la cifra exacta de sus archivos?

—La cifra siempre estaría situada entre los dos extremos que usted ha mencionado. Y sería mantenida por el archivo.

—Gracias, doctor. En esos siete años, como resultado de su deber, usted ha examinado un gran número de cadáveres… cientos de ellos literalmente. Los ha examinado de hombres, mujeres y niños… de muchas edades y razas, ¿verdad?

—Cierto. Por la Ley, se requiere un examen en todos los casos de homicidio por accidente, antinatural y sospechoso.

—¿Ha identificado cadáveres con falta de miembros, como la cabeza, los brazos o las piernas?

—En algunos casos, sí.

—Y en esos casos en que los cadáveres estaban tan espantosamente mutilados, ¿eran las facciones o detalles corporales irreconocibles?

—Sí.

Denman se puso en pie.

—Esto es muy interesante —se dirigió al juez—, pero ¿qué intenta demostrar el señor fiscal?

Cannon, a su vez, volvióse hacia el tribunal.

—Como bien sabe el señor defensor, estoy estableciendo el fondo del testigo para su experta declaración.

Denman, que no deseaba una extremada eficacia de las actividades médico-legales ante el jurado, exclamó:

—La defensa concede que el doctor Eggleston es un experto.

Volvió a sentarse.

Cannon fue hacia su testigo.

—Bien, doctor, aquí tengo algunas pruebas. Como ya las he presentado al tribunal, deseo que usted las identifique. Primero, esta hacha identificada por el señor Cane. ¿La examinó en su laboratorio?

—Sí.

—¿Qué halló usted?

—En el punto de la «V», donde las garras de la hacha se juntan, había restos de sangre y cabellos rotos.

—¿Pudo identificar aquella sangre como humana?

—Sí, señor. Era sangre humana perteneciente al tipo O.

—¿Fue posible identificar el cabello?

—Identifiqué el cabello como de una cabeza humana.

—Gracias. Bien, aquí tiene un sobre, también identificado por el señor Cane, que contiene varios cabellos procedentes del cepillo de Isham Reddick. ¿Los examinó?

—Sí, señor —replicó Eggleston—. Los cabellos del sobre son idénticos a los que hallé en el hacha en el laboratorio.

El jurado, como un solo hombre, se inclinó hacia delante con los ojos fijos en el forense.

—Quiere usted decir, pues, sin duda posible, que los cabellos del hacha y los del cepillo son idénticos, ¿eh?

—Exacto.

—Por favor, ¿puede mostrarnos cómo llegó a esta conclusión?

Instalaron un proyector ~ una pantalla y el tribunal pudo ver proyectados secciones cruzadas de pelos, sumamente ampliadas. Eggleston, con voz decidida explicó la duplicación de la construcción celular y los puntos de identificación. Cuando concluyó, Cannon reanudó el interrogatorio:

—Aquí tenemos un pedazo de lona identificado por Harold Lafoski. ¿Lo examinó usted?

—Sí, señor. Esta lona había sido quemada por fuego, y contenía restos de pintura y sangre —Eggleston hizo una pausa y añadió—: Sangre humana.

—¿Pudo identificar el tipo?

—Sí. Era del tipo O.

—Aquí tenemos un frasco con una etiqueta que lleva el nombre del detective Cane, junto con la palabra «horno», identificándolo como procedente del cuarto del horno. ¿Qué halló usted en este frasco?

—Restos, como los que suelen encontrarse en los intersticios del suelo de un cuarto con horno… tierra, mugre, polvo de carbón, astillitas, restos de grasa y trementina. Asimismo, restos de sangre humana.

—¿Pudo identificar el tipo de la sangre?

—Sí. Era del tipo O.

Cogiendo el segundo frasco, Cannon se lo entregó a Eggleston. El frasco contenía el sedimento del agua de la trampilla situada bajo el lavabo del sótano. Cannon también le preguntó al forense qué contenía.

—Tierra, partículas de grasa como las que se hallan en las bases del jabón, lejía, cerdas de cepillo naturales o sintéticas y restos de sangre humana.

—¿Identificó el tipo de la sangre, doctor?

—Sí. Era del tipo O.

—Doctor Eggleston —prosiguió Cannon—, aquí aún tengo un sobre, grande, color manila. Este sobre fue identificado por el señor Lafoski. Contiene una muestra de las cenizas contenidas en un cubo que se hallaba debajo del horno. Usted ha examinado su contenido. ¿Quiere contarle al tribunal qué demostró su examen?

El forense extrajo un papel del bolsillo, lo repasó brevemente, y empezó a recitar una larga lista de propiedades químicas con voz

átona.

Cuando hubo terminado, Cannon volvióse hacia el jurado.

—Le pediré al testigo que repita su declaración —sonrió levemente—. Yo no he podido entender una sola palabra.

Los del jurado asintieron sonriendo.

—Bien —resumió el forense—, aparte de la ceniza de carbón, de madera, ciertos residuos de origen vegetal…

—¿Cuáles, doctor?

—Algodón, lino… También hay evidencias de origen proteico…

Cannon le interrumpió. Muy lentamente, articulando cada una de las palabras, preguntó:

—¿Significa esto la posibilidad de carne humana… o mejor, lo que antes podía ser carne humana?

—Correcto.

Hubo unos segundos de completo silencio en la sala. Cannon la alargó hasta el máximo y luego, tosiendo ligeramente, rompió el encanto y continuó presentando la evidencia.

—Doctor, otro punto de identificación importante —el fiscal desenrolló un papel embreado. Dentro se hallaba el hueso chamuscado, con una etiqueta atada que ostentaba el nombre del detective Meyers—. ¿Puede decirme si examinó esto y puede decirnos, por favor, sus hallazgos?

—Lo examiné —afirmó el forense—. Es un fragmento de un hueso que técnicamente se llama tibia.

—En lenguaje lego, doctor, es lo que se conoce como espinilla, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué más puede decirle al tribunal?

—Que es de origen humano y perteneció a un ser adulto.

—¿Podría determinar la estatura de dicho ser?

—Sí, dentro de ciertos límites. El adulto medía de un metro setenta a uno ochenta.

—¿Cómo puede determinarlo, doctor?

Eggleston se lanzó a una detallada explicación basada en las medidas y proporciones del cuerpo humano. Cannon, por fin, le formuló otra pregunta.

—¿No es posible que una deformidad en la estructura ósea afecte a otras partes del cuerpo?

Eggleston se mostró de acuerdo en que era posible tal deformidad, mas que de existir también podía detectarse con investigaciones suplementarias.

—Entonces, ¿no existía esta posibilidad en este caso? —quiso saber Cannon.

—No —replicó Eggleston—. El hueso pertenecía a un ser adulto normalmente desarrollado.

—Gracias. Y ahora, una última identificación.

Cannon presentó el frasco de formaldehido que contenía el fragmento de dedo. Eggleston lo examinó y declaró que se trataba de un sector bien conservado de dedo humano, consistente en la porción situada entre la juntura media y la punta del dedo. Era el tercer dedo de la mano derecha.

—¿Puede contarle al tribunal cómo fue seccionado este dedo de la mano?

—Mediante un instrumento agudo.

—¿No puede precisar más qué instrumento?

—No.

—¿No es cierto que podría haberlo hecho un hacha, por ejemplo?

—En efecto.

—Gracias, doctor, nada más —Cannon volvióse hacia Denman —. Su testigo, defensor.

—Me reservaré el privilegio de contrainterrogar más adelante al testigo —replicó Denman sin levantarse de su asiento.

Entonces, Cannon convocó al detective Charles L. Risko al estrado. Cuando hubo prestado juramento, Cannon le preguntó:

—Usted está empleado en el Departamento de Identificación del Cuerpo de Policía de la ciudad de Nueva York. ¿Es así?

—Sí, señor.

—Su deber consiste en llevar un archivo de huellas dactilares tomadas por dicho departamento, efectuar comparaciones e identificarlas en lo posible.

—Sí, señor.

—¿Cuánto tiempo lleva en este empleo?

—Once años.

—¿Le entregaron este fragmento de dedo? —Cannon presentó en alto el frasco.

—Sí, señor. Me lo entregó la Brigada de Homicidios y yo procedí a efectuar una impresión.

—¿Una impresión clara? ¿Que podía examinarse con garantías de seguridad?

—Sí, señor. Logré una impresión clara.

—¿Y qué hizo después?

—Procesé dicha impresión para identificarla.

—¿Cómo lo hizo?

—La envié por los canales regulares para su identificación —explicó Risko—. Primero a través de nuestros archivos de Nueva York.

—¿Fue identificada la impresión?

—Sí, señor, inmediatamente. Teníamos las impresiones de un tal Isham Reddick en su solicitud para la licencia de conducir.

—¿Puede demostrarnos cómo se llevó a cabo la identificación?

En la pantalla se proyectaron una copia de la impresión hecha por Risko y otra del dedo impreso en la solicitud. Risko indicó las características idénticas de ambas impresiones, en número de treinta y cuatro, lo cual constituía una identificación positiva. Fue despedido, sin ser contrainterrogado por Denman, y Cannon llamó a Lincoln M. Means al estrado.

—¿Está usted empleado en el Departamento de Licencias del cuerpo de Policía de la ciudad de Nueva York?

—Sí.

—¿Lleva usted consigo la solicitud original efectuada por Isham Reddick con el propósito de obtener una licencia para conducir un taxi?

—Sí, señor.

—¿Quiere, por favor, leer la información relativa a la apariencia física de Isham Reddick que usted posee?

Means empezó a leer en el formulario de solicitud en voz alta.

—Sexo masculino; edad… 36; ojos azules, cabello castaño oscuro; peso… ochenta kilos; estatura… un metro setenta y tres.

—Un momento, señor Means. ¿Quiere volver a leer la estatura?

—Sí, señor. Un metro setenta y tres centímetros.

—¿Fue escrito esto por el propio Reddick?

—Fue escrito por un hombre que firmó como Isham Reddick.

Denman protestó contra esta afirmación. El tribunal le apoyó.

Despidieron a Means, mientras Alvin G. Hartney, experto calígrafo, ocupaba el estrado. El testigo efectuó una identificación positiva de la escritura de la solicitud, basada en otro escrito hallado en el cuarto de Reddick. Means volvió al estrado.

—Señor Means, lea de nuevo, por favor, lo relativo a la estatura en la solicitud de Reddick.

—Un metro setenta y tres centímetros.

—¿No escribió un metro ochenta, o un metro ochenta y dos?

—No, señor.

—¿No escribió un metro sesenta y cinco?

—No, señor.

—¿Escribió un metro setenta y tres?

—Exactamente.

—De acuerdo.

Denman no utilizó al testigo, reservándose para más adelante el contrainterrogatorio. Obviamente, aguardaba a que completase su red de identificaciones. A su lado, el acusado estaba sentado, con la cabeza parcialmente inclinada y las manos cruzadas sobre la mesa.

El siguiente testigo fue Stanley Boss, médico odontólogo. Se presentó como practicante de la ciudad de Nueva York, con un consultorio que tenía diez años de antigüedad. Cannon empezó el interrogatorio con relación al diente encontrado e identificado por el detective Lafoski.

—¿Ha visto antes este diente?

—Sí, señor. Estoy familiarizado con él.

—¿Quiere contarle al tribunal cómo puede identificarlo?

El dentista, un individuo delgado con un rostro vulgar, se ajustó nerviosamente las gafas. Luego, se aclaró la voz.

—Bueno, el año pasado llamó un cliente.

—Por favor —le interrumpió cortésmente Cannon—, denos la fecha exacta, si puede.

—Sí, puedo. Lo consulté en mi archivo. Fue el día doce, una semana exacta, antes de venir el paciente. Vino verme el diecinueve de setiembre, de modo que llamó el doce.

—Gracias, adelante.

—Bien —Boss volvió a aclararse la garganta—. Recibí su llamada pidiendo hora. Era un paciente nuevo al que no conocía. Dijo llamarse Isham Reddick. Le pregunté por qué me llamaba y

dijo que había visto mi nombre en la sección de nombres clasificados por profesiones del listín telefónico. Contesté que estaba muy atareado… y que sólo daba hora de consulta de una semana para la otra. Dijo que deseaba venir a verme a la primera ocasión posible, y le di hora para el diecinueve de setiembre.

—¿Acudió a la cita?

—Sí, con exactitud. Mi esposa actúa de enfermera. Fue ella la que tomó todos sus datos. Incluyendo el tipo de sangre en caso de intervención. Era…

—¡Protesto! —gritó Denman.

—Se admite la protesta.

—Más tarde llamaremos a la señora Boss —se inclinó Cannon—. Siga, por favor, señor Boss.

—El señor Reddick se quejó de que le dolían tres muelas posteriores. Le apliqué los rayos X, mas no hallé caries en ninguno de sus dientes. No parecía haber motivos para el dolor. Sin embargo, al paciente le faltaba un diente de la parte delantera de la boca, lo cual afectaba a su aspecto. Discutimos la posibilidad de reemplazarlo. Contestó que ello dependería del precio y yo me mostré muy razonable… en realidad, cité un precio muy bajo, para colocarle un puente móvil, precio que él aceptó.

—Doctor, ¿puede indicarnos en su propia dentadura la posición exacta del diente que le faltaba a Isham Reddick?

Boss entreabrió ligeramente los labios en una sonrisa y luego, separándolos más, señaló el primer diente del lado izquierdo de su boca. Mantuvo el dedo quieto un instante y por fin lo retiró, apretando los labios.

—¿Procedió usted a fabricar el diente postizo?

—Sí, señor. Lo hice yo mismo.

—¿Tomó las medidas exactas?

—Sí, hasta el punto límite. Llevo un expediente de todo el trato hecho, medidas y el matiz del color.

—¿Hay matices de color? ¿Cuántos?

—Hay muchos grados en el colorido de los dientes, lo mismo que en el color de la piel. Particularmente, los dientes postizos colocados junto a los verdaderos de un paciente han de tener un color idéntico a éstos.

—De modo, doctor Boss, que cuando usted vio el diente

presentado aquí como evidencia, usted pudo identificarlo como el mismo que había hecho para Isham Reddick.

—Sí, señor. Es un diente idéntico.

—¿Quiere contarle al tribunal, por favor, cómo pudo identificarlo? ¿Fue a visitarle la Policía?

—Leí el caso en el periódico. Lo que primero me sorprendió fue que prácticamente había ocurrido en el mismo barrio. Luego, leí el nombre, Isham Reddick… y recordé que era mi paciente. Los periódicos decían que habían encontrado un diente… mas no supe si era el que yo había hecho o no. Como tenía un diagrama completo de su dentadura, pues lo hago siempre rutinariamente y con el aparato de rayos X, pensé que podría prestar algún servicio.

—Muy de agradecer, doctor. De modo que usted se presentó a la Policía ofreciendo su ayuda.

—Sí, señor. Pensé que era mi deber.

Después llamaron a la señora Boss y declaró que había llenado una ficha con el tipo de sangre de un cliente llamado Isham Reddick.

—¿Qué tipo de sangre tenía el señor Reddick?

—Según la ficha, el tipo O.

—¿Se lo dijo él mismo?

—No —negó la enfermera—. Él no lo sabía, o al menos no se acordaba. Le tomé una muestra y la envié al laboratorio. Luego, nos devolvieron la muestra con el resultado y lo inscribí en la ficha.

10

Citando una frase de Porgy: «la felicidad es algo». Es difícil recordar la sensación de felicidad, al cabo de cierto tiempo, tal vez por ser transitoria, intangible, efervescente. A menudo, se confunde con el contento que, según creo, es un compromiso entre ser feliz y desdichado. Más tarde, cuando uno vuelve la vista hacia los meses y los años pasados, es imposible recordar claramente los momentos de completa felicidad, aunque es mucho más fácil recordar aquellos momentos en que prevalecía el contento.

Sé, no obstante, que aquellos meses de nuestro matrimonio en Nueva York, cuando actuábamos en el «Martinique», fueron dichosos. Nuestro mundo se componía de dos habitaciones: la de un hotel con las paredes empapeladas y un pequeño camerino. Las dos habitaciones estaban conectadas por una calle larga, que a veces estaba iluminada por luces de neón, a veces por la luz gris del alba, que empezaba a suavizar la negrura de la noche, cuando íbamos de una habitación a otra.

Tally reconocía mejor que yo, lo que disfrutábamos en aquella época. Tal vez por esto no quería abandonar aquella forma de vida aunque ya no nos quedaba otra elección. Sólo unos días antes de terminar en el «Martinique», volví al hotel con un nuevo contrato de cinco semanas para el «Lark Club» de Filadelfia. Cuando se lo conté a Tally, me escuchó en silencio. Sentada en la cama, jugueteaba nerviosamente con el anillo de boda, sin la menor emoción en su semblante.

—Lew —murmuró cuando terminé de describir el contrato—, me gustaría… que no hubieras aceptado.

Su voz apenas era audible.

—Oye, cariño —repliqué—, llevas casi tres meses fuera de Filadelfia. Tiempo más que suficiente para haber superado tu pesar

por la muerte de tu tío. Ahora ya puedes volver allí.

Moviendo tristemente la cabeza, se negó a mirarme a los ojos. De pronto, intuí que por debajo de su rostro impasible, estaba luchando con otras emociones que yo no podía identificar.

—No es… por tío Will —murmuró de nuevo, tragando saliva. Se miró las manos y bajó la cabeza—. ¿Tendré que ir contigo?

Encendí un cigarrillo.

—Claro, muñeca —traté de mantener el tono ligero—. El gerente del club de Filadelfia dijo: «No me importa que venga el mago, pero que no deje de venir la muñeca».

Pero Tally no sonrió. Luego, dijo más para sí que para mí, hablando en voz alta:

—¿Por qué tenía que ser para allí el contrato, y no para Chicago o Los Ángeles?

—En esta profesión —manifesté—, hay que aceptar los contratos como vengan. En cierto modo, tenemos suerte. No tendremos que parar ni un solo día.

Tally se levantó de la cama, dio un par de vueltas por la habitación, deteniéndose ante el tocador, cogió y dejó el cepillo del cabello, fue a la ventana, se asomó a la calle, volvió a la silla… y constantemente estaba reflexionando, aunque yo no sabía qué era lo que pensaba… no, no lo sabía.

—¿No podrías ir tú solo… —preguntó al fin—, y dejarme aquí?

—Creo que no. Han contratado el número tal como lo hago ahora, no en singular.

—Sí, supongo que éste es un motivo —gimió con tono de resignación.

A la semana siguiente terminamos en Nueva York y empezamos a preparar el equipaje para Filadelfia. Yo poseía un baúl viejo, y Tally ya había reunido bastantes cosas. La sombrerera ya no contenía todas sus ropas. Orgullosamente, se había comprado dos maletas. Y una tercera más pequeña, como un neceser de viaje. Cuando volví al «Delafield» tras haber estado fuera todo el día, efectuando las visitas de despedida, disponiendo que viniesen a buscar el baúl y puliendo los últimos detalles, nos despedimos del hotel. Max nos ayudó a subir al taxi.

—Hasta la vista —dijo.

Y así, con Tally llevando el neceser, salimos para Filadelfia.

En Filadelfia muchos clubs nocturnos están agrupados en la calle Locust… y la Decimotercera Avenida. Algunos son buenos, otros malos. El «Lark» era pequeño, nuevo y en proceso de establecer una política de espectáculos… luchando entre la sofisticación y la corrección, la monotonía y la vulgaridad. Cuando llegamos, todo estaba mezclado. En el cartel, un cómico llamado Lemmie Hall representaba imitaciones con ayuda de un sombrero, y actuando también de presentador. Había una cantante sumamente atractiva, de buena voz; unas bailarinas llamadas las «Cinco Encantadoras Larks», una colección de coristas con rostros misteriosos, inescrutables, piernas delgadas y ropas alquiladas… y Tally y yo.

El interior era pequeño, y las paredes estaban tapizadas con terciopelo; las mesas, sillas y el mostrador eran de madera clara, muy modernos. Los clientes estaban muy apretujados, como embutidos en el salón, y la pista de baile no era mayor que una bandeja de camarero. Actuábamos en la pista, y el espectáculo se veía respaldado por siete músicos con chaquetillas coloradas. El director tocaba el violín, y había un guitarrista, mas por desdicha ambos instrumentos eran eléctricos. Ocasionalmente, los dos músicos mezclaban los controles del volumen y el resultado por los altavoces era como el griterío de una tribu africana.

Lo que daba más fama al «Lark» era una estatua de mármol que se erguía en casi en el centro de la sala. Era la escultura de un hombre desnudo besando a una joven desnuda. El mármol blanco estaba iluminado en la base por varios reflectores, y contra el terciopelo negro del fondo, el visitante obtenía la impresión de que Afrodita y su amiguito estaban jugando completamente manchados de harina.

Llevábamos trabajando en el «Lark» una semana, cuando sonó el teléfono. Tally y yo parábamos en el «Hotel McAndrews», que es otro hotel para artistas. Se halla situado en una callejuela increíblemente estrecha, cerca del distrito nocturno, y cuenta al menos con cincuenta años de antigüedad. Pero es confortable, aunque viejo. Exceptuando el vestíbulo. Lo han redecorado con fluorescentes, muebles cromados, imitación de piel y accesorios tubulares, con una capa de pintura salmón en el techo. El vestíbulo tiene forma de L con la recepción y dos ascensores en el corte vertical de la letra; al otro lado, una escalera conduce a los pisos, y

una puerta da al bar y comedor. Dentro, hay dos puertas que llevan a una calle diferente, pues el bar está localizado en una esquina del edificio.

Nuestra habitación estaba en el piso superior, en una esquina también, en la fachada del edificio. Los corredores del «McAndrews» están poco iluminados y sus paredes presentan una pintura color chocolate hasta la altura del hombro, con un tono más claro hasta el techo. Los suelos están cubiertos por alfombras viejas, y hasta a la luz del día, todo aquello tiene un sabor arcaico, vetusto. No obstante, las habitaciones resultan cómodas.

En la nuestra había una cama de matrimonio, un aparato de televisión que funcionaba una hora por cada níquel introducido en la ranura, varias butacas cómodas y dos lámparas de lectura. El cuarto de baño con el suelo de linóleo, con una gran bañera de metal, de patas en pezuña. Con dos enormes armarios, Tally instaló en uno el plato eléctrico, que utilizábamos como cocina.

Cuando llegó el día… el de la llamada telefónica, estábamos aún durmiendo, pese a ser tarde. Sonó el aparato y yo lo dejé tocar unos instantes, esperando que contestase Tally. Mas al ver que no era así, lo cogí yo.

—Sí…, ¿quién es?

Al otro extremo hubo un silencio tan especial que me despabiló por completo. Escuché atentamente, aunque no oía nada.

—¡Eh, diga! ¡Diga! —Agité el aparato—. ¡Diga!

Al cabo de unos momentos, una voz murmuró:

—Le pagaré veinticinco de los grandes por ellas.

—¿Quién es? —volví a preguntar—. ¿Y por qué pagará veinticinco de los grandes?

—Ya lo sabe —fue la respuesta.

Colgaron.

Lentamente, dejé el receptor en su soporte. Luego, cogí los cigarrillos de la mesita. Reflexionando, decidí que se trataba de una broma. Alguien a quien yo conocía… posiblemente alguien del «Lark». Me encogí de hombros y, ya totalmente despierto, hice un poco de café. Tally se despertó mientras hervía el agua y se sentó en la cama.

—Chica, eres muy mala doncella —le dije—. ¿Quieres una taza?

—Oh, sí, por favor.

Estiró los brazos, sacudió la cabeza y su cabellera se desplegó sobre la almohada al volver a tenderse. Llevé una taza a la cama y me senté a su lado.

—¿No ha sonado el teléfono? —me preguntó en tanto sorbía el café.

—Seguro que no eran las campanas de Santa María —repliqué.

—¿Quién llamaba?

—Una voz. Una voz misteriosa… y si te parezco imbécil no puedo impedirlo.

—Deja de decir tonterías, querido —me interrumpió—. ¿Quién era? ¿No se han equivocado de número?

—No me extrañaría que fuese Lemmie Hall. Probablemente, su sentido del humor…

—¿Qué dijo?

—Pues el que llamaba dijo con voz disfrazada: «Le pagaré veinticinco de los grandes por ellas».

—¡Qué!

Tally se incorporó en la cama, derramando el café.

Poniéndose de pie de un salto, le arrebaté la taza de sus temblorosas manos. Tenía el semblante gris de miedo y no podía hablar.

—¡Muñeca! —dejó la taza sobre la mesa y cogí sus manos entre las mías—. Tally, ¿qué te pasa? ¿Qué sucede? Cuéntamelo.

Liberó las manos y pasando los brazos en torno a mi cuello, enterró el rostro en mi pecho. Permanecimos en esta postura algún tiempo… como sosteniéndonos mutuamente.

—Lew… —susurró ella al fin—, no sé… no sé qué hacer.

—¿Qué sucede, Tally? Dímelo, y sea lo que sea, pensaremos qué puede hacerse.

Encendí un cigarrillo y, abatiéndola sobre la cama, se lo coloqué entre los labios.

—No sé cómo empezar —dijo lentamente—. No sé exactamente cómo empezó…, pero había ese hombre. Lo llamábamos Greenleaf[2].

—¿Quién era?

—No lo sé… de veras.

—¿Le viste? ¿Qué aspecto tenía?

—No le vi nunca. Sólo hablé algunas veces con él por teléfono.

Empezó a temblar y le acaricié la espalda.

—Bueno, muñeca —traté de sosegarla—, hablaste con él por teléfono. ¿De qué?

—De unas planchas… De los grabados falsificados que estaba haciendo tío Will…

—¿Qué dices? —la miré sin dar crédito a sus palabras. Le temblaron los labios y continué con más calma—. Oye, será mejor que me lo cuentes a tu manera… desde el principio.

Fui hacia el tocador y cogí un pañuelo limpio. Se secó los ojos e intentó sonreír.

—Una vez… creo que ya traté de contarte cómo era tío Will. Se fiaba de todo el mundo. Toda su vida fue bueno y generoso… y admirable. Y todo el mundo se aprovechó de él, con ideas y planes idiotas para hacer dinero. Cuando llegó a viejo no le quedaba nada.

Tally hizo una pausa para exhalar una bocanada de humo.

—La compañía para la que había trabajado casi toda su vida la vendieron y los nuevos amos le dijeron que era ya demasiado viejo. Al principio, no podía creerlo. Todo el día estaba sentado en casa fingiendo leer anuncios y escribiendo cartas a otras empresas, pero, como es natural, nadie le contestó. Al cabo de algún tiempo, tuvo que creer la realidad. Cuando finalmente la aceptó, se le quebró el corazón y los ánimos. No era más que un anciano, demasiado viejo para trabajar, demasiado inútil para darle un sueldo.

Abrazándose el cuerpo con sus propios brazos, Tally iba rememorando el pasado.

—Su cerebro…, bueno, no quiero decir que estuviera loco. Simplemente, se negaba a vivir en este maldito mundo. Poco a poco, vi cómo cambiaba… Oh, al principio en cosas sin importancia. Dejó de afeitarse… primero durante días, luego semanas…; dejó de llevar corbata; se le rompían los cordones de los zapatos y se limitaba a hacerles un nudo…

Tally me miró fijamente.

—Siempre le había gustado comer, pero cada vez comía menos… negándose a tragar carne y patatas, y en ocasiones encontraba montones de mendrugos y rebanadas de pan en su cuarto. Como un chiquillo…, ¿sabes cómo esconden los niños la comida para poder salir antes de casa a jugar? Bien, me recordaba esto. Tío Will se estaba convirtiendo en niño… y hablaba y pensaba

como tal.

—¿Y tú qué hiciste? —quise saber.

—Naturalmente, tenía que buscar empleo. Tío Will cobraba una pensión de retiro muy exigua… Me empleé como cajera en una tienda del centro, y los sábados y domingos solamente manejaba la registradora para el señor Doremus. Este poseía el *drugstore* de nuestro barrio, y habíamos comprado allí toda la vida. Trabajando, yo estaba mucho tiempo fuera de casa, dejando solo a tío Will, lo cual no era bueno, mas nada podía hacer para remediarlo. Podía cuidarse de sí mismo, pues no estaba inválido ni tullido. Poco tiempo después, cuando yo llegaba a casa él no estaba. Paseaba hacia el centro de la ciudad y regresaba, haciendo mucho ejercicio. Cuando hacía buen tiempo, se sentaba en la plaza de Washington, en el pequeño parque, que se halla exactamente en el centro del distrito de la Prensa y las imprentas. Probablemente esperaba ver a algunos antiguos amigos —añadió, en un susurro—. Pensé que esto le hacía bien. Como si tuviera alguna obligación…

—Seguro —la consolé—, le gustaba volver al distrito de las imprentas, tal como a los maquinistas viejos les gusta rondar por las estaciones.

—Esto pensé —continuó Tally—. De pronto, un día llegó tío Will feliz, dándose aires de gran importancia. Se mostró muy reservado, alardeando de ello como un crío. Insinuó que tenía un trabajo. Aunque no dijo nada más, añadió que tenía algo que ver con el Gobierno. ¡Muy secreto! Pensé que posiblemente era invención suya.

»Durante varias semanas habló de un caballero muy importante que había conocido. Se encontraron en la plaza y charlaron largo y tendido. Y un día, tío Will vino a casa con un cheque. Estaba firmado por un tal Greenleaf.

—¿De cuánto era el cheque?

—De treinta y cinco dólares. Al principio, creí que no era bueno. Tío Will estaba muy contento y me explicó que Greenleaf le apoyaba y que le entregaría treinta y cinco dólares todas las semanas hasta que emprendiera un gran negocio que tenía en proyecto. Nosotros necesitábamos tanto aquel dinero que decidí cobrar el cheque. Luego, me quedé el dinero… sin gastarlo por si reclamaban el importe. Pero no sucedió así. Y a partir de entonces,

todos los viernes tío Will me entregaba el cheque, que yo cobraba a mi vez.

—¿No sospechaste nada?

—Al principio, sí…, pero luego… Oh, no sé. Por primera vez, alguien le entregaba dinero a tío Will en vez de llevárselo, y lo necesitábamos tanto… tanto… Tío Will empezó a trabajar en el sótano, durante todo el día y a veces de noche. Mantenía su taller cerrado y nunca me dejaba entrar allí. Cuando le preguntaba que hacía, eludía el tema y me decía que no me preocupase…, ¡que él podía cuidarse de todo! Lew, quiero que sepas, aunque resulte risible, que estaba como un niño con un gran secreto. No tuve fuerzas para lastimarle… de modo que le dejé tranquilo. Sabía que seguía siendo un maravilloso grabador y pensé que… honrada, verdaderamente… que estaba trabajando para Greenleaf.

—¿Y nunca viste a ese sujeto?

—No. Varias veces llamó por teléfono para hablar con tío Will, y yo le contesté que estaba en el sótano.

Tally ya se había dominado por completo y hablaba lentamente, con cierta vacilación. Le serví más café. Se incorporó sobre la almohada y ocasionalmente tomaba un sorbo, mientras continuaba con su relación.

—Una noche llamó Greenleaf. Tío Will cogió el teléfono y yo oí parte de la conversación. Ya había terminado lo que estaba haciendo y estaba ansioso de principiar el nuevo trabajo. Comprendí que Greenleaf contestaba que aún tardaría unos días, y quería que tío Will fuese inmediatamente al centro. De pronto, de manera imprevista, tío Will, se mostró como un niño terco, y gritó que él mismo las llevaría a Washington. Empezó a discutir y me sorprendió ver lágrimas en sus ojos. Unos lagrimones que resbalaban por sus mejillas, y temblaba tanto que no podía estar de pie. Se hundió en una silla al lado del teléfono. Y recuerdo que antes de colgar exclamó: «¡Nadie las tendrá hasta que me den el trabajo!».

»Luego, fue a la cocina y sentóse al lado de la mesa. Se puso de bruces encima, sosteniéndose la cabeza, y allí continuó sentado, llorando y balbuciendo. Tuve miedo de que le diese un ataque al corazón o a la cabeza. Intenté calmarle y poco después me contó lo ocurrido.

»Will Shaw conoció un día a Greenleaf en la plaza de Washington. El encuentro fue casual, y luego continuaron viéndose como dos viejos amigos. El tío de Tally le contó a su reciente amigo que había sido un estupendo grabador. Greenleaf a su vez le confió que era amigo personal del jefe del Departamento de Imprenta y Grabado de Washington, D. C[3]. Greenleaf le prometió a Will Shaw hablar con su amigo para que le dieran un empleo. El viejo, buceando en sus recuerdos, se acordó de que en aquel Departamento siempre habían buscado grabadores con experiencia. Y que en su juventud había rechazado una proposición para trabajar allí. Inmediatamente, cobró nuevas esperanzas.

»Sin embargo, unas semanas más tarde, Greenleaf le comunicó, con toda clase de precauciones, a tío Will, que en Washington consideraban que era demasiado viejo y que su amigo del Departamento no creía que pudiera ya cumplir con el trabajo. Tío Will se hundió en las simas de la desesperación. Eventualmente, Greenleaf propuso una solución, que el viejo no estaba en condiciones de sospesar o calcular, y que por tanto aceptó inmediatamente. Will Shaw tenía que hacer una serie de planchas duplicadas, de manera tan experta que no podrían diferenciarse de las originales. Greenleaf llevaría las planchas a Washington y las enseñaría a su amigo. Cuando el Departamento no pudiese distinguir las buenas de las otras, tendrían la prueba ante los ojos y al viejo le concederían el empleo. Greenleaf tuvo buen cuidado, al hablar con el anciano, de no mencionar la palabra “falsificación”, y aquél, olvidándose de todos los reglamentos de la Ley en contra de la reproducción del dinero del Gobierno, se dejó convencer por su amigo. Como Greenleaf tenía varios amigos en los distintos Departamentos de Washington, tío Will pensó de buena fe que ninguna ley podía serle aplicada por algo tan inocente.

»En su entusiasmo por ayudar a tío Will, Greenleaf le ofreció generosamente adelantarle algún dinero mientras hacía las planchas. También, y muy amablemente, Greenleaf le comunicó al anciano que no debía apresurarse en su labor, señalando que todos sus planes quedarían frustrados si las planchas no eran perfectas. Tío Will podía tomarse todo el tiempo que necesitase; cuando finalmente quedase contratado para trabajar en Washington ya le devolvería los adelantos a Greenleaf.

—El viejo debió estar bastante chiflado para creerse este cuento —comenté—. Desde el principio se oía la tostada. Will Shaw encontró a Greenleaf ocasionalmente… como una gallina se encuentra con un halcón.

—Tío Will sólo tenía una idea fija… volver a trabajar. Lew —me suplicó Tally—, debes recordar que el viejo ya no… ya no…

—De acuerdo. Estaba enfermo y era muy viejo. ¿Qué más ocurrió?

—Cuando finalmente lo comprendí todo, hice que tío Will me entregase la llave y bajé al taller. Dentro, en el banco de trabajo, había unas planchas terminadas para billetes de cinco, diez y veinte dólares. Sabía que el Gobierno las consideraría como falsificaciones y también estaba segura de que Greenleaf pretendía usarlas en su provecho. Algo me decía que debía sacarlas al momento de casa. No era muy tarde, de modo que las metí en aquel maletín que tenía cerradura, y las llevé al *drugstore* de Doremus. Todos los que trabajábamos allí teníamos una taquilla para las botas y uniformes, y yo puse el maletín en la mía, cerrando con la combinación. Estaba sumamente inquieta y me senté a tomar una coca cola.

»Traté de decidir qué hacer. En Filadelfia hay una Casa de la Moneda de Estados Unidos, una sucursal, claro. Es un edificio de ladrillos pardos, que había visto muchas veces. Llevaría allí las planchas y las entregaría a alguien con autoridad. De pronto, me decidí en contra porque podrían pensar que tío Will era peligroso… y lo enviarían a un instituto mental. Pensé enviarlas por correo, anónimamente, pero esto me asustó porque había leído que el FBI puede seguir el rastro de todo lo enviado por correo. Llevaba ya en el *drugstore* una hora, y cuanto más pensaba en todo ello más confusa estaba. Finalmente, decidí que al día siguiente llevaría las planchas al puente del río Delaware, y las arrojaría al agua.

»Cuando llegué a casa había un gran silencio. Tío Will no estaba a la vista. Fui a la cocina donde le había dejado y le busqué en su dormitorio. De vuelta a la cocina, observé que la puerta que llevaba al sótano estaba sólo entornada, y que abajo había luz. Pensé inmediatamente que tío Will había bajado al taller. Abrí la puerta para llamarle… y le vi. Estaba tendido al pie de la escalera.

—¿Muerto? —pregunté, más bien afirmativamente.

—Sí —calló un instante y prosiguió quedamente—. No recuerdo

casi nada más de aquella noche. Llamé al médico y avisé a la Policía. Aseguraron que se trataba de una muerte accidental.

—¿No lo fue?

—Al principio pensé que sí. Sabía que tío Will estaba terriblemente angustiado. En ese estado, pudo tropezar o caer por la escalera… Incluso sufrir un ataque al corazón o al cerebro… y haberse roto el cuello.

—¿No les hablaste a los policías respecto a las planchas… o a Greenleaf?

—No. Las planchas no estaban en casa y creí preferible no mencionarlas. La Policía se portó muy bien conmigo. El médico me recetó un sedante y una chica de la vecindad me hizo compañía toda la noche. Al día siguiente, cuando volvieron los policías, yo ya había reflexionado profundamente. Decidí definitivamente no decir nada de las planchas ni de Greenleaf. Sólo declaré que tío Will era muy viejo y había perdido un poco el conocimiento.

—¿Qué te hizo pensar luego que no era un accidente? —me interesé.

—Bueno, cuando la Policía se marchó por segunda vez, tuve la oportunidad de dar un vistazo a toda la casa. Y estuve segura de que alguien había estado allí, haciendo un registro. No había señales muy claras… sólo algún cajón abierto, algo fuera de sitio… Muy leves rastros, de lo contrario, la Policía se habría dado cuenta. Pero cuando se vive mucho tiempo en una casa, es un hábito ver las cosas en un sitio fijo: la escoba siempre está dentro de la alacena… o el modo cómo está colocada la ropa interior en un cajón. Bien, algunas cosas por el estilo habían cambiado. No faltaba nada, mas estuve convencida de que alguien había llevado a cabo un registro completo. Y la única ocasión en que había podido tener lugar era la noche en que tío murió, porque yo no estaba en casa. Y a partir de entonces no me había movido.

—¿La Policía no registró la casa?

—No, en realidad, no. Miraron por las habitaciones… sin registrarlas a conciencia.

—De acuerdo —exclamé—. ¿Qué más?

—Me asusté porque no sabía qué pensar ni sabía qué hacer. Una chica que trabajaba también en el *drugstore* accedió a vivir conmigo hasta después de enterrar a tío Will… lo cual tuvo lugar dos días

después. Celebrado el funeral, la muchacha estuvo conmigo aquella noche… y volvió a su casa. Al día siguiente, sonó el teléfono: era Greenleaf.

—¿Podrías identificar la voz de Greenleaf si la oyeras ahora? —quise saber.

Meditó un momento.

—No… no estoy segura, aunque recuerdo que parecía afectada.

—¿Afectada? ¿Con algún acento distintivo?

Volvió a meditar un instante.

—No, creo que no. Me pareció nacido en el Este.

—¿Sonaba su voz como de Filadelfia, de Nueva York, de Boston?

—No, más… más gruesa —se encogió de hombros—. Era… diferente. Bien, me dijo que necesitaba las planchas grabadas por tío Will. Le contesté que ignoraba de qué hablaba y se echó a reír. Esto me enfureció y le comuniqué que si las encontraba las entregaría rápidamente al Gobierno, pues sabía que había engañado a tío Will para que las confeccionase. Volvió a reír y me recordó todos los cheques que yo había cobrado. Luego, hubo un prolongado silencio y creí que había colgado. De pronto, exclamó con voz helada y amenazadora: «Le pagaré las planchas…, ¿o prefiere que haya otro accidente en su familia?».

—¿Nada más?

—Nada más. Aunque antes de colgar dijo algo que no tenía sentido. Sonó como «lenu lotre».

—«¿Lenu lotre?» —repetí—. ¿Estás segura de que dijo esto?

—Sí. Aunque no lo oí con mucha claridad. Pero murmuró «lenu lotre» y colgó.

—Supongo —murmuré vacilante— que pudo apartar la cara del teléfono por un momento, y sólo oíste parte de la frase… respecto a que sería un necio el que no se aprovechase de su oferta, o algo por el estilo.

A mis propios oídos esto sonaba débil. Demasiado débil y en disonancia con el carácter del individuo.

—Bien —añadí—, esto no importa ahora. ¿Qué sucedió luego?

—Me asusté —confesó Tally—. La muerte de tío Will, la casa registrada, mis mentiras a la Policía, y la amenaza de Greenleaf… respecto a un accidente. Anhelaba huir de allí, huir de todo, de modo que metí cosas en la sombrerera, lo más de prisa que pude y

salí de casa. En el *drugstore* recogí el maletín con las planchas… y cogí el primer tren para Nueva York.

—Lo demás ya lo sé —la interrumpí—. Encontraste a un joven alto, guapísimo y con talento y te casaste con él…, ¡el sueño dorado de toda mujer!

Una sonrisa iluminó su tenso semblante.

—Exacto, querido —asintió.

Se inclinó y me besó en los labios, en tanto tintineaba la taza de café entre los dos.

—Incidentalmente —musité—, te deshiciste de las planchas en Nueva York, claro.

—¡Oh, no! —replicó—. ¡Están dentro de mi maletín nuevo, en el armario!

—¡Jesucristo!

Salté de la cama, abrí el armario y saqué el pesado maletín. Lo abrí y admiré una serie de placas de acero, grabadas, unas planchas falsificadas. Contemplando aquellas bellas falsificaciones, sentí cómo el sudor inundaba mi frente.

11

Denman llamó al forense para proceder al contrainterrogatorio. El defensor ocultaba bien sus temores. Cannon había logrado, a su entender, establecer el hecho de un cadáver en la casa, identificando al hombre que, en vida, era Isham Reddick. Aunque todavía había algunos cabos sueltos en el caso del fiscal, Denman tenía pocas dudas de que a Cannon le costaría muy poco atarlos. Sin embargo, la defensa comprendía qué curso había emprendido la acusación, y sabía que era necesario contrarrestar aquel testimonio para impresionar al jurado.

—Doctor Eggleston —empezó Denman quedamente—, usted identificó la sangre encontrada en un hacha, un pedazo de lona, y dos frascos conteniendo diversos residuos, todo lo cual presentaba restos de sangre humana. ¿Es exacto?

—Sí.

—El señor fiscal ha dicho que usted es un forense muy experto, cosa que no ponemos en duda en absoluto.

—Gracias —replicó el doctor con sequedad.

—Ahora bien, usted ha clasificado toda la sangre, o sus restos, que encontró, como pertenecientes al tipo O. ¿Correcto?

—Correcto. Era del tipo O.

—Como forense experto, doctor Eggleston, ¿puede manifestarle al tribunal cuántos tipos hay de sangre?

—Cuatro.

—¿Sólo cuatro tipos? —Denman fingió profunda sorpresa. Añadió—. ¿Quiere decir, doctor, que entre todos los millones… miles de millones de personas que pueblan la tierra, sólo se encuentran cuatro tipos distintos de sangre?

—Sí, exacto.

—¿Y todo el mundo posee uno de esos tipos? ¡Un momento! —

Denman pidió silencio—. Bien, doctor, si es tan amable de enumerar esos cuatro tipos…

—Hay cuatro tipos para clasificar la sangre humana —repitió Eggleston con voz clara y audible—. Esos tipos son el O, el A, el B y el AB.

—¿Cuál es el tipo menos corriente?

—El AB.

—¿Y el más común?

—El O.

—Muy interesante. El tipo O… El tipo más común… el tipo que presentan literalmente cientos de millones de personas…, ¿correcto?

—Sí —masculló Eggleston.

Denman volvióse y miró casualmente a los jurados. Luego, volvió a concentrar su atención en el testigo.

—Entre los doce hombres y mujeres que componen este jurado, ¿cuál es la probabilidad matemática respecto al tipo O?

—¡Protesto! —Se opuso Cannon—. ¡Esto requiere una conclusión!

—Señoría —gruñó Denman—, creo que la única conclusión es que el jurado tiene sangre en las venas.

Cannon enrojeció. Sin embargo, el juez dictaminó en favor suyo.

—Repita la pregunta de otro modo, por favor —dijo.

El defensor se encogió de hombros.

—Doctor Eggleston, usted identificó decididamente la sangre de esos diversos objetos, como perteneciente al tipo O. ¿Puede, en su calidad de experto, identificar dicha sangre como perteneciente exclusivamente a Isham Reddick?

—No, señor —confesó el testigo sin mirar a Cannon.

—Entonces, sólo la clasificó de acuerdo con generalidades —exclamó Denman despreciativamente.

—La identifiqué como perteneciente al mismo tipo de sangre que la de Reddick.

—Pero no puede demostrar que fuese suya, ¿verdad?

—No, señor.

Denman se apartó desdeñosamente del testigo y se enfrentó con el jurado, aunque seguía dirigiéndose a Eggleston.

—Dicho de otro modo, usted no demostró nada.

—¡Esto no es cierto! —gritó el testigo con firmeza.

Denman dio media vuelta rápidamente.

—¿Qué demostró entonces, doctor?

—Que no era imposible que la sangre fuese de Isham Reddick —replicó el médico, mirando fijamente al defensor.

Inmediatamente, Denman cambió de ataque.

—Espero que pueda mostrarse más específico respecto a la misteriosa ceniza que usted analizó, doctor. Por un instante deseo refrescarle la memoria respecto a la declaración que prestó usted para el señor Cannon.

Sacando una hoja de papel, leyó:

R.› También hay evidencias de origen proteico.

P.› ¿Significa esto la posibilidad de carne humana… o mejor, lo que antes podía ser carne humana?

R.› Correcto.

Denman calló y contempló a Eggleston.

—¿Recuerda haber dicho esto? —le espetó.

—Sí.

—¿Puede manifestarle al tribunal qué entiende por el término «origen proteico»?

—Significa un alto contenido de proteínas… predominantemente proteínas.

—¿Y qué son las proteínas, doctor?

—En bioquímica significan cualquier clase de combinaciones muy complejas de aminoácidos… ah… veamos… conteniendo carbono, hidrógeno, nitrógeno, oxígeno… y usualmente azufre, que son los elementos esenciales constitutivos de todas las células vivas.

Denman meditó largamente la siguiente pregunta.

—¿No hay proteínas también en los vegetales, así como en los animales? —inquirió al fin.

—Sí.

—Ah… —sonrió Denman—, entonces las cenizas con alto contenido de proteínas podrían ser cenizas procedentes de vegetales, ¿no?

—No —gruñó Eggleston—, químicamente la dife…

—¡Por favor, responda a mi pregunta! —Denman interrumpió al

testigo, callando para sospesar la situación. Ésta era extremadamente peligrosa. Decidió volver a terreno firme. Agregó —: Hace un momento, doctor, usted ha explicado al tribunal qué significaba la palabra proteínas, ¿verdad?

—Sí, mediante una definición bioquímica.

Denman sacudió la cabeza en reprobación.

—Le he preguntado —volvióse Denman de cara al juez—. Por favor, solicito del tribunal que ordene al secretario leer la pregunta que formulé yo entonces. Y también la respuesta del testigo.

El secretario leyó en voz alta:

P.› ¿No hay proteínas también en los vegetales, así como entre los animales?

R.› Sí.

—Bien —prosiguió Denman dirigiéndose al doctor—, ya ha oído lo que ha leído el secretario. Repetiré mi pregunta. ¿Hay también proteínas en los vegetales? ¿Es esto correcto?

—Sí —asintió Eggleston.

Le sorprendía estar ahora a la defensiva.

—Está bien —sonrió Denman, con el aspecto de alguien que acaba de poner un fraude al descubierto—, por ahora dejaremos de lado lo de las proteínas vegetales —fue lentamente hacia la mesa donde estaban las pruebas y cogió el rollo de papel embreado, que sostuvo en alto sin desenrollar—. Doctor Eggleston, no deseo imponerme a la sensibilidad de cuantos aquí estamos volviendo a abrir este paquete. Usted ya lo identificó, de modo que sabe a qué me refiero. ¿Sabe qué es esto?

—Sí, un hueso llamado tibia.

—¿Un hueso humano?

—Sí, un hueso humano.

—¿Está seguro?

—Sí.

—¿No podría ser un hueso perteneciente a uno de los primates?

—Sí podría —asintió agriamente el forense—. El hombre es un primate.

A sus espaldas, Denman oyó la suave risita de Cannon, mas no dio indicios de su irritación.

—Naturalmente, doctor —sonrió—. Estoy seguro de que en el instituto todos estudiamos biología. Lo que iba a preguntarle antes de que usted se adelantase… Incidentalmente —volvióse hacia el juez—, ¿quiere el tribunal ser tan amable de ordenarle al testigo que no se adelante a mis preguntas?

—Señoría —se puso en pie Cannon—, yo he oído distintamente cómo el señor defensor le formulaba una pregunta al testigo, y cómo éste respondía con inteligencia. Creo que el señor Denman es injusto burlándose del testigo.

Volvió a sentarse, fijos los ojos en Denman y luego los apartó alegremente. El juez le ordenó al testigo que sólo contestase a las preguntas formuladas específicamente.

—De acuerdo —Denman volvióse hacia su testigo con dignidad —. Repetiré la pregunta. ¿No podría ser el hueso de un primate, aparte del hombre, de algún mono, mico o lemúrido?

—No podría ser el hueso de ningún mono, mico ni lemúrido — repuso secamente el forense.

—¿Sin ninguna duda, entonces, es humano?

—Sí, es humano.

—Doctor, usted declaró que este hueso de una pierna, la espinilla, era de la pierna de un ser humano adulto y masculino, normal. ¿De qué pierna?

—De la izquierda.

—Usted declaró que dicho ser humano medía al menos un metro setenta de estatura y no más de metro ochenta. ¿Exacto?

—Exacto.

—Cuando examinó este hueso, ¿cuál era su estado?

—Estaba muy quemado, achicharrado.

—¿Identificó todo el hueso como perteneciente a una tibia?

—No entiendo la pregunta, señor.

—La formularé de otro modo. ¿Estaba el hueso completo, estaba en su longitud y tamaño normales, salvo las quemaduras?

—No, señor.

—Entonces, el fuego ya lo había consumido en parte… acortándolo más de lo normal, ¿verdad?

—Sí —concedió el médico—, habían desaparecido los extremos.

—Y no obstante, usted insiste en que, a juzgar por este resto de hueso, su poseedor no podía medir menos de un metro setenta ni

más de uno ochenta.

Eggleston se removió en su asiento. Ningún hombre, en las mismas circunstancias, podía éticamente estar seguro.

—¿Lo juraría?

—No, señor… Lo dudo.

—No le pido que dude —le cortó Denman, aprovechándose de su ventaja—. Sólo le pido esto: ¿queda fuera de toda posibilidad clínica que ese ser humano midiese un metro ochenta y cinco centímetros?

—Esto va en contra de toda probabilidad.

—No dije probabilidad —retrucó Denman—, sino «posibilidad»:

—Bueno —suspiró Eggleston—, existe una posibilidad…

—¡Gracias! —le atajó Denman.

Acto seguido empezó su ataque respecto al otro extremo de la estatura y al final el forense se vio obligado a admitir que el dueño de la tibia podía haber medido algo menos de un metro setenta.

De pie junto a Eggleston, aunque realmente dirigiendo sus frases al jurado, Denman despidió al testigo.

—Gracias, doctor Eggleston. En realidad, este fragmento irregular de hueso que usted ha identificado como no procedente de un mono, un mico o un lemúrido, se halla muy quemado, está incompleto, y no obstante usted insiste en que procede de un hombre. De la pierna izquierda de un hombre que originalmente no medía menos de un metro setenta ni más de metro ochenta. Este hombre desconocido, en los últimos minutos, se ha encogido y al mismo tiempo ha ganado en altura. Estoy seguro que, disponiendo de tiempo, doctor, acabaríamos acordando finalmente en que ese hombre era al unísono un enano y un gigante circense.

Eggleston suspiró con alivio al abandonar el estrado. En el último instante, Denman volvió a llamarle casualmente, truco que el abogado hallaba muy eficaz con un testigo agotado. Denman obtuvo rápidamente la admisión, por parte del forense, de que la bala encontrada en el horno no contenía restos de sangre. Diestramente, el defensor impidió que el médico declarase que el extremado calor del fuego, que había destruido la forma primitiva de la bala, también podía haber destruido los vestigios de sangre y carne que originalmente pudo tener adheridos.

Cannon le susurró a su ayudante que tomara nota para volver a

llamar a Eggleston como testigo y pedirle esta información.

Lincoln M. Means siguió al forense en el estrado para el contrainterrogatorio. Cronometrando el tiempo, Denman comprendió que aún podía llamar a dos o tres testigos más antes del aplazamiento de la sesión. Cuando el jurado estuviese encerrado aquella noche, tales contrainterrogatorios serían la única cosa que los miembros del jurado recordarían. Apretando las palmas de las manos contra las costuras del pantalón, Denman inició el interrogatorio. Tras identificar a Means como empleado del Departamento de Licencias, le preguntó:

—Si yo solicitase una licencia y le dijese a usted que mido metro ochenta, ¿me mediría usted?

—No —replicó Means.

—¿Por qué?

—Pues… No tenemos aparato de medir. No es necesario; nadie tiene motivos para mentir respecto a la estatura.

—¿Podría haber otra razón?

—No. Usted aparenta metro ochenta de estatura y yo le creería.

—Y si yo le dijese que mido un metro sesenta, ¿también me creería?

—No, señor. Obviamente, sería falso.

—Bien, supongamos que yo le digo que peso noventa kilos. ¿Me creería?

Means le estudió críticamente.

—Usted es corpulento, y creo que pesa alrededor de los noventa y cuatro kilos.

—Bien, por el momento, usted cree que yo mido metro ochenta y que peso noventa y cuatro kilos. ¿Correcto, señor Means?

—Sí, señor.

—Metro ochenta y noventa y cuatro kilos —Denman repitió quedamente las cifras mientras sacaba su cartera y extraía de la misma su licencia de conducir. Levantándola, leyó—: «Metro ochenta y cuatro de estatura. Peso: ochenta y un kilos» —se enfrentó de nuevo con el testigo—. Estamos en desacuerdo por cuatro centímetros de estatura y trece kilos de peso. Bastante diferencia.

—¿Cuánto hace que consiguió usted la licencia, señor Denman? —intervino el juez.

—Algo más de un año, al caducar la otra —replicó Denman—, y aseguro a Su Señoría que desde entonces no he cambiado sustancialmente de peso.

—Gracias —sonrió el juez—. Continúe.

—Señor Means, ¿cuál es su peso?

—Unos setenta kilos.

—¿Unos…? ¿Cuándo se pesó por última vez? ¿En una báscula segura… tal vez en el consultorio de un médico?

Means reflexionó.

—Hace… dos o tres años… para un chequeo del seguro.

—¿Y la estatura?

—Metro sesenta y cinco.

—¿Con o sin zapatos?

—Sin zapatos.

—¿Cuándo se midió?

—Cuando me reconocieron para el seguro.

—Cuando me reconocieron para un seguro —replicó Denman—, y cuando me midieron la estatura, el doctor no me hizo quitarme los zapatos. Simplemente, compensó dos centímetros por ellos.

—Bueno —confesó Means con inseguridad—, tal vez el mío hizo lo mismo.

—No se preocupe —el tono del defensor era amistoso—, no intento tenderle ninguna trampa. Simplemente, deseo demostrar que la memoria humana no es infalible. Muchas personas sólo se pesan ocasionalmente, en básculas poco garantizadas, o si poseen las cifras exactas… es posible que hayan cambiado con el tiempo. Bien, señor Means, honradamente ignora si mide un metro sesenta y cinco centímetros, sesenta y siete o sesenta y ocho; y es probable que pese setenta, setenta y dos o setenta y cinco kilos —Denman hizo una pausa y preguntó suavemente—. ¿Correcto?

—Sí, supongo que sí.

—¿No es posible que muchas solicitantes de licencias caigan en el mismo engaño que usted? Llenan el formulario con respuestas que juzgan exactas… pero que, tal vez por culpa del tiempo, ya no lo son.

—Pues…, no…

—No quiero decir un gran error, señor Means. En cambio sí una diferencia de tres o cuatro kilos, de tres o cuatro centímetros…,

¿puede garantizar que cada uno de los miles de formularios contienen unos datos cien por cien correctos?

De repente, la voz de Denman había perdido toda la amistad.

—No —replicó Means lentamente—, a veces, alguien puede cometer un error…

—¡Exactamente! —Denman dio un vistazo a sus notas—. Usted leyó en el formulario de Isham Reddick: «sexo… masculino; edad… 36 años; ojos… azules; cabello… castaño oscuro; peso… ochenta kilos; estatura… metro setenta y tres». —Denman levantó la vista y la fijó en el testigo—. Señor Means, hace unos momentos usted calculó mi estatura, pero en base a sus cálculos…

Cannon ya estaba de pie.

—¡Protesto! ¡Protesto!

—¿No es posible que Reddick midiese más de metro setenta y tres y pesase noventa kilos? —concluyó Denman.

—Señoría —objetó Cannon—. ¡Pido que esta declaración sea borrada del acta y que el tribunal ordene al jurado que no la tenga en cuenta!

—¿Sobre qué fundamento, señor fiscal? —preguntó Denman, sonriendo.

—Es una opinión… puramente hipotética…

—Aprobada la protesta —decidió el juez. Luego, se volvió hacia el jurado—. Por favor, no tengan en cuenta la última declaración, ni permitan que la misma afecte a su decisión.

Denman, no obstante, todavía sonreía. Había fabricado una pantalla de humo, aunque ignoraba cuál era su verdadera importancia.

El doctor Stanley Boss, dentista, volvió a regañadientes al estrado. Denman estaba junto a la mesa de la defensa, visiblemente afilando sus armas mientras el odontólogo se sentaba. Inmediatamente, Denman se lanzó al ataque.

12

¡Aquellas planchas me inquietaban mucho! Sabía que tenía que desprenderme de ellas lo antes posible. En un hotel extraño, no es costumbre llamar a un botones, pedirle un martillo y empezar a golpear contra un yunque una serie de planchas de metal… con la esperanza de destruirlas. La sola posesión de las planchas significaba un gran lío con el Departamento del Tesoro, a pesar de no haber servido nunca para imprimir.

Más peligroso todavía, según mis ideas, era el desconocido e invisible Greenleaf. Había dispuesto, con mucho tiempo y algún gasto, que el viejo Will hiciese las planchas. Si Tally estaba en lo cierto, había buscado las planchas en la casa la noche en que el viejo murió. Bien, ahora resultaba imposible enviar las planchas al Gobierno sin mezclar a Tally, debido al dinero que Greenleaf les había entregado en cheques, que ella había cobrado personalmente. Y había algo más…

¿Y si Greenleaf era el responsable de la muerte del viejo? ¿No era probable que le hubiese golpeado por la escalera cuando Will Shaw vio que ya no podía entregarle las planchas por habérselas llevado Tally? ¿No era posible que primero hubiese golpeado a Will Shaw, y luego, con el viejo inconsciente, haberle arrojado al sótano?

De todas formas, una cosa estaba clara: tenía que deshacerme inmediatamente de las planchas. Y además, no tenía intenciones de vagar por las calles de Filadelfia, llevándolas, mientras buscaba un lugar donde esconderlas. Tally se quedó sosegadamente en cama mientras yo me vestía. Parecía angustiada.

—Oye, muñeca —le espeté, besándola—, voy a salir… No te muevas hasta que vuelva.

Asintió. Guardé de nuevo las planchas en el armario y salí

apresuradamente de la habitación.

Ya en la calle, me dirigí hacia el Ayuntamiento, buscando un sitio donde esconder las planchas y donde pudiesen continuar ocultas por algún tiempo. Preferiblemente, hasta terminar nuestro contrato con el «Lark» y haber regresado a Nueva York. Las calles estaban llenas de personas que me parecía me contemplaban suspicazmente. Yendo por la avenida del parque Benjamín Franklin hacia el Museo de Arte, me acerqué al monumento de George Washington, que se halla sobre una isla de cemento rodeada por el tráfico. Dentro del parque del Museo de Arte, no obstante, hallé otra estatua, con el sitio que andaba buscando. Era un fundido en bronce de un hombre con una espada en alto, a caballo, y le llamaban el León Luchador. Directamente detrás, crecía un seto bien recortado, muy espeso, con una masa entrelazada de raíces gruesas. De pie detrás de la estatua, cavando entre las raíces, podría esconder las planchas sin ser visto por nadie. Las planchas enterradas a regular profundidad, podían quedar escondidas durante años… corroyéndose y quedando fuera de todo uso.

Estaba ya ansioso por regresar al hotel, coger las planchas y enterrarlas en el sitio elegido. Bajé muy de prisa la escalinata del museo, llamé un taxi y me hice conducir al hotel.

Ya en el «MacAndrews», un botones abrió la puerta del taxi y le entregué un níquel.

—Buen día, señor Mountain —me dijo el botones.

—Sí, en efecto —concedí.

Era un chico delgado, prácticamente sin espaldas, que caminaba como un pingüino. Varias veces, cuando llovía, buscaba taxis para Tally y para mí, y en consecuencia no escaseábamos las propinas. Por un momento, estuve a su lado en la soleada acera, y de pronto una gran sombra pareció cubrir al sol.

El botones miró hacia arriba y, gritando unas palabras sin sentido, me empujó hacia la calzada.

¡Se oyó un ruido tremendo como un portazo!

¡La muerte yacía a mi lado en la calle!

Estupefactos, el botones y yo permanecimos allí, y en aquellos instantes de parálisis, la acera se pobló de gente, procedente de las calles y casas vecinas, formando un círculo en torno al espantoso guiñapo.

A mis pies había una zapatilla negra, de terciopelo, con ribetes dorados.

Era una zapatilla de Tally.

Las olas que lamían las playas de todos los océanos del mundo dejaron de moverse por un momento, permaneciendo inmóviles. Luego, las mareas, atropellándose entre sí, corrieron más de prisa, como surgiendo del fondo de los mares y oscureciendo la luz del sol. Dentro del negro centro de la enorme ola, se oyó un estruendo, cada vez más potente, al tiempo que la ola ganaba en tamaño, hasta que no quedó más que la presencia de un estrépito tan intenso que ningún otro sonido podía oírse, ni verse ninguna otra visión. Y, sin embargo, en medio había voces que chillaban, voces que murmuraban.

Ante el mío apareció un rostro. Un rostro que no había visto nunca. Un rostro ancho, con ojos negros y mandíbula poderosa. Finalmente, no pude soportar más el estruendo de las voces… de la única voz. La voz que pertenecía al semblante ancho.

Aquella cara era de un detective llamado Brockheim, y estábamos ya en mi cuarto del hotel. Había allí otros hombres, algunos de paisano, otros de uniforme. Era como si todo el mundo estuviera allí. Todo el mundo, excepto Tally.

—Vamos, vamos… —repetía Brockheim—, sí, ha sido un choque. Vamos, señor Mountain, ha de contestar unas preguntas. Vamos, hombre, anímese —uno de los policías había encontrado un frasco de whisky medio lleno y me sirvió un trago. Lo bebí sin hallarle gusto—. Vamos, vamos —repitió Brockheim.

Asido a los brazos de la butaca, los apreté fuertemente. Mis dedos carecían de vida… y yo estaba apretando sólo espuma de cerveza, leche descremada…

—Sí —murmuré finalmente, encontrando la voz en mi interior.

—Así está mejor… —aprobó Brockheim—. Dígame, señor Mountain, ¿cuándo vio a su esposa por última vez?

—No sé…

—Vamos —replicó el detective—, usted acababa de regresar al hotel cuando su esposa saltó por la ventana. Debió verla antes, por la mañana.

—No sé…

—¿Cuánto tiempo hace que salió usted del hotel? ¿Cuánto

tiempo ha estado fuera?

Entre todos aquellos mirones, vi la aparición de mi reloj de pulsera que yo había consultado en el parque del Museo de Arte.

—Dos horas —musité.

—¡Bravo! —exclamó Brockheim satisfecho—. Cuando salió de aquí esta mañana, ¿qué hacía su esposa?

—Estaba en cama.

—¿Desnuda y en cama?

—Sí.

—Y usted se marchó, y ella entonces debió levantarse y vestirse, porque estaba vestida cuando saltó. ¿Por qué? ¿Pensaba salir?

—No creo… —tartamudeé, recordando a Tally tal como la había visto por última vez recostada contra la almohada—. Aunque pudo decidir salir. Yo no debía volver en algunas horas.

—¿Cómo estaba cuando la vio usted esta mañana? ¿Discutieron por algo?

—No. No discutimos. Jamás nos peleábamos.

—¿Estaba deprimida por algo?

—Oh, no puedo pensar —gemí—. Estoy… confundido… Me resulta difícil comprender sus preguntas. Permitan que me lave la cara.

Sin esperar el permiso de Brockheim, me puse en pie y entré en el cuarto de baño.

Me aflojé la corbata, me desabroché el cuello de la camisa y abrí el grifo del agua fría. Recogiendo el agua con las manos, me lavé el rostro y coloqué las heladas manos debajo del cuello. Cuando mi cabeza empezó a despejarse, desapareció la niebla de irrealidad que tenía ante los ojos. Me sequé la cara y las manos y volví al dormitorio.

—Está bien —murmuré—, ahora me siento mejor.

—Le he preguntado si su esposa pensaba salir.

—Sí, recuerdo su pregunta. Dijo que Tally estaba vestida de calle. Y no obstante aún iba en zapatillas.

—Exacto —asintió Brockheim—. Dígame, ¿por qué estaba preocupada? Una mujer no salta por una ventana en un súbito impulso.

¡Era el momento de la gran decisión! Me hallaba en el lugar sin retorno. O ahora contaba toda la verdad… o nunca. Insertando un

cigarrillo entre mis labios, fingí buscar en mis bolsillos una cerilla. Antes de que Brockheim hiciese funcionar su encendedor, fui al armario, lo abrí y saqué un librito de cerillas de una chaqueta. Mis ojos apenas rozaron un rincón del armario.

¡El maletín de Tally con las planchas falsificadas había desaparecido!

Volví a la silla y tomé asiento. Sabía que Tally no se había suicidado… no había saltado por su propio impulso. No sólo carecía de motivos para ello, sino que era psicológicamente imposible reconciliar esto con su carácter. El acto final de un suicidio desesperado necesita un acondicionamiento, durante algún tiempo, y Tally no había dado muestras de tales ideas.

Yo sabía qué la Policía debía considerar la posibilidad de que su caída fuese accidental. Las dos grandes ventanas al extremo del cuarto eran bastante anchas y altas. Y ambas poseían unos alféizares singularmente bajos, a no más de cincuenta centímetros del suelo. La parte inferior de una estaba totalmente levantada, deslizándose para cubrir toda la mitad superior del marco, y dejando una amplia abertura. Suponiendo que Tally hubiese abierto la ventana, se hubiese asomado, descansando las manos en el alféizar, y se le hubiesen deslizado las manos… Al perder el equilibrio, ¿era posible que el impulso de la caída la hubiese arrojado fuera de la ventana? Esto era imposible de demostrar, pues el alféizar, que era de cemento, no contendría ni huellas dactilares ni de las palmas de las manos.

Quedaba en pie un hecho, un hecho excepcional…, ¡el más importante! Las planchas habían desaparecido. Cuando yo salí del hotel, estaban en el armario. ¿Podía Tally haberse vestido, escondiéndolas en algún lugar del hotel? Era una posibilidad, aunque lo dudaba. Esperaba que yo regresase. Luego, si ella no se había librado de las planchas, Greenleaf había entrado en la habitación y las había cogido.

Con tantas reflexiones, parecerá que yo había medido la situación con detalle, mientras intentaba demorar mi respuesta a Brockheim. No, no sucedió así. En realidad, todas esas posibilidades pasaron por mi mente en un sólo destello de lucidez. Al momento siguiente, había tomado una decisión. Sabía, sin la menor duda posible, que era inútil hablar de las planchas desaparecidas y acusar

a Greenleaf… al que nunca había visto ni podía identificar, y contra el cual no tenía ninguna prueba. Admitir la existencia de las planchas, que valían millones en dinero falso, era señalar con el dedo un motivo para mí también. Lógicamente, la Policía creería que Tally había escondido las planchas para guardarlas, y que yo la había matado para apoderarme de ellas.

Aunque poseía una coartada… la palabra del botones para el momento de la muerte, ello no descartaba la posibilidad de un cómplice.

Por eso, en un instante, fijando mi mirada en la de Brockheim, exclamé:

—Sí, estaba preocupada… Bueno, no preocupada realmente… angustiada y deprimida por la muerte de su tío. Falleció aquí, en Filadelfia, hace menos de cuatro meses, y era el único pariente de mi mujer, con el que había vivido muchos años, puesto que era huérfana, y su muerte la dejó muy deprimida. Al regresar aquí para trabajar a mi lado, sintióse abatida… mas no hasta el punto de quitarse la vida.

Brockheim sacó del bolsillo un chicle, le quitó el envoltorio de papel y se lo metió en la boca. Masticando lentamente, explicó:

—Trato de dejar de fumar. Pero no sirve de mucho —me miró con ojos penetrantes y preguntó—: ¿Cuánto tiempo llevaban casados?

Se lo dije.

—Recién casados, ¿eh? —observó.

—Sí.

—¿Tenía ella algún seguro?

—No lo sé… Tal vez se lo hizo antes de casarnos. En tal caso, no podía ser por mucho y jamás lo mencionó.

—¿No obtuvo nada de ella?

—Ni un penique.

—¿Seguro?

—Segurísimo,

—Puedo averiguarlo —Brockheim se encogió de hombros. Cayó en un profundo silencio y siguió masticando el chicle. Tras esta pausa, observó—: En la centralita me han contado que esta mañana, antes de salir, le llamaron por teléfono. ¿Quién era?

Le miré fijamente.

—Supongo que un bromista del club donde trabajo. El que llamó no sólo quería despertarnos. Fingió haberse equivocado de número…

—Oh, ¿de veras?… —Brockheim se acercó a la ventana—. Entonces, hubo otra llamada más tarde… después de irse usted. Una llamada muy breve. Tan pronto como aquí descolgaron el teléfono, la conexión quedó rota. ¿El mismo bromista?

—Es posible. En mi profesión abundan… No son muy graciosos.

—Nunca lo son.

De pie delante de la ventana, el detective se agachó… y se asomó para contemplar los quince pisos que había hasta la calle. Inclinándose más, puso las manos en el alféizar, soportando con ellas el peso de su cuerpo.

—¿Le molestaba a su esposa el aire fresco? —inquirió, con voz distante.

—No mucho —repliqué.

Brockheim retiró el cuerpo de la ventana.

—No tenía nada contra el aire fresco. De haber tenido jaqueca o no haberse encontrado bien, pudo abrir la ventana para asomarse.

—¿Padecía de jaqueca?

—No lo sé. Esta mañana nos despertamos tarde. Tal vez sólo quiso tomar un poco el aire…

—Sí… —regresando al centro de la habitación, Brockheim se enfrentó conmigo—. ¿Cree posible que saltara?

—No —me mostré muy seguro.

—Entonces, ¿cree que cayó?

—Sí, tuvo que caer.

—Bien —murmuró lentamente—, ahora le dejaré tranquilo. Tengo que interrogar al personal del hotel… y también al del club donde usted actúa. Más tarde volveré a hablar con usted.

Hizo una señal a sus subordinados y todos le siguieron al pasillo.

Instantáneamente, la habitación quedó desierta, una enorme habitación cuadrada, con muchos kilómetros de largo y muchos de anchura. Y en ningún lugar del cuarto había sonidos…, en ningún lugar del cuarto había movimiento… salvo en mis dedos. Poco después, los estudié y descubrí que estaban barajando. Sin embargo, en mis manos no había naipes.

Fui hacia el armario y cogí la botella de whisky.

13

Los ojos del dentista, detrás de sus gafas sin montura, contemplaban a Denman con interés. Se pasó nerviosamente una mano por el cabello y se aclaró la voz. El defensor se le aproximó con estudiada indiferencia, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

—Doctor, declaró usted que un paciente que usted conocía bajo el nombre de Isham Reddick le llamó porque le dolían tres muelas, ¿no?

—Correcto, señor.

—Bien, usted examinó atentamente las muelas, incluso con rayos X… mas no halló ningún mal en dichas muelas.

—No vi ningún motivo para el dolor.

—Y tras comunicarle esto al paciente, ¿qué dijo él?

—Que seguían doliéndole.

—Después de la primera visita, usted volvió a verle en diversas ocasiones. ¿Repitió alguna vez que le dolían las muelas?

—No me acuerdo.

—En cambio recuerda todo lo demás, ¿verdad?

—Cuando le vi últimamente —Boss jugueteó con un anillo de la mano izquierda—, yo sólo pensaba en su muela postiza.

—Y no le extrañó que su paciente ya no se quejase de las muelas. Usted le manifestó que las tenía en buen estado, y él, muy amable, no volvió a quejarse.

—Exacto —afirmó Boss—. A veces, los dientes o las muelas duelen por ser sumamente sensibles a los cambios de temperatura… Luego, la condición pasa y…

—De modo que usted decidió que no estaban dañadas las muelas de Isham Reddick, y procedió a fabricar un diente postizo para él. Dígame, doctor Boss, ¿quién habló primero de ese diente postizo?

—Reddick, estoy seguro.

—¿Por qué?

—Bueno, la falta del diente afectaba a su apariencia. Lo necesitaba. Y la cantidad de tiempo y trabajo necesarios para fabricar el diente excedía a lo que Reddick podía pagar. Era más importante para él tener el diente que para mí fabricarlo.

—Usted implica, doctor Boss, que le hizo un favor a Isham Reddick al fabricarle el diente postizo, y yo pienso que fue usted muy generoso —Denman hizo una pausa y luego preguntó—: ¿Tiene usted muchos pacientes, doctor Boss?

—Pues sí.

—¿Es un consultorio importante el suyo?

—Tengo todos los clientes que puedo cuidar.

Denman volvió al ataque.

—Y no obstante, a pesar de su mucho trabajo, usted perdió bastante tiempo, y muchos esfuerzos, claro, para fabricar un diente postizo para Isham Reddick, que no podía pagárselo como otro paciente más rico, ¿verdad?

—Ciertamente —replicó Boss con sequedad.

—Doctor Boss, no niego que usted hiciese el diente para Isham Reddick. Estoy seguro de ello. Mas no estoy seguro de que usted fabricase el diente a mano, especialmente coloreado, con la debida forma, el conveniente matiz… un diente diferente a todos los demás dientes del mundo —deliberadamente, Denman contempló al testigo de arriba abajo—. Bien, ¿lo hizo, doctor?

—¡Sí, lo hice! —afirmó decididamente el dentista.

—Piénselo —prosiguió Denman—. ¿No es posible que en su depósito hallase un diente apropiado a este uso? Usted posee un depósito de dientes de muchos tamaños y formas, ¿no es cierto?

—Sí.

—De modo que pudo encontrar uno que fuese apropiado para Isham Reddick, con lo cual usted podía ahorrar mucho tiempo y esfuerzo… ¿No es así?

—¡No! —tronó Boss.

—¿Por qué?

—Porque el paciente jamás se satisface con un trabajo mal hecho.

—Pero Reddick no habría notado la diferencia. Hubiera visto un

diente delantero, que parecía razonablemente adecuado a sus necesidades… un diente que no tenía…

Denman intentaba que Boss admitiera haber utilizado un diente de su depósito. Con esta admisión, la identificación del diente hecha por el odontólogo como perteneciente a Reddick quedaría sumamente debilitada. Sin embargo, Boss sostuvo tenazmente que había fabricado el diente para Reddick, y Denman no logró hacerle flaquear.

El interrogatorio de Denman a la señora Boss fue rápido.

La mujer repitió su declaración anterior, respecto al tipo O de la sangre de Reddick, que figuraba en su archivo. Denman no podía sacarle nada más. Al concluir el contrainterrogatorio, el tribunal aplazó la vista para el día siguiente.

A las diez de la mañana siguiente, el fiscal llamó de nuevo al teniente Mikleson para testimoniar.

—Teniente, usted declaró la otra vez que en su primera visita a la casa de la calle Ochenta y Nueve Este, registró el dormitorio del acusado, el baño contiguo… y que se tomaron fotografías de dichas habitaciones —Mikleson confirmó su declaración y Cannon continuó—: Cuando registró el dormitorio, ¿qué encontró?

—Un revólver en el segundo cajón del escritorio.

—¿Es este revólver?

—Sí —asintió Mikleson—, el mismo, un 32, con un proyectil disparado.

—¿Halló algo más?

—Sí. Una nota doblada y colocada bajo diversas ropas, en la cómoda.

—¿Es ésta la nota?

Cannon le entregó una hojita de papel azulado, aproximadamente de ocho centímetros de ancho y doce de largo, de una clase corrientemente utilizada en las libretas de notas. Ésta se hallaba totalmente desgarrada por un lado.

Mikleson examinó el papel y asintió.

—Es la misma. La identifiqué con mis iniciales.

Cannon dio media vuelta, dirigiendo las frases siguientes al jurado.

—Voy a leer lo que dice este papel. «Reddick…» —empezó con voz clara y bien timbrada—, «mt. 8500» —se enfrentó con el juez—.

Señoría, presento esta nota como evidencia —regresó junto a Mikleson y siguió—: Asimismo, en posesión del acusado, usted encontró una libreta. ¿Puede identificarla?

El fiscal le entregó un cuaderno en piel, y el testigo lo identificó.

—Gracias —dijo Cannon, despidiendo al policía.

Volvió a llamar al experto calígrafo, Alvin G. Hartney, y le enseñó el cuaderno.

—Usted examinó los escritos y las notas de esta libreta y lo ha comparado con muestras de la escritura del acusado. ¿Diría que todo fue escrito por la misma mano?

—Sí —asintió Hartney—. La escritura de la libreta es idéntica a la de otras muestras escritas por el acusado.

—Aquí tenemos una hojita de papel —prosiguió Cannon—, que procede supuestamente de la libreta. ¿Ha examinado usted su escritura?

Cannon entregó al calígrafo la hoja de papel.

—Sí.

—¿Puede identificar la escritura?

—Sí. Es idéntica a la de las anotaciones de la libreta y a la de las muestras de escritura del acusado.

—¿Diría positivamente que todo fue escrito por la misma persona?

—¡Sí! —afirmó Hartney.

Cannon le permitió abandonar el estrado.

—¡Mary Deems! —voceó el ujier.

Una mujer de media edad, que todavía conservaba una figura bastante esbelta, avanzó hacia la silla de los testigos. Su redonda cara no mostraba arrugas, ni llevaba otro maquillaje que un poco de color en los labios. Se presentó como dama de servicio doméstico, de la casa de la calle Ochenta y Nueve Este, habiendo trabajado para el acusado. Ataviada de negro, cruzó los tobillos, juntó las manos sobre las rodillas y comenzó con su declaración.

—Ha dicho usted que se dedicaba al servicio doméstico. ¿Puede explicarnos cuáles eran sus deberes? —interrogóla el fiscal.

—Pues… limpiaba la casa, contestaba al timbre y al teléfono y por la mañana preparaba un desayuno continental.

—Aclare lo del desayuno, por favor.

—Yo no soy cocinera, pero por las mañanas hacía café y

calentaba unos bollos que servía con mermelada —inclinó la cabeza, reflexionando—. Cuando me contrataron dije que no era cocinera, y me replicaron que en la casa no se guisaba. El desayuno, realmente ligero, era la única comida que hacían en la casa. A veces… había una pequeña reunión, y entonces alguien traía algo de una tienda.

—¿Vivía usted allí, señorita Deems?

—Sí, señor. Tenía una habitación arriba.

—¿Había otros criados en la mansión, aparte de usted?

—Isham Reddick. También vivía allí. Estaba empleado como ayuda de cámara y chófer.

—¿Sólo ustedes para llevar una casa tan grande como aquélla?

—Nosotros éramos los que vivíamos allí —Mary Deems sacudió la cabeza—, sólo Isham Reddick y una servidora, Y había un matrimonio… los señores Lightbody, que venían de día. Él era portero de otro edificio de la misma calle.

—Un momento. ¿Portero?

—Bueno, encargado. Encargado y portero de una casa de apartamentos de la misma calle. Venía todos los días, a buscar las cenizas, a comprobar el horno y arreglar los posibles desperfectos de la casa. La señora Lightbody, su mujer, venía con regularidad para ayudarme a limpiar.

—Entiendo. Bien, volvamos a Isham Reddick. Dijo usted hace poco que estaba empleado como ayuda de cámara y chófer. ¿Es así?

—Sí, señor, y en realidad hacía un poco de todo.

Mary Deems no deseaba formular conclusiones definitivas.

—Veamos, señorita Deems, ¿cuántos años lleva usted como criada… perdón, empleada doméstica?

La mujer vaciló.

—Desde jovencita.

—No, no le pido una respuesta exacta —Cannon se mostraba comprensivo con la edad de las mujeres—. ¿Digamos unos veinte años?

—Pues… sí.

—Conforme. En ese tiempo usted habrá trabajado para otras familias. ¿Cómo definiría a Isham Reddick, en sus funciones de chófer, ayuda de cámara y de todo un poco, comparado con otros criados similares?

La mujer consideró la pregunta unos instantes y repuso lentamente:

—No muy bien, señor —su rostro honrado se asustaba ante la terrible idea de hablar mal del muerto—, porque en realidad, se tomaba muy poco interés por su trabajo. Naturalmente —su expresión se aclaró un poco—, es posible que no le gustase la idea de tener que hacer tantas cosas. Lo normal es que un ayuda de cámara sea un ayuda de cámara y que un chófer sea un chófer.

—¿Conocía muy bien a Isham Reddick? —Mary Deems se ruborizó y Cannon se apresuró a añadir—: No me refiero a nada personal, pero ¿conversaba mucho con usted?

—No, señor, no mucho. Normalmente, cuando no estaba de servicio, permanecía en su habitación. Sólo en una ocasión se comportó con gran amabilidad. Estábamos solos y me invitó al cine. Después, me invitó también a cenar.

—Se acuerda usted muy bien de este incidente, señorita Deems. ¿Existe para ello algún motivo, aparte de ser la única ocasión en que la invitó a salir?

—Sí, existe otro motivo. Había un pequeño restaurante cerca del cine de la calle Noventa y Dos. Allí nos detuvimos a cenar y estaba yo leyendo atentamente la minuta porque no quería que el señor Reddick gastara demasiado dinero conmigo. Decidí de pronto tomar un bocadillo y una taza de té, y él comentó: «Vamos, no sea tonta, pida lo que quiera. Tengo mucha pasta». Oh, sí, dijo «pasta».

—Isham Reddick, le dijo: «Vamos, no sea tonta, pida lo que quiera. Tengo mucha pasta» —repitió Cannon—. Y con estas palabras, señorita Deems, usted entendió que tenía mucho dinero, claro.

—Esto es lo que pensé, aunque cabía la posibilidad de que bromease un poco… o desease farolear…, ¿sabe usted lo que es farolear, señor fiscal? —Mary Deems se ruborizó. Seguramente pensaba que no era lógico que una señorita distinguida lo supiera —. Bromeando a mi vez, repliqué que estaba segura de que no disponía de más dinero que del necesario para pagar la cena. Entonces, riendo, sacó del bolsillo un fajo de billetes y los tuvo delante de mi cara un minuto, muy ufano. Luego, volvió a guardárselos.

—¿Le comunicó Reddick cuánto dinero había en el fajo?

—No, señor. Mas cuando me lo enseñó, distinguí que entre los billetes había bastantes de cien dólares.

—En su opinión, podía haber unos ochocientos dólares en total, ¿verdad?

Cannon se vio interrumpido por Denman al ponerse en pie.

—¡Protesto!

—Admitida la protesta —sentenció el juez.

—Está bien, señorita Deems —continuó el fiscal—. Después de enseñarle Reddick el fajo de billetes, muchos de cien dólares, ¿qué dijo usted?

—Naturalmente, me pregunté de dónde habría sacado tanta pasta… digo, dinero. No podía ser de su sueldo…

—¡Protesto! —exclamó Denman, colérico.

—¡Admitida la protesta!

—¿Qué dijo él? —preguntóle Cannon a la dama del servicio doméstico.

—Primero, yo me eché a reír y exclamé: «¡Muchacho, debe tener usted una mina de oro!». Él también rio y contestó: «No, no poseía ninguna mina de oro. Más bien parecía un enterrador… Sabía dónde estaban enterrados los cadáveres».

—Un momento, señorita Deems —la atajó Cannon—. Isham Reddick le dijo que él parecía un enterrador… y que sabía dónde estaban enterrados los cadáveres. Se refería a una tercera persona, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Y con esta observación, usted comprendió que Reddick no se refería a verdaderos cadáveres, sino que poseía una información importante.

—Exacto. Se refería a esto.

—No me parece una observación apropiada para una persona que apenas podía pagar el precio de un diente postizo —observó Cannon—. ¿No le causó a usted esta impresión?

—En efecto, señor. Parecía tener mucho dinero.

—¿Llevaba Isham Reddick el diente postizo la noche en que la invitó a usted al cine?

—Oh, no… Recuerdo que había un hueco muy grande en su dentadura… igual que siempre hasta entonces.

14

En el campo mágico de la ilusión lo que uno no ve siempre está allí. Lo que ocurre es que uno no lo ve hasta que el mago lo enseña. Las sedas están embutidas dentro del huevo hueco; las flores cerradas en la palma de la mano; la carta escondida detrás de los dedos. Pero la Muerte es la mayor nigromante de todas; en un momento de descuido realiza su truco y arrebata una vida, y la gente ni siquiera se da cuenta apenas de que aquel ser que respiraba ya no alienta.

La ilusión de la vida persiste… Uno cree captar la voz en el cuarto contiguo; se espera oír los pasos por la escalera… los pasos del ser amado; se anticipa un perfil en el restaurante atareado; el sonido de una risa en el bar; las piernas que se mueven vivaces en la acera… La ilusión sigue allí; el ayer aún no se ha convertido en el hoy. Y hoy no debe transformarse jamás en el mañana, porque entonces sería ya demasiado tarde.

La esperanza se demora, como la última y suave brisa entre los árboles antes del invierno; como el último acorde musical antes del silencio. Se halla allí antes de que la desesperación marchite completamente el último ramillete de flores de ilusión, y la Muerte ejecuta su último saludo antes de que caiga el negro telón de terciopelo.

Los labios delicados y siempre recordados te rozan la mejilla por la noche, en cambio por la mañana no hay a tu lado más que las revueltas ropas de la cama. Sólo en tu mente permanece la voz; sólo detrás de tus adormilados ojos el rostro se convierte en realidad. En la tristeza de las noches sin fin, en la desdicha de los días siempre iguales, la esperanza se desvanece. ¡La ilusión ha quedado completada! Porque sólo entonces desaparece para siempre…

No perdí a Tally en la calle ante el «McAndrews» aquella tarde,

ni en la calle Locust… ni en ninguna de las otras calles de Filadelfia. Desapareció una noche varios meses más tarde en Nueva York. Estaba yo tendido de espaldas, en la acera, delante de un bar de la Octava Avenida; estaba tendido allí porque me habían echado del local. Y me habían echado porque no había podido abonar la bebida y no había podido abonar la bebida porque no había vuelto a trabajar desde que salí de Filadelfia. Reflexionando sin indignación que era muy triste verse arrojado a la calle de este modo, estuve tendido unos instantes contemplando el cielo. No podía ver el azul, ni las estrellas ni el firmamento. Sólo una niebla borrosa, semitranslúcida, semiopaca… de anuncios de neón azules y colorados, de fluorescentes amarillos y verdes; de Mazdas blancos y General Electrics color ámbar: todos los colores se hallaban reunidos sobre la calle, mezclados a una bruma marrón de coloridos tembleantes. Rodando lentamente sobre mi estómago me incorporé y me tambaleé hacia un edificio, para apoyarme en la pared. De pronto, devolví sobre el muro el licor barato que había ingerido poco antes.

¡Fue en aquel momento que decidí matar a Greenleaf!

Por la mañana fui a ver a mi agente. Llevaba una semana durmiendo sin desnudarme, tenía la camisa tan sucia como un trapo de garaje; necesitaba afeitarme y no había comido desde… no sé, tres o cuatro días. Tuve que ir andando a la agencia porque no tenía dinero para el Metro, ni podía sacarlo de ninguna parte. A cada manzana me veía obligado a sentarme para descansar. Al tomar asiento en el bordillo de la acera, jadeando de cansancio, los transeúntes daban un rodeo antiséptico. Por fin llegué a la agencia y aguardé fuera hasta que mi agente apareció.

—Sol —le espeté—, quiero hablar contigo.

Asintió y abrió la puerta de su cubículo, dejándome entrar. Era un hombrecito con una panza compacta, redonda. Tras indicarme una butaca me dio un cigarrillo; el humo se agarró fuertemente a mi garganta.

—Tienes que ayudarme —le rogué.

—Claro, Lew —replicó con tono simpático—. Sé lo que ocurrió en Filadelfia… Lo siento.

—Necesito pasta. Estoy sin blanca.

—Sí, sí, lo comprendo… —sus ojos escrutaron mis ropas y mi

rostro—. Te encuentras ya bien, ¿verdad, Lew?

—Sí —asentí—, me encuentro bien.

—Has montado un buen número, Lew y no tiene sentido perderlo tontamente. Incluso trabajando… solo, puedo darte trabajo continuo. Aunque tendrás que dejar de beber.

—Sol —repuse con tono apremiante, en tanto la pequeña estancia daba vueltas delante de mis ojos, y en mi estómago sentía calambres de hambre—, no me sermonees. Dame algo de pasta…, ¡y me largaré!

—¿Cuánto necesitas?

Sacó del bolsillo un talonario.

—No lo sé… lo que tú creas que puedes prestarme. Lo necesito desesperadamente y te juro que no es para beber.

—Seguro, seguro… —Sol se mostró muy comprensivo—. ¿Tienes bastante con doscientos? —preguntó luego, escribiendo en un talón, que me entregó tras firmarlo.

—Gracias —doblé el talón y me lo metí en un bolsillo. Tras ponerme de pie, me así al escritorio para no tambalearme—. Ahora regresaré a mi hotel.

—¿Cuándo piensas volver a actuar?

—No lo sé —respondí lealmente—. Primero tengo que hacer algo muy importante. Pero si no vuelvo a trabajar, te devolveré el dinero.

—Olvídalo, Lew —replicó Sol—. Te lo he dado en recuerdo de los viejos tiempos.

Una ducha caliente borra muchos pecados… al menos los pecados de la suciedad, la mugre y la grasa. Ya en el hotel me duché, me afeité y dormí veinticuatro horas. A la mañana siguiente, con ropas limpias, forcé a mi estómago a aceptar un ligero desayuno. Aunque todavía tenía el cerebro algo alterado y no podía concentrarme mucho, empecé a planear la forma de atrapar a Greenleaf. Y durante los sucesivos días seguí meditando en ello, sospesando las posibilidades, considerando las probabilidades. Poco a poco, día a día, la idea iba tomando cuerpo. Mi problema más urgente, no obstante, era el dinero necesario para ultimar mis planes. Y lo necesitaba urgentemente. El dinero que Sol me había dado, después de pagar la cuenta del hotel, apenas bastaba para lo más perentorio.

Existía un medio rápido de reunir fondos y decidí correr el riesgo, aunque era peligroso. Tan pronto como me sentí mejor y el temblor abandonó mis manos, fui en busca de Max, el primer botones del hotel. Le di una propina y le dije:

—Dentro de un par de días vendrá un amigo mío del teatro, y quiere un poco de acción. ¿Sabes dónde se juega?

—¿Dados?

—No. Póquer.

Max me miró seriamente.

—¿Seguro que ese tipo es amigo suyo?

—Completamente.

—Conozco un sitio, pero un desconocido puede allí salir mal parado. Particularmente si se gana mucho. El tipo que lleva el local no pertenece precisamente a una asociación de beneficencia.

Me encogí de hombros.

—No puedo garantizar la moral de mi amigo —contesté—, pero le conozco. No es mala persona.

Miré fijamente a Max.

El chico encendió un cigarrillo.

—¿Qué diablos? A mí me importa un bledo. ¿Cómo se llama?

—Tom Murphy. Su padre se llamaba Tom Murphy y su abuelo…

—Sí, lo sé —me interrumpió Max—, se llamaba Tom Murphy.

—Ignoro cómo lo has adivinado, pero así es.

—De acuerdo. Dígale a Tom Murphy que pregunte por Jack en la tabaquería. Y que yo le envío —Max indicó una pequeña tienda de tabaco cerca de Times Square—. Que pregunte por Jack antes de las nueve y media, cualquier noche. El juego empieza a las diez… La partida cambia de sitio con frecuencia.

A la noche siguiente fui en busca de Jack. Con los últimos cincuenta dólares en el bolsillo, me senté en una partida de siete, en la trastienda de una zapatería. Era una partida de tono menor típica. La dirigía un griego demacrado y peligroso llamado Steve, que se quedaba con un pequeño tanto por ciento de cada apuesta. Los demás jugadores eran un comerciante de coches de Bronx, el dueño de un restaurante, dos forasteros que asistían a una convención, un director de radio, y un viajante de comercio.

Jugué cuidadosa, cautelosamente… y como no podía permitirme grandes pérdidas, jugué con lealtad. Cuando la partida se

interrumpió a las cuatro de la madrugada, tenía setenta dólares en el bolsillo. Para mis propósitos, era la cantidad soñada. No era mucho… mas lo bastante para provocar comentarios.

Durante las dos semanas siguientes, todas las noches acudí a la partida de Steve; jugábamos en habitaciones de hotel, en garajes, trastiendas y despensas de restaurantes, tiendas de obsequios, lencerías, barberías, antigüedades, y en cualquier otro local cuyo propietario estuviese dispuesto a ganar veinte pavos por dejar jugar. Los jugadores cambiaban, y todas las noches había caras nuevas… excepto la mía. Naturalmente, al griego no le importaba quién ganaba o perdía mientras pudiese cobrar su tanto por ciento de cada apuesta. Sin embargo, perdí deliberadamente pequeñas cantidades en dos ocasiones, e indirectamente llamé la atención de Steve. Al término de las dos semanas, había ganado unos quinientos dólares.

Una noche, al interrumpirse la partida, le dije a Steve:

—¿Vamos a tomar algo en el «Automático»?

Accedió y anduvimos por Broadway hacia Times Square. Ya en la mesa, continué:

—Necesito hacer pasta rápidamente. Me gustaría tomar parte en alguna partida grande.

Steve se tragó su pasta danesa sin contestar. Cuando hubo terminado, se limpió los labios con una servilleta de papel.

—Juegas muy bien. Y has ganado algún dinero. ¿Por qué quieres perderlo?

—No creo que lo pierda.

—Tal vez no —asintió, encogiéndose de hombros—. Pero todos piensan lo mismo que tú y…

—De acuerdo, lo perderé. Es mi dinero. En cambio, si gano, le daré el diez por ciento.

Los ojos del griego se concentraron en mí. Me contempló con fijeza durante un minuto y al final los apartó con indiferencia.

—Eres muy ambicioso —comentó.

—Hay un local que puedo comprar en la Costa Oeste —expliqué—. No siempre estará en venta. O consigo pasta o tendré que olvidarlo —mantuve mi voz inexpresiva—. Usted tiene contactos, sabe dónde se juega fuerte… No perderé.

—Dijiste el diez por ciento.

—Exacto.

Miró por encima de mi hombro, a lo lejos.

—Tal vez pueda ayudarte —volvió a centrar en mí su atención —. ¿De cuánta pasta dispones?

—Media sábana.

—No es bastante.

Había llegado el momento del regateo. Esto era lo importante. Steve tenía razón: con quinientos dólares en una partida de categoría no podría sostenerme largo tiempo.

—De acuerdo, Steve, necesito dinero. Présteme otros quinientos y le pagaré otro diez por ciento.

—No hay trato. Mis quinientos en el fondo, sin jugarlos.

Quería decir que sólo debía apostar con mis quinientos, y dejar los suyos expuestos en la mesa. Si perdía mi dinero, cambiaría las fichas por el suyo y se lo devolvería.

—Está bien —accedí a regañadientes—, lo enseñaré sin jugarlo, mas en este caso sólo le daré por él el cinco por ciento.

Steve se puso en pie, echando atrás la silla metálica.

—Veré qué puedo hacer.

Tres noches más tarde, el griego me pasó la contraseña de la partida grande. Tenía lugar en la *suite* de un hotel del centro, situado en el cinturón más elegante del East Side. Steve me acompañó por diversos motivos: para que me permitiesen la entrada, para vigilar su dinero y para recoger el quince por ciento de mis supuestas ganancias. El saloncito de la *suite* estaba decorado sin personalidad, con una falsa chimenea, grandes espejos antiguos y lámparas modernas de dibujos extraños. Habían dispuesto una gran mesa rectangular en el centro de la estancia, cubierta con bayeta verde. En torno a la misma había cinco jugadores, aparte de mí. Steve no jugaba, sentado atentamente a un lado, un poco apartado de la mesa, de modo que sólo podía ver mis cartas. Media docena de tipos de aspecto duro rondaban por la habitación, contemplando el juego. El salón no tardó en llenarse de humo, a pesar del aparato de aire acondicionado que funcionaba a pleno rendimiento.

Era una partida estricta de cinco cartas, cambiando la baraja y la mano a cada jugada. Las fichas eran de veinticinco, cincuenta y cien dólares. Ignoro quiénes eran los demás jugadores, pues nadie se

presentó. Evidentemente todos eran expertos.

A medida que transcurrieron las horas, me fui tranquilizando. A las dos llevábamos ya tres horas jugando, suficientes para que todos estuvieran un poco cansados, un poco más lentos de ojos, un poco más lentos de reflejos. Desde el principio de la partida, estuve muy atento y no pude vislumbrar ningún truco ni trampa alguna. Sin que se diesen cuenta, comprobaba las cartas a cada oportunidad, y no hallé ninguna marca en ellas. Las barajas, seis en total, se cambiaban con regularidad, sin orden alguno. La partida me pareció sumamente correcta. Hubo alguna expectación con apuestas de tres y cuatro de los grandes. Varios de los primeros jugadores perdieron en cantidad y se retiraron, siendo remplazados por algunos de los mirones silenciosos.

Yo había estado jugando mis cartas con sumo cuidado, ganando un poco, y continuaba reteniendo mis fichas, esperando una oportunidad. Oportunidad que siempre se presenta en una partida, en un momento u otro, para bien o para mal.

Uno de los primeros jugadores era un individuo de mandíbulas gruesas, con la nariz rota y cabello negro que se peinaba con raya en el centro. Había ganado varias jugadas durante la partida y apostaba con mucho tiento, retirándose a menudo. A medida que discurría la noche, iba pensando dónde le había visto, aunque sin poder situarlo. Continué vigilándole; poseía unas manos rápidas y seguras, y un rostro impasible.

¡De pronto llegó!

Mejillas Gordas barajó y ofreció el mazo a cortar por la derecha. Cogiéndolo casualmente con la izquierda, su mano derecha cubrió durante un instante la baraja, y en dicha fracción de segundo, con una mano, realizó el cambio Ednase. Lo hizo literalmente en un parpadeo… y ni yo mismo hubiese podido jurar que lo había hecho. El Ednase es uno de los trucos más rápidos y seguros de las cartas, cambiando la posición original del corte de la baraja, y significa una cosa: que el jugador ha trucado la baraja.

Era lo que yo aguardaba. Cuando cogí mi mano, encontré tres ochos y una pareja de reinas. ¡Full! Se abrieron las apuestas, que dieron la vuelta a la mesa con cuatro pujas. *Mejillas Gordas* había realmente hecho un buen trabajo. Mientras seguía la puja, yo reflexionaba en las probables cartas del tipo aquél. Llegó el

momento del descarte, y el jugador de mano pidió dos cartas, lo que indicaba un trío; el siguiente no pidió ninguna, lo que significaba un full, una escalera o color; el jugador de mi derecha pidió una… probablemente para ligar con dos parejas. Una cosa era segura: en una baraja preparada, la secuencia está determinada; rómpela y se provoca un trastorno. Descarté mis tres ochos y pedí tres naipes. *Mejillas Gordas* dejó ver un levísimo tic de sorpresa; había proyectado que también yo me quedase con todas mis cartas. El jugador de mi izquierda pidió dos naipes.

Mejillas Gordas estudió su jugada. En aquel momento pensé que le había fastidiado. Tenía cuatro cartas iguales, o sea póquer, pero seguramente no se había molestado en prepararse cuatro cartas iguales de nominación muy elevada… ya que no era necesario para ganar a un full o un color.

Cogiendo mis nuevas cartas, contemplé una reina, y un seis y un nueve de picas. Indudablemente, la reina y el seis estaban destinados al jugador de mi izquierda, pues no se esperaba que yo me descartase.

Mejillas Gordas sabía que yo tenía tres reinas, un seis y un nueve de picas… lo cual era mucho menos que mí jugada original. Utilizábamos una baraja *Bicycle* azul.

Por regla general, los mazos usados en las partidas entre profesionales son naipes de la marca *Bicycle*, impresos con dorsos dibujados en rojo y azul. Esas cartas son tradicionales… probablemente porque son muy difíciles de marcar debidamente. Yo he conseguido jugar con una baraja roja y azul escondida debajo de mi chaqueta, distribuyendo las cartas de acuerdo con la sucesión preparada, cosa sencilla, pues durante años lo hice en mi número.

Bien, saqué la cuarta reina de mi baraja particular, y disimulé el seis de picas en la palma de mi mano. El segundo individuo apostó, elevando la puja, en tanto que el que tenía la mano se retiró; el de mi derecha hizo lo mismo; yo elevé la apuesta; el jugador de mi izquierda abandonó; y *Mejillas Gordas* aumentó la apuesta.

Con esto, sólo quedábamos *Mejillas Gordas*, el segundo hombre de mi izquierda y yo mismo. Obviamente, *Mejillas Gordas* tenía un póquer; el de su izquierda un color desde el principio. Volvimos a elevar la apuesta, y el color se retiró. *Mejillas Gordas* y yo nos contemplamos a través de la mesa. Yo había apostado ya setecientos

dólares de mi propio dinero. El que estaba en el centro de la mesa era todo mío. *Mejillas Gordas* añadió otros doscientos cincuenta; yo seguí. Detrás mío, oí la pesada respiración de Steve al ver que ponía en la mesa los doscientos cincuenta dólares con fichas de su dinero.

Mejillas Gordas enseñó cuatro cincos.

¡Yo cuatro reinas!

Impasiblemente, *Mejillas Gordas* empujó el dinero hacia mí. Lo sabía… y yo también, pero no podía decir nada. Al reunir mis cartas, empalmé la cuarta reina, dejé el seis de picas, y las mezclé todas con los descartes. *Mejillas Gordas* encendió un cigarrillo.

—Su cara me es familiar —murmuró—. ¿Conoce a Bill?

Su voz sonaba átona.

—Sí, le conozco mucho —asentí.

Naturalmente, era una frase convenida; la presentación de dos profesionales del juego.

Mejillas Gordas se encogió de hombros.

—No le he visto últimamente —dijo.

La partida terminó una hora después. No intenté más trucos, jugué noblemente y traté de proteger mis ganancias. Al salir del hotel, llevaba tres mil quinientos dólares de ganancia. Aparté setecientos, con el fin de entregarle un veinte por ciento a Steve, y le devolví sus quinientos pavos de exhibición. Gruñó y se embolsó la pasta.

—No me gustó que te sirvieses de parte de mi dinero —objetó.

—¿Se siente muy desdichado? —reí.

—No, mas aquello no entraba en el trato.

Se encasquetó firmemente el sombrero gris y llamó a un taxi. Durante un momento vaciló antes de abrir la portezuela.

—Ha sido una buena noche —comentó. Luego trepó al coche y añadió—: Pero los mecánicos de las cartas no viven mucho.

—Yo sí.

Se alejó dentro del vehículo.

En mi bolsillo, incluyendo las ganancias y el dinero primitivo, tenía algo más de tres mil dólares.

Pasta suficiente para atrapar a Greenleaf.

15

—Su nombre es Gerald Lightbody. ¿Concreto? —preguntó Cannon.

—Sí, señor.

Lightbody se presentó como encargado de un pequeño edificio de apartamentos situado a media manzana de la casa de la calle Ochenta y Nueve Este. Ante el interrogatorio del fiscal declaró que trabajaba aproximadamente unas dos horas diarias en dicha casa. Por la mañana temprano verificaba y encendía el horno y al mismo tiempo recogía la ceniza en el cubo. Luego, más tarde, volvía y dejaba el cubo en el sótano. Por la tarde, antes de retirarse a cenar, volvía a comprobar el horno, quitaba las cenizas y lo dejaba encendido para la noche.

—Usted ha entrado y salido largo tiempo de aquel cuarto. ¿Está familiarizado con el mismo? —inquirió Cannon.

—Sí —asintió Lightbody—. Lo conozco como la palma de mi mano.

—Antes de la noche del veintidós de noviembre del año pasado, y la siguiente vez que usted volvió a ver el horno, o sea varios días más tarde, ¿echó a faltar algo? ¿Algunos objetos usuales de aquel lugar?

—Sí. Un banco de trabajo y un pedazo de lona de unos dos metros cuadrados.

—De acuerdo —Cannon meditó un instante—. Hablando del banco, ¿para qué se usaba?

—Era como un banco de trabajo, como dije. Había allí clavos, herramientas…

—¿Era bastante resistente para soportar el peso de un hombre?

—Sí. Yo mismo me senté en él varias veces para fumar un cigarrillo.

—¿Era bastante largo para que usted pudiera tenderse?

—Pues sí. Aunque nunca lo intenté.

—Respecto a la lona, ¿para qué servía? —interrogó el fiscal.

—Para ponerla en el suelo, cuando había que pintar, a fin de que la pintura y la trementina no lo mancharan todo.

—Y a partir del veintidós de noviembre, señor Lightbody —Cannon subrayó estas palabras—, no volvió a ver el banco ni la lona.

—Exacto.

—Muy bien. Sus obligaciones, que ya nos ha especificado, sólo le robaban unas horas de su tiempo libre. Y no entraban en conflicto con su trabajo en la casa de apartamentos.

—En absoluto —Lightbody era un tipo delgado, de hombros abultados y grandes manos rojizas—. En realidad, muchos encargados de edificios se ganan algo con unas horas extras…

—¿Le pedían, o esperaban, que usted hiciese algo más?

—Pues… sí. No muy a menudo, ni era demasiado. Usualmente, barría la acera y los peldaños del portal. Y de vez en cuando, tenía que reparar algo de electricidad, alguna cañería… Cosas sencillas.

—En estas ocasiones en que usted rondaba por la casa, ¿vio acaso a Isham Reddick?

—Sí, le vi muchas veces.

—¿Habló con él?

—Sí, un poco.

—¿Se ofreció alguna vez Isham Reddick para ayudarle en algunos de sus trabajos?

—No, no exactamente. Rondaba por allí y fumaba un cigarrillo, y a veces me sostenía la escalera… nada más. No deseaba ensuciarse las manos de ningún modo. Si quiere saber mi opinión, se juzgaba demasiado bueno para trabajar.

—¿Se lo dijo alguna vez, señor Lightbody?

—Seguro… Se daba aires de gran señor… fumando cigarrillos «Congress». Unos cigarrillos especiales, que cuestan treinta y cinco centavos el paquete. Y créame, con su salario no podía fumarlos.

—¡Protesto! —exclamó Denman.

—Admitida la protesta. Borre, señor secretario, la última observación del testigo —ordenó el juez.

—Por favor, siga, señor Lightbody —le rogó el fiscal.

—Bueno, en una ocasión estuve allí para colocar un vidrio que se había roto, y yo y la señora teníamos que salir más tarde. Teníamos que visitar a un pariente de mi mujer que vive al otro lado de la ciudad, y yo me había vestido convenientemente. Era domingo, y no había podido cobrar el cheque de mi sueldo, por lo que necesitaba algún dinero. Le pregunté a Reddick si podía prestarme cinco pavos hasta el lunes… en que iría al Banco a cobrar el cheque. Reddick se echó a reír y contestó que podía prestarme todo el dinero que quisiera. Sacó un mazo de billetes y me dio, ¡veinte pavos! ¡Como veinte soles! Mientras me los daba no dejó de reír, y no observó que le había caído un sobre del bolsillo. Lo recogí y se lo entregué, no sin fijarme en las cifras escritas en el mismo. Reddick cogió el sobre, lo miró y lo arrojó hacia los peldaños de la entrada… donde yo en aquel momento estaba trabajando.

—¿Le dijo algo Reddick en aquel momento?

—Bueno, le di las gracias por el préstamo y contestó que lo olvidara… Oh, era muy espléndido, sí. Repliqué en broma que era estupendo conocer a tipos ricos como él.

—¿Y qué replicó Isham Reddick a estas palabras?

—Que era rico y que pronto lo sería más.

—Por favor, señor Lightbody, pongamos esto en claro. Isham Reddick le dijo que era rico y que pronto lo sería más. ¿Correcto?

—Sí.

—Bien, diga. ¿Qué más pasó?

—Reddick volvió a entrar en la casa y yo terminé mi labor. Al bajar la escalera vi el sobre que estaba aún en los peldaños, donde Reddick lo había tirado. No estaba bien allí, ensuciando el pavimento, y lo cogí. No había por allí ninguna papelera, por lo que me lo metí en el bolsillo y me lo llevé a casa. Al llegar, mi esposa quiso que nos marchásemos inmediatamente, por lo que me olvidé del sobre, hasta más tarde —Lightbody hizo una pausa para respirar y prosiguió—: A la semana siguiente, mi esposa me registró los bolsillos… No, no es su costumbre. Lo hizo porque tenía que enviar mi traje a la tintorería. Entonces encontró el sobre y me lo enseñó; me preguntó si quería conservarlo, pues pensaba que era mío…

—Cuando su esposa halló el sobre, ¿qué le dijo, señor Lightbody?

—Dijo: «¿Es algo importante?».

—¿Y qué contestó usted?

—Contesté que no sabía qué era. Le pedí que me lo diese, lo miré y vi la lista de cifras, y entonces recordé que era el sobre que Reddick había arrojado. Entonces, dije, digo: «No, no es importante. Lo tiraré». Pero lo dejé encima de la mesa escritorio donde guardo los recibos y facturas, pensando tirarlo más tarde. Después, lo olvidé hasta que la Policía empezó a interrogarme.

—Cuando la Policía se presentó en su casa, usted recordó repentinamente el sobre con las cifras, y se lo entregó a las autoridades, ¿no es así?

—En efecto. Esto es lo que sucedió exactamente.

Cannon enseñó un sobre, muy arrugado, y se lo entregó a Lightbody.

—¿Es éste el mismo sobre que usted recogió después de haberlo tirado Isham Reddick?

Lightbody lo inspeccionó atentamente, y al fin asintió.

—Sí, él mismo. Los guindillas… perdón, los agentes me ordenaron que lo firmase… y aquí están mis iniciales.

Indicó una esquina del sobre.

—Gracias, señor Lightbody —Cannon volvióse hacia el jurado—. Voy a leer las cifras de este sobre, que ofrezco como prueba. A un lado del sobre se ve el nombre de Isham Reddick, su dirección, el sello y la estampilla. El nombre y dirección van a máquina, sin remitente. En el dorso hay seis cantidades, escritas a lápiz. Dichas cantidades están dispuestas en forma de suma, y la primera va precedida por el signo del dólar.

Cannon mantuvo el sobre ante sus ojos y leyó:

$ 1000,00
1800,00
2000,00
4000,00
6600,00
8500,00

—Debajo de la última cantidad de ocho mil quinientos dólares hay una raya horizontal, pero no está la suma. Si desean saber el total, creo que es de veintitrés mil novecientos dólares. Asimismo, al lado

de una cantidad hay escrita en lápiz la frase: «y más a percibir».

Cannon entregó el sobre a los jurados para su examen.

Luego, se volvió hacia Lightbody.

—Deseo formularle otras preguntas respecto a un punto. Usted ha oído el testimonio de la señorita Deems respecto a la noche del veintidós de noviembre, según la cual Isham Reddick le dijo que el acusado le había ordenado que diese la noche libre a la servidumbre, incluido el día siguiente. ¿Habló usted de lo mismo con Reddick?

—Sí, señor. Sonó el teléfono…

—¿A qué hora, por favor… y la fecha?

—A primera hora de la noche… pues nos sentábamos a cenar… hacia las seis. Era el veintidós de noviembre del año pasado. Isham Reddick me llamó para comunicarme que el jefe no quería que encendiera el horno, ya que aún hacía calor, y que podía hacer fiesta al día siguiente, puesto que él se marchaba de la ciudad.

—De manera que usted no fue a encender el horno aquella noche del veintidós de noviembre ni a la mañana del veintitrés, como hacía normalmente. ¿Cierto?

—Sí, señor. Reddick me dijo que le notificase a mi mujer lo mismo respecto a la limpieza. Y se lo dije.

Cannon despidió a Lightbody, y Denman se reservó el derecho de contrainterrogarle más adelante. El fiscal llamó a Alvin Hartney, el experto calígrafo, al estrado de los testigos.

—Señor Hartney —empezó el fiscal—, usted ya ha examinado esta prueba —le entregó el sobre con las cifras—, ¿correcto?

—Sí, señor —replicó Hartney.

—También examinó otras muestras de la escritura de Isham Reddick… una nota que escribió para un garaje, una postal que envió a la señorita Deems, y otras muestras.

—Sí, las examiné con todo cuidado.

—¿Está escrito este sobre por la misma mano que escribió la nota del garaje, la postal para la señorita Deems y las demás muestras de la escritura de Isham Reddick?

—La escritura es la misma.

—¿Puede afirmar, sin ninguna duda, que Isham Reddick escribió estos números y lo demás que figura al dorso del sobre?

—Sí, señor —volvió a afirmar Hartney sin vacilar.

Cannon pasó el testigo a Denman. El defensor se dispuso a contrainterrogarlo. Llevaba las gafas en la mano, y palmeaba con ellas la otra mano pensativamente.

—Tengo entendido, señor Hartney, que es más difícil identificar cifras que letras del alfabeto. ¿Es verdad?

—Sí… hasta cierto punto.

—¿Cuál es ese punto?

—Los números suelen escribirse con más uniformidad que las letras del alfabeto.

—Ya. Bien, al mirar la lista de cantidades escritas al dorso de este sobre, encuentro los siguientes números: 1, 2, 4, 5, 6, 8, y 0. Los números 3, 7 y 9 faltan. En la postal que Isham Reddick le envió a la señorita Deems se ve la dirección de la casa, empleando los números 3 y 7… y claro está, los números 8 y 9 de la calle Ochenta y Nueve Este. Entonces, el único número en común, en el sobre y la postal, es el número 8. ¿Puede usted afirmar, señor Hartney, que es capaz de establecer la semejanza de una escritura por un solo número?

—Hay otras razones.

—¿Cuáles? No serán otras cifras. En la nota al garaje, Isham Reddick escribió simplemente una respuesta al dorso de la factura. Se la leeré, destacando que no lleva fecha. Reddick escribió: «Esta factura se pagó anteayer». —Denman hizo una pausa y añadió—: Bien, espero una respuesta a mi pregunta. ¿Cuáles son las demás razones?

—En el sobre agregó las palabras «y más a percibir».

Denman repitió la frase «y más a percibir», irónicamente.

—En la postal que envió a la señorita Deems, se limitó a poner: «Nos veremos muy pronto. Mañana en casa». —Hizo una pausa y deliberadamente preguntó—: Sobre la base de su firma, las palabras «esta factura fue pagada anteayer», y «nos veremos muy pronto. Mañana en casa», y naturalmente, el número 8, usted puede identificar una escritura…

—Sí —afirmó Hartney decididamente—. Las palabras serán distintas, pero las letras son las mismas.

—No hablo de las letras —le interrumpió Denman—, sino de los números. Y lo único que usted pudo saber que Reddick escribió definitivamente fueron el 3, el 7, el 8 y el 9. De modo que, ¿cómo

puede afirmar absolutamente que escribió el resto?

—Sí, es posible —Hartney estaba ya angustiado—. ¡También escribió los otros números!

De pronto, Denman se acordó. Rápidamente despidió al testigo. Hartney miró mudamente al juez y empezó a levantarse lentamente de la silla. El juez le contempló atentamente antes de manifestar:

—Es deber de este tribunal poner en claro la verdad. Deseo formular una pregunta al testigo. Señor Hartney, usted ha declarado que Isham Reddick escribió los otros números. ¿Quiere, por favor, contarle a este tribunal qué otras cantidades escribió y dónde las vio?

Hartney miró directamente al juez.

—Sí, señor. Cuando Isham Reddick rellenó la petición para la licencia de conducir, escribió su edad, estatura y peso… y en esas cifras se incluían el 1, 3, 5 y 6, además del 7. Lo cual me dio en común los números 1, 5, 6 y 7 para identificación de la escritura y las cantidades del sobre. Más que suficiente.

—Gracias, señor Hartney.

El testigo abandonó el estrado. Denman le ignoró y pidió permiso para llamar a Gerald Lightbody. Cuando éste se hubo sentado, Denman le estudió con atención. El defensor estaba inquieto. La evidencia que, en su opinión, era puramente circunstancial, iba ahogando lentamente a su cliente. La evidencia que debía mostrar una grieta, un agujero, por donde introducir él una cuña, se tornaba más sólida a cada instante. Denman se inclinó hacia delante, intentando desacreditar a Lightbody, estableciendo la hostilidad del testigo.

—Señor Lightbody, usted ha declarado textualmente que a Isham Reddick «no le gustaba ensuciarse las manos de ningún modo». ¿Exacto?

—Exacto. ¡Era así!

—O sea que, a causa de que Isham Reddick no quería hacer un trabajo para el cual le pagaban a usted, usted pensaba que no quería ensuciarse las manos.

—Yo…

—¿Le pidió alguna vez Isham Reddick que hiciese usted el trabajo a él?

—No.

—Y no obstante, usted continúa hablando mal de Reddick. Dígame —la voz de Denman sonó casual—, ¿le gusta jugar a bolos?

—Sí —asintió el testigo, en guardia—. Juego un poco.

—¿Acude al cine?

—Sí.

—Y tal vez, de cuando en cuando, a un partido de béisbol…

—De vez en cuando.

—De modo —resumió Denman—, que usted juega a los bolos, va al cine y ve ocasionalmente un partido de béisbol. Se gasta cincuenta centavos aquí, y un dólar allí. Tal vez un par de dólares, y le gusta gastarlos. ¿No es cierto?

—Bien… de vez en cuando…

La voz de Denman le cortó secamente.

—¡Usted tiene derecho a gozar de algún espectáculo, pero cuando Isham Reddick se gastaba doce centavos de más en un paquete de cigarrillos, porque le gustaba, porque compraba cigarrillos «Congress», usted le acusa de darse aires de gran señor! ¿Cómo suele medir a la gente, señor Lightbody?

El testigo se aclaró la garganta y cruzó las piernas con angustia.

—Yo…

—Otra pregunta, por favor. Es domingo y usted no tiene dinero. Es culpa suya, por no haber cobrado el cheque… Y le pide a Isham Reddick que le preste cinco dólares. Reddick es generoso y en lugar de cinco, le presta veinte dólares. Y usted no sólo no se muestra agradecido a Reddick, sino que busca un motivo siniestro a la situación. ¿No es así?

Lightbody, con el rostro enrojecido e iracundo, sacudió la cabeza.

—¡No! —logró articular.

—¿Cómo… no? Primero dice que Isham Reddick se estaba riendo, y acto seguido afirma que hablaba en serio cuando aseguró que pronto sería más rico.

Denman sabía que estaba en terreno resbaladizo. No tenía interés en pintar a Reddick como un tipo simpático… aparte de probar que su defendido no tenía motivos para matarle. A lo sumo, sólo le interesaba que Lightbody tartamudease y vacilase ante el jurado. Naturalmente, siempre cabía la posibilidad de que el testigo perdiese los estribos. Denman continuó azuzándole.

—De modo que Reddick se portó bien con usted, le ayudó, le prestó dinero… y a cambio, usted ahora intenta rebajarle en todos los sentidos.

—¡Usted no lo conocía! —gritó Lightbody—. A veces parecía el dueño de la casa. No cuando el amo estaba presente, claro, porque entonces se arrastraba por los suelos. Incluso la noche en que me llamó: «No necesita encender el fuego esta noche. Y mañana tómese el día libre». Sonaba como si me pagase unas vacaciones. ¡Y hacía ya dos días que no se encendía fuego en aquel horno, a causa del calor que hacía!

Denman, que estaba retirándose, dio media vuelta y se encaró con Lightbody.

—¿Acaba de decir que hacía varios días que no se encendía el horno? ¿Y que no se encendió el veintidós de noviembre?

—Esto he dicho —asintió hoscamente Lightbody.

—Es raro que Reddick le llamase deliberadamente para comunicarle que no se molestase por el horno… cuando no estaba ya encendido —Denman experimentaba cierta excitación. Tal vez había hallado por fin el hilo de la trama, un hilo que sin saberlo podía conducirle muy lejos—. ¿Sabía Reddick que no estaba encendido el fuego?

—Claro que lo sabía…, pero tuvo que llamarme para darse aires de gran señor —de pronto, el testigo ahuyentó las esperanzas de Denman—. Era el modo de actuar de Reddick. No tenía autoridad para decir nada, a menos que se lo ordenase el amo.

Lightbody clavó un instante la vista en el acusado y la desvió rápidamente.

16

Tres mil pavos… Bien, bastante para empezar a buscar a Greenleaf. Durante los días y las noches que duró mi recuperación, no pensé en otra cosa. Me pasaba el tiempo tumbado en la cama de mi habitación, tratando de imaginarme su rostro. Nunca lo conseguí, ni siquiera lo imaginé. Siempre veía su figura… el cuerpo de un hombre con el rostro en blanco. Me recordaba a las muñecas de papel recortable, que llevan vestidos, y tienen manos y pies…, pero no cara. Los vestiditos de papel se colocan en otra figura con cara, y el juguete queda completo.

Sólo había una persona que hubiese conocido a Greenleaf, a mi entender; ésta era Will Shaw, y el viejo había fallecido. Sólo una persona que yo había conocido, hubiese podido reconocer al menos su voz: Tally. Y había muerto.

Tendido en cama, iba viendo cómo la habitación se oscurecía. Abajo, las luces de la ciudad se encaramaban por el costado del edificio, hasta el alféizar de la ventana, abriéndose paso lentamente por las Paredes. Estaba tendido de espaldas, estudiando las sombras que jugueteaban en el techo, quedando en tinieblas el resto del cuarto. Mi mente trataba de descubrir la identidad de Greenleaf, reuniendo lo poco que sabía de él. Al principio, no me concentraba mucho, pues mi cerebro se fatigaba y abandonaba el estudio. Sólo acertaba a pensar: «Greenleaf… Greenleaf…» una y otra vez. Claro que esto no significaba mucho, porque el mundo carecía de sustancia. Lo mismo podía haber murmurado: «Atlántico… Atlántico…» o «Pacífico… Pacífico…».

De repente algo se asentó en mi mente, y durante unos minutos logré concentrarme con claridad. La bola de odio rondaría por mi estómago hasta que no pudiese soportarla. Tenía que dejar de beber, por lo que entré en el cuarto de baño, llené un vaso de agua

y lo fui bebiendo mientras fumaba un cigarrillo. En la oscuridad, el cigarrillo perdía el gusto y sólo su extremo encendido me decía que seguía consumiéndose. El ojo resplandeciente del cigarrillo se hermanaba con mi odio.

Al correr de los días, de las semanas, algunas cosas comenzaron a encajar. No al momento, sino despacio. Naturalmente, Greenleaf no era su verdadero nombre, sino un apodo. Y un apodo, por desgracia, que había tomado para relacionarse con el viejo. Greenleaf era un estafador… lo más selecto del mundo criminal. Era más hábil, más inteligente que el criminal medio. Greenleaf era un nombre nuevo, que no tenía absolutamente ninguna ficha o expediente policíaco.

Segundo, era altamente cruel… un asesino oportunista más que un criminal premeditado. Posiblemente, no le gustaba matar; lo cual podía explicar que hubiese elegido aquella caída como por accidente… y no mediante un arma. Naturalmente, esto era una mera conjetura.

Finalmente, sabía que Greenleaf operaba solo. Casi todos los estafadores trabajaban solos, salvo cuando necesitaban un cómplice para solucionar una determinada situación. A veces, se juntan media docena o una, para planear una gran estafa; mas ésta es la excepción. Con el viejo y confiado Will Shaw, no necesitaba ayuda.

Indudablemente, tenía un cómplice… un impresor. Tenía que ser un impresor, y de categoría, para imprimir las planchas del viejo. Esto, no obstante, no era raro. Todos los estafadores poseen alguna conexión con un impresor; necesitan un impresor que haga los encabezamientos de las cartas, de las facturas, de los bonos falsos, de todos los documentos de que se sirven. De modo que Greenleaf tenía un impresor… alguien que podía imprimir adecuadamente los billetes de cinco, diez y veinte dólares.

Había otro extremo difícil de determinar: ¿pasaba el propio Greenleaf los billetes por sí mismo, o los daba a terceros? Un comprador al por mayor de billetes falsos, los adquiere a diez centavos el dólar; y vuelve a venderlos a otras personas, las cuales, a su vez, los cambian por dinero, o compran objetos, y se quedan con la diferencia. Si Greenleaf vendía todo el stock de billetes falsos, jamás le encontraría. Sin embargo, si los pasaba él mismo, podía tropezar con él. Después de meditar largo tiempo decidí que

Greenleaf los pasaba personalmente. Aunque venderlos a otra persona al por mayor sea más rápido, también es más peligroso. Porque las tremendas sumas falsificadas se esparcen al mismo tiempo por ciudades diferentes, y es más fácil que los Bancos se den cuenta. Y además, los agentes del Tesoro pueden detectarlos con más rapidez. Con unas planchas tan perfectas como las que poseía Greenleaf, podía vivir muchos años pasando él mismo el dinero. Cuidando no inundar el mercado, podría vivir siempre de aquella estafa… como un millonario. Sólo tenía que darle una parte al impresor. Greenleaf no tenía que temer a otros socios, otros compradores ni que atraparan a nadie pasando un billete… o bien por un delito totalmente distinto, poniendo a la Policía sobre su pista. Me pareció muy lógico que Greenleaf en persona pasara los billetes.

Con el dinero ganado al póquer, me fui a ver a Dave Sherz. Dave dirigía una agencia de detectives, y antes había sido capitán de un escuadrón de guardas privados que protegían la ruleta de un garito en Nevada. Yo había trabajado allí una temporada, tiempo atrás, y le conocía.

Se acordó de mí y me estrechó cordialmente la mano.

—Siéntate, Lew. ¿Qué tal va la vida?

—Regular, Dave —miré en torno a su despacho—. ¿Dónde están las paredes revestidas de caoba, las secretarias *sexy* y los cadáveres?

—Has visto demasiadas películas —rio Dave. Bostezó y enlazó las manos en la nuca, recostándose en su sillón y colocando los pies sobre la mesa—. Este oficio es tan tranquilo que voy a la iglesia en busca de alguna excitación.

—¿No hay crímenes? —pregunté, fingiendo sorpresa.

—No, diablo. Además, los policías se encargan de ello. Sólo maridos suspicaces, esposas más suspicaces todavía, y algunas investigaciones de seguros.

—Bien —sugerí lentamente—, tal vez te interese buscar algo para mí.

—Me interesa buscar lo que sea, incluso flores.

—¿Sigues en contacto con el hampa?

En Reno, una de las obligaciones de Dave era estar en contacto con todos los indeseables para impedirles la entrada en el local.

—Algo. Cuando dejé Reno, me contraté en Las Vegas, y allí tuve

luego un negocio mío durante unos años. ¿Estás interesado por alguien en particular?

—Por un tipo. Se llama Greenleaf, nombre que puede ser auténtico, aunque lo dudo. No sé cuál es su aspecto, de dónde viene ni cuáles son sus antecedentes… ni nada que pueda ayudarte.

—No es mucho —se amoscó Dave.

—Lo único que sé es que estuvo en Filadelfia una temporada hace un año. Y seguía hace unos meses. Tenía cuenta corriente en un Banco, aunque ignoro cuál. Firmaba los talones con el nombre de Greenleaf. No sé dónde vivía ni cuáles eran sus iniciales.

—¿Nada más?

—Nada más.

—No recuerdo el nombre. No he conocido nunca en el hampa a nadie llamado Greenleaf. Claro que puedo buscar en el fichero de la Policía si tienen registrado este nombre, como tal o como apodo.

—De acuerdo.

—Asimismo, poseo bastantes relaciones a causa de mis investigaciones para las compañías de seguros. Tal vez sepa algo por la cuenta corriente de Filadelfia. Aunque no puedo asegurarte nada. ¿Podrá ayudarte esto?

—Me ayudará cualquier cosa.

—Bien, trataré de complacerte —afirmó Dave.

Apartó los pies de la mesa y sacó un cigarrillo de un paquete. Tras encenderlo, preguntó:

—¿Puedo preguntarte por qué te interesa ese personaje?

—No, no puedes.

Se encogió de hombros.

—Bien, tan pronto sepa algo te llamaré.

Dejé varios billetes encima de la mesa.

—Ya me darás la factura.

—Por favor, Lew —sonrió Dave—, en recuerdo de los viejos tiempos, con esto basta. A menos que tenga que contratar un par de trineos de Alaska.

Había pensado en otra cosa, que podía significar algo o nada, pero en lo cual Dave no podía ayudarme. En cambio, sí podía un catedrático de la Universidad de Columbia; se llamaba Thurman Simons, y era profesor de lenguas romances. El profesor Simons hablaba fluidamente italiano, español, francés y portugués. Además

no era lerdo con el alemán, el holandés y diversos dialectos. Llamé al profesor por teléfono y quedamos citados para el día siguiente, después de clase. Ante mi sorpresa, Simons era relativamente joven, bajo, regordete, con cabello castaño. Llevaba gafas de sol con montura de plástico rosa, y parecía absolutamente incapaz de estar quieto en su silla. Mientras hablábamos, se pasó un dedo por el cuello de la camisa, se peinó el pelo con las palmas de las manos, se ajustó nerviosamente las gafas sobre la nariz, cambió mil veces de postura, fumó incesantemente, y cuando no tenía otra cosa que hacer, llevaba con el pie un compás imaginario.

Cuando inicié la conversación, le manifesté claramente que deseaba pagarle sus servicios, pero desechó mi ofrecimiento.

—Me encantará poder ayudarle —juntó nerviosamente las manos, como acariciándolas y añadió—: Y si insiste en pagar, haga un donativo en mi nombre a la Cruz Roja, aunque al fin y al cabo, tal vez no logre ayudarle.

—En realidad —repliqué lentamente—, no es muy importante… salvo en una forma personal. Profesor —continué, mirándole fijamente sin poder descubrir la expresión de sus ojos detrás de sus gafas—, mi esposa falleció hace varios meses. Antes de morir, estaba… bueno, delirando y no dejó de repetir unas palabras que a mí me sonaron como «lenu lotre». Para nosotros no significaba absolutamente nada, y tal vez sólo eran unos sonidos… sin significado, aunque no me lo parecieron. Naturalmente, una muerte causa una tremenda impresión a la familia, y todos nos hemos preguntado si quería comunicarnos algo.

—Es muy triste, señor Mountain —dijo Simons con simpatía—, y le presento mi más sentido pésame. No sé si podré ayudarle, pero lo intentaré. Dígame, ¿hablaba su esposa otro idioma, aparte del inglés?

—No que yo sepa.

—Hum… —el profesor juntó las puntas de los dedos, formando una tienda, y luego los separó—. Tal vez estudió algún idioma en el instituto…

—No lo sé, profesor. Quizá sí, pero nunca lo mencionó —hice una pausa y agregué—. Posiblemente la mejor explicación puede ser que sólo delirase.

—Necio quien lo haga… necio quien lo haga.

El profesor ladeó la cabeza, repitiendo la frase con diversas interjecciones y sonidos guturales. Habría jurado que detrás de las gafas, sus ojos estaban mirando hacia arriba. Parecía escucharse a sí mismo. Al cabo de largo tiempo, dijo:

—Esta frase evidentemente fue distorsionada en la pronunciación. Tal vez su difunta esposa le prestó un acento erróneo y posiblemente… sin darse cuenta, usted la ha distorsionado más aún —movió ligeramente las manos—. Se me ocurren varias posibilidades, y la más obvia es que sea francés. El francés posee una frase que significa literalmente «uno u otro», e idiomáticamente significa «cualquiera».

—¿Qué frase?

—*L'un ou Vautre* —replicó el profesor Simons.

La pronunciación era más o menos: «Lon u lotr».

—¿Le sirve de algo? —inquirió el profesor.

De nuevo escuché en mi mente a Tally contándome su conversación con Greenleaf. Éste había llamado después del entierro de Will Shaw. Tally se asustó y al mismo tiempo se enfureció, por lo que negó tenerlas, amenazando al estafador con entregarlas al Departamento del Tesoro si las encontraba. Greenleaf se echó a reír, recordándole los cheques que ella había cobrado.

«—Pagaré por ellas —añadió Greenleaf—, a menos que prefiera que haya otro accidente en la familia…». O algo por el estilo. Y posiblemente agregó « *ou*
l'un
l'autre
». El significado de la frase, dentro de la conversación, era lógico: una cosa o la otra, a elegir. Me volví hacia Simons.

—Supongo que nunca llegaremos a saber a qué se refería, profesor. Pero mil gracias por su ayuda.

—No he hecho nada —repuso Simons moviendo tristemente la cabeza—. Pensaré más en ello y tal vez se me ocurra alguna idea. Llámeme a finales de semana.

—Gracias —asentí. Le estreché la mano—. Entregaré un donativo a la Cruz Roja.

No volví a llamar al profesor. Después de pensar en su explicación de aquella frase, me convencí de que había acertado.

Pasaron varios días antes de tener noticias de Dave Sherz.

Cuando me llamó al hotel pasé por su oficina. No parecía haberse movido de su silla desde la vez anterior. Indicándome el asiento, me tendió la fotocopia de un cheque.

—No quedó muy bien —se disculpó—. La sacaron de un negativo de microfilm, pero debe pertenecer al tipo que buscas.

La examiné. Era un cheque para el Banco Mercantil de Filadelfia, al portador, por la suma de treinta y cinco dólares; y estaba firmado por Derek A. Greenleaf.

—Averiguamos en todos los Bancos —me explicó Sherz—, y tropezamos con este pájaro. Otras cuentas bajo el nombre de Greenleaf, que encontramos, no dieron ningún resultado. Algunas tenían varios años de antigüedad, y otras eran de residentes permanentes. Ésta, la de Derek Greenleaf, se abrió hace menos de un año.

—¿Cuándo la cerró?

—Nunca. Abrió la cuenta con un depósito de mil dólares. Y todos los meses firmaba cuatro cheques, de treinta y cinco dólares cada uno. Finalmente, hace unos seis meses, dejó de firmar cheques. Un día, cobró un cheque por el valor total de la cuenta. Nada más.

—¿Qué dirección dio?

—Un número de la calle Spruce… —Sherz consultó un cuaderno, que me entregó—. ¿Le suena?

—Esa dirección no —confesé—, pero conozco la calle Spruce.

Era una vía de casas baratas y pensiones de poca categoría con una población transeúnte.

—Veamos —siguió Sherz— y estuvimos en este número de la calle Spruce. Una auténtica pensión. La patrona nunca había oído el nombre de Greenleaf.

—El Banco tenía que enviarle un saldo mensual —dije—. ¿Qué ha sido de ellos? ¿Los devolvieron?

Dave se encogió de hombros.

—Ya pensé en ello. Pero en una pensión con varios huéspedes, y una patrona que apenas recuerda sus nombres, devuelven al momento los sobres cuyas señas no coinciden plenamente.

—¿Qué encontraste en los archivos de la Policía?

—Nada que encaje —dijo Dave sinceramente—. Desconocen ese apodo. Derek, como nombre de pila, ha sido usado un par de veces, pero no concuerdan con las fechas ni el lugar. Un verdadero

bandido llamado Eddie Jackson, alias Derek Moore, lo utilizó en San Francisco. Todavía está en chirona, y lleva ya allí tres años, en California. Otro granuja, Fred Hoskins, usó el nombre de Derek Tone, pero… Hoskins casi tiene setenta y cinco años, y se porta bien en Birbingham, Alabama. Vive con un hijo casado…

Cogí el sombrero y me dirigí a la puerta.

—Buen trabajo —murmuré.

Pero me sentía deprimido.

—Lew —me detuvo Sherz—, lamento no haber podido servirte mejor. Y no quiero estafarte el dinero. ¿Quieres que siga en el asunto?

—Ese tipo es muy escurridizo —sacudí la cabeza—. Tal vez sea éste el final del camino. Si necesito ayuda, te llamaré.

Dé vuelta a las muñecas de papel. Algún vislumbre, el fragmento de una visión, mas ningún hombre, ninguna persona, ningún rostro. Un tipo que utilizaba el nombre de Derek Greenleaf, un estafador con mil dólares en una cuenta corriente, un hombre que empleaba frases en francés, un hombre capaz de asesinar a un anciano y a una joven. Hoy, ahora mismo, un hombre con la oportunidad de ganar millones de dólares.

¡Y sin ningún rostro!

La idea me asaltó durante la noche, mientras dormía. Me asaltó subconscientemente, porque por la mañana me desperté con la respuesta. Saltando de la cama, me vestí apresuradamente y corrí a la estación de Pennsylvania. Allí cogí un tren para Filadelfia. Me desayuné en el tren y seguí dando vueltas a la idea. Sherz me había dicho que Greenleaf utilizaba unas señas de la calle Spruce en su cuenta corriente del Banco. Greenleaf sabía, claro, que el Banco sacaba microfilms de todos los cheques, como parte del sistema de contabilidad, y a Greenleaf le importaba mucho recobrar tales cheques. Los cancelados. Los necesitaba para su propia protección… para usarlos como una amenaza contra Will Shaw o Tally. De modo que cuando dio sus señas de la calle Spruce sabía que podía recobrarlos.

Dave Sherz había adelantado la teoría de que la patrona de la pensión probablemente devolvía o tiraba la correspondencia equivocada, o para la que no tenía ninguna otra dirección de envío. Sí, era posible, y si era posible, la tarea de conseguir la

correspondencia podía haberle resultado muy simple al estafador. Lo único que tenía que hacer era cogerla. En consecuencia, había que suponer que, o bien Greenleaf vivía en la pensión bajo otro apodo, o muy cerca en el mismo barrio, donde podía recoger la correspondencia sin comentarios.

Llegué a la estación de la calle Treinta de Filadelfia y llamé al Banco Mercantil, pidiendo que me pusieran con el departamento de cheques personales. Me informaron que las declaraciones para los clientes las enviaban el cuatro de cada mes. Salí de la estación y cogí un taxi hacia la calle Spruce. Al acercarme, le dije al conductor que continuase hasta la esquina, donde me apeé. Retrocedí andando y me detuve delante de la casa. Era un edificio vetusto de cuatro pisos, imitación ladrillo. Un portal, que necesitaba una buena mano de pintura, daba directamente a la calle. Más allá había un pasillo oscuro. En el techo brillaba una bombilla con un globo verde y marrón. Contra una pared había una pesada mesa, sobre la cual colgaba un espejo. Encima de la mesa había montones de anuncios, periódicos, facturas y cartas. El pasillo se bifurcaba en forma de Y. Uno de los oscuros corredores llevaba al fondo de la casa, y el otro formaba una empinada escalera que ascendía a los pisos superiores. En aquel momento, se aproximaban unos pasos por el corredor, y una mujer gruesa y ataviada con un vestido de satén bastante ajado llegó resoplando al pasillo. Me miró suspicazmente y con voz estridente me preguntó si buscaba a alguien.

—Sí —repuse cortésmente—, a la patrona.

—Yo soy —se presentó—, y no quiero comprar nada. Tampoco tengo habitaciones libres. De modo que, ¡adiós!

—Lo siento. Esta pensión me la recomendó un amigo mío… Derek Greenleaf.

—¿Se trata de una broma? —replicó belicosamente—. ¿Quién se figura que es? Hace poco, otro individuo estuvo aquí preguntando por él. Le contesté que nunca había oído hablar de ese Greenleaf, y es verdad.

Había sido un agente de Dave Sherz.

—Señorita —le espeté, refrenando mi disgusto ante aquella vieja gruñona—, necesito su ayuda. Óigame, por favor.

—No me gusta que la bofia meta sus narices en mis negocios. Ésta es una pensión respetable, y tengo derecho a que nadie se meta

conmigo.

—Sí, claro… —concedí—. Pero no soy polizonte. Se trata de algo estrictamente personal entre Greenleaf y yo.

—¡Repito que no conozco a ningún Greenleaf!

Dio media vuelta y enfiló pasillo adelante.

—¡Un momento! —grité. Saqué el billetero y extraje dos billetes de veinte dólares, que sostuve en alto para que los viese—. Le pagaré la información, si puede ayudarme. Usted es mujer de negocios —añadí rápidamente—, y supongo que habrá tenido algunos pensionistas que se habrán ido sin pagar.

—¡Nunca! —proclamó—. ¡Siempre me pagan por adelantado!

Tal vez era imaginación mía, pero creo que empezó a mostrarse menos suspicaz.

—Ese Greenleaf me debe algún dinero y lo necesito —mentí, buscando una historia convincente—. Le di crédito… y me estafó.

—¡Culpa suya!

—No del todo —me defendí—. En realidad, la culpa fue de mi socio. Él le dio el crédito. Y mi socio falleció la semana pasada, y desde entonces trato de localizar a Greenleaf.

—Aquí no he tenido a nadie de ese nombre —objetó—. ¿Cómo es?

—No lo sé. No lo vi nunca.

—¡Jesús! ¿Pues cómo espera que le ayude?

—Bien… medite un poco. Por un período de seis o siete meses, todos los meses, el cinco o seis, venía una carta a esta casa dirigida a su nombre. La traían a nombre de Derek A. Greenleaf. ¿Recuerda haberla visto?

—¿La misma carta?

—No, todos los meses era diferente, aunque siempre llegaba por la misma fecha. Un sobre grande, marrón… como los que emplean en los Bancos.

—¿A nombre de Greenleaf? —Bizqueó un poco los ojillos en profunda meditación—. ¿Ha venido alguna últimamente?

—No creo —repliqué—. Aunque siempre cabe la posibilidad. Mas supongo que dejaron de llegar hace unos cinco o seis meses.

—Llevo aquí hace unos quince años —contestó—, y viene mucho correo para gente cuyos nombres no recuerdo. He cogido la costumbre de repasar el correo, fijándome solamente en si veo mi

nombre. Luego, lo dejo todo en esta mesa, y los huéspedes son quienes lo revisan —fue hacia la mesa, resoplando por el esfuerzo, y rebuscó entre la pila de cartas, mirando también los anuncios y periódicos—. Aquí no hay nada para Greenleaf —anunció.

—Eso demuestra que él cogía las cartas —objeté—. De lo contrario, todavía estarían aquí… o usted recordaría haberlas visto. Particularmente, de haberse acumulado seis o siete sobres. Si no vivía aquí con nombre supuesto —añadí, casualmente—, debió poder entrar a buscar las cartas. ¿Recuerda a alguien que no viviese aquí, pero que entrase con cierta regularidad? Un hombre, claro, y debía tener preparada una buena excusa por si usted le interrogaba. Probablemente, venía la primera semana de cada mes.

Cabía la posibilidad de que Greenleaf conociese a uno de los huéspedes, y que fuese éste quien le entregase el correo. Sin embargo, no creía que Greenleaf se confiase a nadie.

—No recuerdo a nadie en particular —negó la patrona—. Algunos huéspedes reciben visitas y yo veo a mucha gente. La única persona que se me ocurre no puede ser, porque era francés…

—¡Qué! —exclamé. Le ofrecí un cigarrillo que rechazó—. ¿Solía venir por aquí un francés? —indagué.

—Pensándolo bien —murmuró, frunciendo los labios—, venía regularmente, casi siempre después del día uno. Lo recuerdo porque buscaba habitación y preguntaba si tenía alguna vacante. Normalmente, los huéspedes se despiden el día último de mes, o el primero a lo sumo, si se trasladan a otro sitio. Ese francés venía varios días cada mes. Sí, ahora lo recuerdo, pues le dije que viniera la última semana del mes, mas no lo hizo. No, no le alquilé ninguna habitación.

Reflexioné. Sí, la cosa tenía sentido. Evidentemente, Greenleaf sabía francés. Un estafador siempre es buen actor, y Greenleaf sabía falsificar un acento, sin duda, para engañar a una persona tan cándida como aquella patrona. La visitaba justo a tiempo para recoger la carta, preguntando por una habitación… cuando estaba seguro de que no había ninguna. Indudablemente, Greenleaf no tenía deseos de verse relacionado con la calle Spruce por si algo fallaba en sus planes.

—¿Cuál era su aspecto? —inquirí.

—Corpulento… más alto y más delgado que usted, sin embargo

—la patrona se esforzaba por recordar al cabo de tanto tiempo—. Bueno, no le presté mucha atención. Tendría unos cincuenta años. Recuerdo, eso sí, que poseía una nariz grande —asintió para subrayar sus palabras—. Sí, una nariz grande en una cara más bien afilada, demasiado larga… y el pelo gris. Vestía muy bien.

Le entregué los dos billetes de veinte dólares.

—Gracias, me ha ayudado mucho. Si quiere usted venir conmigo a la comisaría y contemplar unos retratos para ver si puede identificar a ese individuo, le pagaré cincuenta dólares más.

Sus gordezuelos dedos se engarfiaron sobre los billetes, que guardó luego en el escote. De nuevo sus pupilas mostraron cierto recelo y movió la cabeza coléricamente.

—No quiero tratos con la bofia. Sólo he pretendido ayudarle a usted. ¡Pero no quiero tratos con la bofia!

Mientras iba calle Spruce abajo, me sentía de buen humor. Un rostro afilado, una nariz grande, pelo gris, cincuenta años, alto, delgado… Más detalles que añadir a la muñeca de papel.

¡Algún día cortaría la cabeza de esa muñeca!

17

Cannon, mientras iba tejiendo el caso, seguía preocupado por la falta de motivo. Confiaba haber impresionado al jurado respecto al *corpus delicti*; la evidencia era, en parte, circunstancial, aunque, en su opinión, indiscutible. En la noche del veintidós de noviembre, o en la madrugada del veintitrés, un criado conocido como Isham Reddick había sido asesinado, desmembrado su cuerpo y destruido casi todo en un horno crematorio de una casa situada en la calle Ochenta y Nueve Este. Sin embargo, no todas las pruebas del crimen habían sido consumidas por el fuego, pues quedaba el fragmento de un dedo, con la huella dactilar identificable, un diente, un puñado de cenizas, manchas de sangre en el suelo, la lona, y un banco de trabajo, un fragmento de tibia humana, aparte de otras pruebas entre las que se incluían la posible arma del crimen, una pistola y la bala, y el instrumento destripador: un hacha ensangrentada.

Cannon estaba convencido de haber establecido el crimen y de haber identificado a la víctima, cosas ambas requeridas por la ley. Sin embargo, quedaba el motivo. ¿Por qué había el acusado asesinado a Isham Reddick?

No se comete ningún crimen sin motivo, a menos que el homicida esté loco, y obviamente, en este caso el acusado no se encontraba en ese estado. Aún había que resolver la razón que se ocultaba tras el asesinato, y Cannon creía que era el chantaje. El chófer-ayuda de cámara había extorsionado a su amo. Cannon tenía pruebas de que Reddick había reunido casi veinticuatro mil dólares… posiblemente más. ¡Muchos crímenes se han cometido por menos! Y al no ver un fin a esa sangría financiera, el acusado había matado al chantajista.

Buscando este punto particular, un punto clave en este caso,

Cannon había perdido mucho tiempo, mucho trabajo a fin de alimentar su teoría. Presentó a tres testigos. El primero que subió al estrado fue la señorita Beatrice Hyman, vendedora empleada en una joyería de la Quinta Avenida de la ciudad de Nueva York.

—Señorita Hyman —empezó Cannon—, entre los efectos y bienes de la habitación de Isham Reddick se encontró un recibo… una nota de caja que usted identificó haber hecho usted misma.

—Sí, señor. Un recibo por trescientos cincuenta dólares por la venta de un reloj de pulsera.

—¿Cuándo se efectuó la venta?

—Según los archivos de la tienda, el diecisiete de octubre del año pasado.

—Señorita Hyman, le enseñaré una fotografía y le ruego que la identifique.

Exhibió una impresión en blanco y negro.

Beatrice Hyman, una mujer delgada, de expresión eficiente, estudió atentamente la foto.

—Es el mismo hombre al que vendí el reloj —declaró.

—¿Le dijo su nombre?

—Sí, se llamaba Isham Reddick. Y éste es el nombre con que figura en nuestro archivo de ventas.

—Usted ha declarado que Isham Reddick compró un reloj de pulsera por trescientos cincuenta dólares. ¿Lo considera un reloj caro?

—¡Protesto! —Denman ya estaba en pie—. La pregunta exige una opinión.

—Señorita Hyman —prosiguió Cannon imperturbable—, ¿vende usted muchos relojes de pulsera por valor de trescientos cincuenta dólares cada uno?

—No muchos.

—¿Se gastan muchos clientes el sueldo de un mes y medio en un reloj de pulsera?

Denman volvió a protestar, pero esta vez Cannon arguyo ante el juez.

—No creo que esta respuesta exija una opinión, Señoría —dijo —. La señorita lleva varios años en la tienda vendiendo relojes. Como empleada, forma parte de su trabajo determinar, dentro de ciertos límites, qué cliente puede gastar más y cuál menos, en

apariencia al menos.

—¡Pero no conoce la posición financiera de todos los clientes! —objetó Denman.

El juez consideró ambos argumentos y al fin decidió:

—Continúe, señor Cannon, con cautela.

Cannon volvióse hacia la testigo.

—Muchos de los clientes que visitan la tienda…, ¿son ricos o al menos gozan de cierto bienestar?

—Sí, eso creo —asintió con claridad la señorita Hyman.

—¿Tiene la tienda muchos clientes con pocos medios de fortuna?

—No, señor.

—Bien, si un caballero gana doscientos cincuenta dólares al mes, y se gasta trescientos cincuenta en un reloj de pulsera, ¿diría usted que compra un reloj caro?

—En esas circunstancias, sí.

—En su tienda hay relojes más baratos a la venta, ¿verdad?

—Tenemos algunos a setenta y siete dólares; éstos son los menos caros, aunque sean también de buena calidad.

—¿Le enseñó alguno de esos relojes de setenta y siete dólares a Isham Reddick?

—Sí, señor. Y también otros de ciento cincuenta dólares, y de doscientos setenta y cinco. Pero finalmente quiso el que estaba marcado a trescientos cincuenta.

—¿Pagó al contado?

—Pagó al contado. En billetes grandes.

—¿Por qué cree que pagó en billetes grandes?

—Bueno —explicó la señorita Hyman—, la mayoría de nuestros clientes tienen cuenta abierta. Ocasionalmente, algunos pagan al contado, y en tal caso siempre lo hacen con billetes grandes. Si el señor Reddick hubiera pagado trescientos cincuenta dólares en billetes pequeños, habría habido en la caja un buen montón de billetes… y no lo recuerdo.

—¿No recuerda si el señor Reddick le dio un buen puñado de billetes?

—No, señor. Aquélla era una venta ordinaria para la tienda —la joven hizo una pausa y añadió—: A lo sumo habría media docena de billetes.

—Una pregunta más. ¿Vende muchos relojes de pulsera de trescientos cincuenta dólares a individuos que trabajen de chófer?

—No lo creo —replicó la testigo.

Cannon la despidió; en cambio Denman le pidió que siguiera en el estrado para el contrainterrogatorio.

—Señorita Hyman —empezó cortésmente—, ¿suele preguntarles a los clientes desconocidos, cuando entran en la tienda, qué hacen para vivir?

—¡Claro que no!

—Si yo entrara en su tienda, y fuese, por ejemplo, conductor del Metro, me diría usted: «¿En qué se gana usted la vida?».

—No, señor.

—¿Puede usted adivinar, de una ojeada, en qué trabaja un cliente? Si yo entrase en su tienda y me mirase, ¿podría decir acaso: «Este tipo trabaja en el Metro»?

—Esto no es correcto —replicó la testigo airadamente.

—Entonces, ¿cómo sabe que Isham Reddick era chófer? ¿Llevaba uniforme?

—No, señor, no llevaba uniforme ni sabía en qué se ocupaba. No me interesaba en absoluto.

—Entonces, ¿cómo supo que era chófer?

—El señor Cannon me lo dijo cuando habló conmigo.

—De modo que hasta que el señor Cannon se lo comunicó, usted no sabía nada de Isham Reddick. O sea que usted vende relojes, diamantes y joyas caras a los chóferes…, ¡sin saberlo! —Denman añadió—: Si no visten de uniforme, claro. ¿Correcto?

—Pues…, sí.

Tras haber ganado un tanto, Denman siguió en otra dirección.

—Usted ha mencionado, señorita Hyman, que el reloj menos caro que venden en la tienda donde usted trabaja vale setenta y siete dólares. Dígame, ¿cuál es entonces el más caro… de hombre, naturalmente?

—No estoy muy segura…, pero diría que cuesta varios miles de dólares.

—De quererlo, ¿podría yo adquirir algo más caro?

—Sí… con un pedido especial.

—Creo que un reloj de dos mil dólares puede ser muy bueno —observó Denman con sequedad—. Pero volviendo a Isham Reddick,

compró un reloj de trescientos cincuenta dólares, no de quinientos ni de mil, ni de mil quinientos. Si quería un buen reloj, y había ahorrado para ello, ¿existe algún motivo por el que no pudiese comprar un reloj de trescientos cincuenta dólares?

—Ninguna en absoluto —se apresuró a conceder la señorita Hyman.

Denman le dio las gracias y la joven bajó del estrado.

El señor Dann, de la casa Dann y Glend, Trajes para Caballeros, impecablemente ataviado con un traje de mezclilla, bien abrochado hasta el cuello, y con una corbata muy delicada, se presentó como socio decano de la tienda de modelos exclusivos que servía a muchos distinguidos caballeros de Nueva York, así como a figuras de relieve nacional.

—Su tienda está situada en Madison Avenue —empezó Cannon.

—En efecto —asintió Dann—, llevamos allí más de treinta años.

—¿Usted, o su socio el señor Glend, se ocupan en persona de la clientela?

—Naturalmente, tenemos los cortadores, que efectúan una gran parte de la labor. Pero el señor Glend y yo atendemos a todos los clientes. Ésta es una profesión estrictamente personal y no podemos tener dependientes.

Dann contemplaba apreciativamente el traje de Cannon, y lo que veía no merecía, al parecer, su entera aprobación.

—¿Recuerda haberle vendido tres trajes a un caballero que usaba el nombre de Isham Reddick? —Cannon le entregó al testigo una fotografía—. ¿Es éste el hombre?

Dann asintió y Cannon prosiguió interrogando.

—Díganos, por favor, qué sucedió.

Dann cruzó atildadamente las piernas, procurando mantener incólume la raya del pantalón.

—Ése… individuo vino a nuestra tienda, y yo mismo le recibí. Dijo que estaba interesado en la adquisición de unos trajes. Le manifesté que sólo los hacíamos a medida. El que llevaba era de confección, por cierto de muy mala tela, por lo que supuse que no compraría nada y se largaría… perdón, marcharía de la tienda. En algunas ocasiones, entran en el establecimiento algunas personas, evidentemente bajo la impresión de que… bueno, tenemos trajes de ganga. Claro está, nosotros nunca…, ¡oh, nunca…! —di testigo

estaba horrorizado ante semejante posibilidad y procedió a eliminar una mota invisible de la solapa de su bien cortada chaqueta—. Dichas personas, cuando les decimos nuestros precios, suelen correr hacia la calle.

—¿Cuáles son sus precios, señor Dann?

—Nuestros trajes empiezan por doscientos dólares. Y varían según las telas elegidas y otros detalles.

—Cuando usted le manifestó esto a Isham Reddick, ¿qué dijo?

—Contestó que encargaba tres trajes. Aquel día eligió tela para uno gris carbón, otro gris más claro, y uno de franela azul. El señor Mat le tomó las medidas. Le comuniqué al cliente que como todavía no tenía cuenta abierta con nosotros, debería pagar por adelantado el importe de las telas y el corte… y que el resto podía abonarlo al entregar los trajes.

—¿Opuso alguna objeción el cliente?

—Oh, no, señor. Pagó inmediatamente cuatrocientos dólares.

—En su primera visita pagó cuatrocientos dólares, ¿eh? ¿En dinero contante?

—Sí, antes de salir de la tienda —prosiguió el señor Dann—, me entregó cuatro billetes de cien dólares.

—¿Recuerda qué traje llevaba cuando entró en la tienda?

—Sólo recuerdo que era menos que mediocre, aunque no me fijé en los detalles. Bueno, supongo que no había ningún detalle que recordar… Era sólo un traje vulgar.

El sastre resopló desdeñosamente.

—Ha dicho usted «un traje menos que mediocre…» o sea un traje barato, ¿verdad?

—Un traje que debía costar bastante menos de cincuenta dólares —replicó Dann rápidamente.

—¿Le sorprendió que Isham Reddick adquiriese aquellos trajes caros?

—Sí. Ciertamente, no parecía capaz de gastar tanto.

—¡Protesto! ¡Protesto! —clamó Denman, poniéndose de pie.

—Sin conclusiones ni opiniones —ordenó el juez—, señor Dann.

Sin embargo, Cannon ya había terminado con el testigo, y avanzó el defensor hasta el estrado.

—Señor Dann —solicitó Denman—, me gustaría que examinase el traje que llevo. ¿Cree que es barato?

Denman, como un maniquí dio media vuelta delante del sastre.

—¿Puedo acercarme? —preguntó Dann.

—Sí, puede hacerlo.

El testigo bajó del estrado y dio una vuelta completa en torno al abogado defensor, examinando las solapas y comprobando los botones de las mangas. Después regresó a su silla.

—¿Y bien? —inquirió Denman, sonriendo.

—Su traje, abogado —dijo el señor Dann con gran dignidad—, fue confeccionado por Meade y Thomas, sastres de muy sólida reputación, competidores nuestros desde hace veinticinco años —se encogió de hombros y añadió—. Pagó usted al menos doscientos cincuenta dólares… o tal vez más.

La sala se estremeció en una estruendosa carcajada. Denman sonrió y se inclinó ante el testigo.

—Exacto, caballero. La próxima vez iré a su tienda.

El sastre asintió y murmuró:

—No hacemos rebajas ni a los abogados.

Esta vez el juez tuvo que utilizar la maza.

—Bien —continuó Denman—, pasemos a hablar de los trajes de Isham Reddick, al menos de doscientos dólares, por lo que debían ser excelentes. ¿Está de acuerdo en que fue una estupenda adquisición, señor Dann?

—Naturalmente.

—¿No encuentra raro que un caballero pague doscientos dólares por un traje?

—Es algo que veo todos los días.

—¿Incluso tres trajes a doscientos dólares cada uno?

—Sigo opinando que es una compra excelente. Los trajes duran más y tienen mejor aspecto cuando se cambian a menudo. Cualquier caballero debería tener en su guardarropa por lo menos catorce trajes.

—De acuerdo —interrumpió Denman al sastre—. Tengo entendido que Isham Reddick pagó cuatrocientos dólares al contado. ¿Le pagó luego el saldo?

—No, señor —se entristeció Dann—. Vino a hacer todas las pruebas y no volvimos a saber nada de él. Cuando los trajes llevaban varias semanas confeccionados, llamamos al número que Reddick nos había dado. Al preguntar por él, un policía se puso al

aparato. Después, vino a verme la Policía.

—¿Y sigue creyendo que aquellos trajes eran una buena compra?

—¡Absolutamente!

Denman despidió al sastre. El abogado defensor sentíase cada vez más deprimido; aparte del asentimiento de Dann referente a la buena calidad de la ropa, y el buen sentido de la compra, sabía que el jurado no podía simpatizar con un chófer que pagaba doscientos dólares por un traje y se los compraba de tres en tres.

Anthony Gillick, empleado del Despacho de Viajes Monterrey, poseía una voz muy chillona. Identificó el retrato de Reddick como el hombre que le había visitado la tarde del veinte de noviembre, del año anterior, en la oficina de viajes.

—¿Qué deseaba Isham Reddick? —indagó Cannon.

—Hacer una reserva para un vuelo a París el veinticuatro de noviembre.

—¿Podía reservarle usted tal plaza en tan breve plazo?

—No era difícil —chilló el testigo—. En esa época del año hay poco turismo. Además, era un vuelo de lujo.

—¿Qué diferencia hay en los billetes?

—Los vuelos normales cuestan aproximadamente ciento cincuenta dólares menos que los de lujo.

—¿Cuándo pensaba regresar Isham Reddick?

—No lo sé. Sólo compró un pasaje de ida. Le dije que se ahorraría dinero comprándolo de ida y vuelta, si lo utilizaba dentro del plazo de un año. Contestó que no pensaba volver.

—¿O sea que no pensaba volver en el plazo de un año?

—No es eso —objetó Gillick con voz estridente. Se esforzó por rebajar el tono—. Isham Reddick dijo que no planeaba volver nunca.

—¿Lo expresó así?

—Sí, señor. Eso dijo.

—Incidentalmente, señor Gillick, ¿cuál era el precio del pasaje a París?

—Quinientos setenta y cinco dólares.

—¿Los abonó Reddick?

—Sí, señor. Al contado.

—¿Volvió a verle?

—No, señor. Veinticuatro horas antes de salir el avión llamamos

a su residencia para confirmar la reserva, como es nuestra norma —Gillick hizo una pausa, tragó saliva apresuradamente y su nuez subió y bajó varias veces—. Bueno… me comunicaron que el señor Reddick había muerto.

—Isham Reddick fue, al parecer, un individuo muy ocupado —comentó Cannon, contemplando al testigo—. Quinientos setenta y cinco dólares por un pasaje de avión, cuatrocientos dólares en trajes, trescientos cincuenta dólares para un reloj de pulsera… En total, mil trescientos veinticinco dólares.

—¿Es esto un monólogo o un interrogatorio? —le interrumpió Denman.

Exagerando ligeramente el movimiento, Cannon fingió prestar atención al abogado defensor.

—Oh, lo siento —murmuró—. Su testigo, abogado.

Denman, tristemente, inició el contrainterrogatorio del nuevo testigo.

18

De vuelta en Nueva York, repasé los datos. Barajándolos una y otra vez en mi mente, fui examinándolos con atención. A veces encajaban y a veces no. Con paciencia volví a barajarlos, rehaciendo todo el proceso. Descubrí que pensaba mucho mejor por la noche, particularmente cuando iba en Metro. Muy tarde, cogía el último vagón del convoy, en la estación de la Séptima Avenida. Al extremo del vagón me situaba de pie en la plataforma, contemplando la negrura de los túneles que pasaba rauda a cada lado. Las luces se trocaban de rojas a ámbar y a verde, y los raíles parecían dos serpientes que se iban alargando interminablemente en sus pozos. En un tren del Metro no hay ritmo de *rock* ni de *beat*, y en cambio sí se experimenta una sensación de destino… y mi destino era Greenleaf.

Finalmente, ensamblé todos los datos y saqué mis conclusiones. Sabía que Greenleaf era alto, algo más de metro ochenta; que era delgado; que poseía una nariz grande y larga; cabello gris, y que hablaba francés. No creía, no obstante, que lo fuese. Tally jamás había dicho que su tío se hubiese referido al acento de Greenleaf… ni ella tampoco. El granuja había interpretado deliberadamente el papel de francés ante la patrona de Filadelfia. De haber sido realmente francés, hubiese tratado de disimularlo.

La descripción física de Greenleaf le permitía representar tres papeles, e indudablemente los había interpretado en algún momento. Existe un tipo físico común a Estados Unidos, Inglaterra y Francia, tipo ejemplarizado por un hombre alto, delgado, de nariz grande, que en América concuerda con la concepción de un vaquero del Oeste. Mas con un leve cambio de acento se convierte en un deportista inglés… o en un oficial del Ejército francés. El acento inglés, particularmente en la zona oriental de Estados Unidos,

resulta a veces difícil de distinguir del acento bostoniano.

El empleo de una frase francesa por Greenleaf en su conversación con Tally, me inducía a creer que había representado el papel de un habitante del Este bien educado (o de un inglés), para embaucar mejor a Will Shaw. Era posible que así fuese, debido a la historia que le soltó al anciano respecto a sus influencias en Washington y a su posición diplomática. Will Shaw, en su estado senil, tal vez no se había fijado en el acento inglés, si Greenleaf se había hecho pasar por alguien de Gran Bretaña. No podía estar seguro de esto, si bien recordaba que Tally había mencionado en una ocasión que Greenleaf no hablaba como un natural de Filadelfia o Nueva York.

Pero Greenleaf, tras haberse apoderado de las planchas, debió adoptar inmediatamente un nuevo papel… lo más distinto posible del anterior, fuese inglés, bostoniano o francés. Por consiguiente, de todos los papeles que podía interpretar, sólo le quedaba uno: el de nativo del Oeste.

No un vaquero, claro, pero sí un individuo procedente de Texas, Arizona… Nuevo México…

Tenía que empezar a buscar a un sureño del Oeste, alto, delgado, de pelo gris…, pero ¿dónde? Éste era el problema: ¿dónde podía pasar el dinero falsificado? No en una población pequeña, porque un forastero con mucho dinero siempre es objeto de especulación y curiosidad. Además, si alguien adivinaba la falsificación, en una población de poca importancia sería muy fácil atraparlo.

Decidí que de hallarme en la situación de Greenleaf, teniendo que pasar dinero falso, lo haría en una gran urbe… con gran movimiento turístico. Automáticamente, tenía que ser en Nueva York, Chicago o Los Ángeles. Esta conclusión me enfrentó con otro problema, que podía decidir si llegaría alguna vez a encontrar a Greenleaf. ¿Planeaba convertir el dinero falso en legítimo y meterlo en un Banco? ¿O pensaba gastarlo para su sustento y caprichos?

Había algo en el invisible Greenleaf, y en lo que de él había oído que tal vez… Sí, era muy posible que aquel hombre desease cierta respetabilidad. Su propensión a usar frases extranjeras, su representación del papel de un caballero, en realidad no era una gran base para asentar una conclusión; pero mi intuición respecto a

la clase de papeles que le gustaba representar no podía desdeñarla en modo alguno. Por este motivo, Greenleaf abriría una cuenta corriente. Y esto a su vez significaba algo más: no podía cometer la tontería de ingresar billetes falsos en un Banco. En cambio, se veía obligado a cambiarlos por legítimos, cambiando los más posibles. Nueva York es una de las pocas ciudades del país donde un hombre puede comprar un paquete de cigarrillos, pagarlo con un billete de veinte dólares y no escuchar el menor comentario al recibir el cambio. Greenleaf podía cambiar billetes de veinte dólares todo un día entero, sin tener que entrar dos veces en la misma tienda. Otro factor me ayudó a llegar a esta conclusión final. A la mayoría de estafadores les gustan la bebida, las mujeres y las luces brillantes. La vida nocturna de Nueva York es la más divertida de todas las del mundo, y tenía que atraer por fuerza a mi hombre. Indudablemente, convertir el dinero falso en auténtico durante el día y gastar dólares falsos de noche, debía de ser el sueño dorado de Greenleaf.

Según mi razonamiento, yo ya había completado un círculo. ¡En Nueva York, donde yo estaba, se hallaba también Greenleaf!

Aunque no podía reconocerlo a simple vista, cabía la posibilidad de que él sí pudiese reconocerme a mí. Ignoraba si me había visto en Filadelfia. Había visto a Tally y, por lo que yo sabía, podía habernos visto trabajar en el club… o a ambos en el hotel.

Como parte de mi número, yo lucía un bigote, pequeño, recortado, estilo militar. Es extraño que cuando un hombre que nunca ha llevado bigote se deja crecer uno, no altera tanto su fisonomía como cuando uno que siempre ha llevado un bigote, se lo afeita. Eso fue lo primero que hice: afeitarlo.

En una ocasión, trabajando en el circo, hubo un alboroto en una población del Sur y perdí un diente delantero al caer al suelo el poste de una tienda. Tan pronto como pude me hice poner un diente postizo, con puente móvil. Bien, me lo quité, dejando una amplia grieta en mi dentadura. Tengo las cejas y el pelo oscuros… excelente combinación para un mago, pero en Norteamérica esto es algo muy fácil de recordar. Sin embargo, no quería teñirme el cabello porque no solamente puede ser analizado, sino que requiere mucho trabajo y gran atención mantenerlo siempre teñido.

Pinté mis cejas de color castaño claro, lo que cambió inmediatamente la expresión de mi rostro. La mayor parte de mi

vida había actuado con la cara maquillada como parte de mi labor. Hay un principio del maquillaje que posee gran importancia: maquillaje con la máxima sencillez posible. Es fácil mantener un mínimo de maquillaje día a día, y resulta más difícil de detectar. Bueno, mi maquillaje era sencillo: cejas claras, un diente de menos, sin bigote… A esto añadí unas gafas convencionales, de concha, con lentes ordinarias. Sin embargo, el vidrio corriente y plano forma siempre en los bordes unos círculos concéntricos de profundidad, que los hace parecer extremadamente fuertes.

En la pelea que mencioné, donde perdí el diente, uno de los conductores del circo, llamado Isham Reddick, falleció. Yo había ido en el camión de Reddick muchas veces, durante noches interminables y muy aburridas, metido en un ataúd de madera y enterrado en un cementerio batista al borde de la ciudad.

Pero recordaba el nombre de la población donde había nacido Reddick, porque me había causado cierta impresión. Era Rocky, en Colorado, y sus padres se habían marchado de allí siendo él un niño. Me senté y escribí una carta dirigida al archivo del juzgado municipal. Adjunté un billete de cinco dólares, y afirmé en la misiva que me llamaba Isham Reddick y que necesitaba una copia de mi partida de nacimiento. Diez días más tarde, recibí un formulario oficial en el que se atestiguaba que mi nacimiento estaba registrado en la página treinta y tres, volumen veintiséis, del archivo municipal de la población. Estaba firmado por el oficial del juzgado y, créanlo o no, me devolvía tres dólares.

Así de sencillo. Yo era ya Isham Reddick.

El mejor sitio para encontrar la pista de Greenleaf era en los bares de la ciudad, en las cafeterías y locales nocturnos. Como yo no podía dar vueltas por todas partes preguntando por Greenleaf, con la posibilidad de alertarle, imaginé un buen disfraz. Fui al Departamento de Licencias de Conducir de la ciudad y solicité una licencia como conductor de taxi. No fue difícil; tras llenar varios formularios y pasar el examen, me tomaron las huellas dactilares. Transcurrieron varios días mientras verificaban los archivos; yo no poseía ficha policíaca, y por lo visto el verdadero Isham Reddick tampoco. Me concedieron la licencia.

La ciudad de Nueva York posee tantas compañías de taxis como transeúntes, por lo que elegí una de las más importantes, la Eastern

Circle Taxi Company, razonando que probablemente habría en ella más cambios de personal, y solicité trabajo nocturno. Me dieron un turno de doce horas, desde las seis de la tarde a las seis de la mañana, y tenía que empujar un montón de chatarra pintado de color naranja con círculos púrpura en los guardabarros. El taxi renqueaba, resoplaba y jadeaba como una lancha guardacostas entre el hielo. Pero yo era el recién llegado a la compañía y debía aguantarme. Ser taxista es duro, sin diferencias para nadie. Empecé a dar vueltas en torno a Manhattan, Bronx y Brooklyn durante la primera parte de la noche. Necesitaba ganar algo para no reducir mi limitado capital, y asimismo para demostrar que había trabajado cuando comprobaban el cuentakilómetros y el dinero cobrado por las mañanas en el garaje. Sin embargo, después de medianoche, evitaba todas las carreras que podía. En cambio, detenía el coche en alguna de las filas de taxis formadas delante de los clubs nocturnos. Allí, charlaba con otros taxistas y vigilaba a los clientes que entraban y salían de los locales. ¡Buscaba a un tipo alto, delgado, con pelo gris y una nariz grande! Uno a uno, los taxis se iban situando en el primer lugar de la fila, aceptando al primer cliente que salía del establecimiento. Por regla general, cuando llegaba al segundo lugar, me largaba hacia otro club y repetía la misma maniobra.

Todas las mañanas, entregaba el dinero justo pero suficiente para no ser despedido. Lo que cobraba en las carreras de la primera parte de la noche no justificaba la vagancia de más tarde. Ignoro por qué no me despidieron, salvo que había escasez de conductores… y posiblemente yo era el único que se conformaba a conducir aquel trasto viejo. El caso es que el encargado del turno de noche me iba soportando, aunque siempre con la amenaza de despedirme al día siguiente.

Vi a muchos individuos que podían ser Greenleaf. Mas aunque respondían a la descripción física, fallaban cuando efectuaba alguna comprobación. O eran desconocidos en el club, y yo me imaginaba que Greenleaf tenía que ser un parroquiano asiduo y conocido, y bien eran excesivamente conocidos. Una noche creí haberle encontrado.

—Ese tipo parece un gran señor —le dije al portero del club—. ¿Quién es?

El portero miró al individuo de aspecto distinguido, de pelo gris, buena estatura y delgado, que llevaba cogida del brazo a una buena hembra, y replicó:

—Es un ranchero.

—¿Cómo se llama?

—Cready. Yo le digo «buenas noches, señor Cready», y me suelta diez dólares.

—Sí, debe tener un buen montón —comenté, fingiéndome impresionado.

—Oh, claro —asintió el portero—. Gasta la pasta como si la odiara. En su región es un gran personaje.

Contemplé a Cready subir torpemente a un taxi, con la chica detrás, asiéndose al ranchero en forma posesiva.

—¿No sabe dónde paran? —inquirí casualmente.

Realmente, no me importaba la respuesta porque estaba pensando largarme de allí y seguir a la pareja.

—Seguro —dijo el portero—, él vive en el «Van Dyke Plaza»… como siempre que viene a Nueva York —mi interlocutor guiñó un ojo pensativamente—. Lleva ya unos cuatro o cinco viniendo aquí. Y cuando está en la ciudad, siempre se aloja en el «Van Dyke Plaza».

Nada más. Me encogí de hombros, dando media vuelta para ocultar mi desaliento. Esto fue típico, de un modo u otro, de todos los casos en que creí haber hallado a Greenleaf. Naturalmente, ya sabía que utilizaba otro nombre.

Poco a poco empezó a gustarme empujar aquel cacharro viejo por las calles, de noche. Aquellas horas, teniendo que estar despierto toda la noche, era una vuelta a mi antigua forma de vivir. Tally me parecía muy remota, y el agudo dolor por su pérdida había desaparecido. Mas el odio que yo alimentaba por Greenleaf tenía ya demasiado tiempo de vida para olvidarlo. El deseo de venganza ardía en mí como siempre. El evangelio de mi execración, la letanía de sangre que yo había recitado demasiado a menudo, los conocía demasiado bien para olvidarlos. Yo era como el hombre que, creyendo poco en religión, acaba convertido en un fanático.

Eventualmente, claro está, encontré a Greenleaf. Le encontré tal como siempre pensé que le encontraría. La primera vez que le vi, estaba ligeramente bebido bajo la marquesina del «Copabonga

Club», discutiendo con una ramera rubia que había salido con él del local. Greenleaf le dedicó un saludo galante, y sacando un mazo de billetes, separó unos cuantos. Tras dejarlos en la mano de la mujer, la hizo subir a un taxi. Luego, regresó junto al portero y le entregó otro billete. El portero saludó, sonrió y dijo algo antes de silbar, llamando a otro taxi. Yo era el quinto de la fila, por lo que no pude seguirle. Esperé unos instantes y entonces salté de mi cacharro y me acerqué al portero.

—¿Quién era ese zopenco? —le pregunté, encendiendo un cigarrillo.

El portero, un gigante de casi dos metros, llamado Oozie, sonrió.

—Un rey del petróleo de Texas —repuso—. Y lleva consigo sus pozos.

Extendió la mano y me mostró un billete de veinte dólares.

La excitación empezó a dominarme.

—Ojalá hubiera podido llevarle —dije, fingiendo envidia—. ¿Viene a menudo por aquí?

—Oh, como una vez por semana.

—¿Un cliente regular?

—Sí, casi. Se presentó hace tres o cuatro meses. Probablemente, no tardará en regresar a Texas.

Tocante a Greenleaf, el tiempo era perfecto. Y el disfraz también. Texas y petróleo.

—¿Cómo se llama?

—Señor Ballard Humphries —respondió el portero, imitando una especie de ladrido.

—Vaya, cierra el pico —reí volviendo a subir el coche.

Di varias vueltas en torno al club esperando que el otro taxista reapareciese en la fila, mas no vino, por lo que pensé que seguramente habría cogido otra carrera a la vuelta. Como no sabía su número y la compañía a que pertenecía, regresé al «Copabonga Club» a la noche siguiente. Allí estaba estacionado el taxi. Salté al suelo y me acerqué al otro vehículo, apoyándome contra la portezuela. Saqué un paquete de cigarrillos y le ofrecí uno al taxista, el cual lo aceptó y se lo colocó detrás de la oreja para fumarlo en otra ocasión.

El taxista, un tipo corpulento, me miró.

—Hola, chico —dije por la ventanilla—, ¿qué tal el millonario

de Texas que llevaste ayer?

Se encogió de hombros.

—Todos son iguales —contestó.

—Sí, excepto con el dinero.

—Tienes razón —permitió que una sonrisa distendiera sus arrugadas facciones—. Me dio diez pavos por la carrera y me obligó a guardarme el cambio.

—Si la carrera era larga…

—Un pavo y medio hasta el East Side.

—¿Ciudad arriba?

—Sí, en la calle Ochenta y Nueve. Una casa baja… a media manzana.

—Conozco la calle —mentí—. Y seguro que también la casa. Tiene una barandilla de bronce desde la acera.

El taxista meditó un instante y sacudió la cabeza.

—No, no hay barandilla. La casa tiene una puerta de cristal cubierta con una reja de hierro.

—Esto no quiere decir nada, chico —murmuré—. En aquella calle hay muchas puertas como ésa. Mañana daré una vuelta por allí y seguro que veré la barandilla que acompaña a los peldaños del porche.

Mi colega escupió desdeñosamente por la ventanilla.

—No. Es la tercera casa a partir de un edificio de apartamentos. En el mismo lado de la calle. Y no tiene barandilla.

—De acuerdo —me resigné—, quizá tengas razón.

Al volver a mi taxi estaba contento, positivo, seguro…, aunque todavía tenía que comprobarlo. Poco después, volví a saltar al suelo y me dirigí hacia Oozie.

—Oye, Oozie —le espeté al portero—, ¿te acuerdas de aquel millonario de Texas de anoche? ¿Cómo dijiste que se llamaba?

—Humphries, ¿por qué?

—He estado pensando. Lo cierto es que estoy más que harto de llevar ese trasto, y tal vez el señor Humphries necesite un chófer. Quisiera pedirle trabajo.

—Ah, pues adelante. Yo no te lo impido.

—¿Y cómo lo hago? No puedo detenerle cuando salga del club. He de mostrarme diplomático. Tal vez si pudiese llevarle a alguna parte, mientras yo guío podría iniciar una charla…

Salió del club un grupo de cuatro y Oozie tuvo que llamar al primer taxi, ayudando a subir a los pasajeros; luego cobró la propina y cerró la portezuela. Había perdido todo interés por mí y estaba impaciente.

—Bien, muchacho, ése es tu problema, no el mío.

—Está bien, Oozie —me encogí de hombros—. Pensaba hacerte una proposición. Darte veinte pavos ahora mismo —le puse dos billetes de diez en la mano—, si me das la oportunidad de llevarle la próxima vez que se presente Humphries. Y si me concede el empleo, te regalaré otros veinte.

Oozie me miró de arriba abajo.

—A propósito —pregunté—, ¿nunca te han hecho sangrar por la nariz?

Pasó por alto esta observación.

—¿Cómo puedo ayudarte? —inquirió.

—Mira, a partir de ahora ya no me colocaré en la fila —expliqué —. Estacionaré en la esquina, al otro lado de la calle. Cuando él salga, entretenle cuanto puedas antes de llamar al primer taxi de la fila. Esto me dará tiempo de venir hasta aquí y cogerle por mi cuenta.

—Los chicos se pondrán furiosos —objetó Oozie.

—Dile al que pierda la carrera que le regalaré diez moscos. Esto le calmará.

—Está bien —asintió Oozie, no muy convencido. Volvió a estudiarme de arriba abajo—. Y no te olvides de mis veinte.

—Si consigo el empleo, son tuyos.

Humphries no volvió al «Copabonga» en toda la semana. Todas las noches yo aparcaba en la esquina, al otro lado de la calle, como amartillado a la calzada. Todas las mañanas, cuando iba a entregar, el encargado me daba un escándalo, chillaba, y finalmente me despidió. No obstante, por la noche volvió a admitirme y yo volví a mi espionaje.

Al fin, el martes siguiente por la noche, se presentó Humphries. Salió del club a las dos de la madrugada, con una esbelta morenucha, que podía haber sido su hija, si bien parecía mucho más experimentada que su madre. Oozie les entretuvo, según lo convenido, yo puse el motor en marcha y me detuve delante del club con la portezuela prácticamente abierta.

Oozie les ayudó a subir, y Humphries, con acento texano, me dio la dirección de la calle Ochenta y Nueve. Al arrancar, él y la morenucha comenzaron a jugar en el asiento posterior. Tras llevar varios minutos conduciendo, me aclaré la garganta y dije en voz alta:

—Perdón, señor, pero usted me parece un caballero muy educado.

Esta observación cogió a Humphries por sorpresa, y por el retrovisor vi que sé enderezaba en el asiento. Gruñendo, inquirió:

—Hummm… ¿Quieres repetir eso, hijo?

Lo repetí y añadí:

—Si no le molesta, señor, me gustaría obtener unos informes y creo que usted puede facilitármelos.

—Bien, adelante —replicó él—. Si puedo ayudar a un ser humano, me siento muy dichoso.

—Se trata de esto. A primera hora de esta noche, yo estaba descendiendo por delante del edificio de las Naciones Unidas y cogí a un caballero con su esposa. Creo que eran franceses… y los llevé hacia arriba. El caballero hablaba un poco inglés, no mucho, y cuando saltó del coche me dio un billete y me dijo que me guardara el cambio. Era una buena propina, por lo que le di las gracias, y entonces dijo algo en francés. Yo le pregunté: «¿Qué ha dicho?», y él se echó a reír y contestó en inglés que había dicho: «De nada».

Me eché la gorra hacia la nuca y continué:

—Bien, he estado pensando en ello, y me gustaría recordar cómo lo dijo en francés. ¿Sabe usted acaso ese idioma, caballero?

Humphries se echó a reír a carcajadas.

—Le diré la verdad —expresó—. Me siento orgulloso de haberme diplomado en la Universidad Cristiana de Texas.

—Ya… seguro, he oído hablar de ella. Tienen grandes equipos de rugby y fútbol… y claro está, de béisbol. Lo he visto en los noticiarios. Está en Waco, ¿verdad?

—Exacto —asintió al momento—. Y poseen grandes equipos. Bueno, como decía, estudié un poco de francés y lo recuerdo perfectamente.

—Oh, Ballard —exclamó la morenucha con admiración—, no me habías dicho que también hablas francés. Esto es maravilloso…

—Pues, sí, amiguita, lo hablo —proclamó Humphries,

pavoneándose—. Y si mal no recuerdo, la frase que debió pronunciar ese caballero francés, es *il a pas de quoi*
n'y
.

La pronunciación quedó bastante malograda por un hipo.

La muchacha intentó repetir la frase fonéticamente.

—*Il ni a pa de cuá* —batió palmas—. Oh, es estupendo.

—Buena chica —sonrió Humphries—. Tú también eres estupenda.

Yo pensaba en otras cosas. Llevaba en el coche a un texano que hablaba francés. A un texano graduado en la Universidad Cristiana de Texas, que la confundía con la Universidad Baylor. Porque la Cristiana se halla en Fort Worth, y la Baylor en Waco.

¡Borracho o no, un texano auténtico no puede cometer tamaño error!

19

La acusación había dejado concluso su caso el día anterior. Denman, abogado defensor, había alegado que la acusación debía retirarse al no haberse demostrado la culpabilidad del acusado más allá de un límite razonable. El jurado salió de la sala durante la discusión entre los dos abogados y, al denegarse la moción, regresó a la sala.

—¿Quiere el tribunal decirles a los señores jurados que la denegación no les concierne, pues se trata sólo de una decisión del tribunal sobre una cuestión legal? —solicitó Denman.

Su Señoría habló en este sentido.

—En este momento —prosiguió el defensor— también dejo de mi excepción constancia para el acta.

—Su excepción será registrada —accedió el juez—. Adelante, por favor, señor Denman.

—Con el permiso del tribunal, me gustaría iniciar la defensa mañana por la mañana. Estamos acercándonos al final de la sesión de la tarde y propongo que el tribunal aplace la vista hasta mañana.

Cannon no protestó y el juez se puso en pie y se retiró a su despacho. Denman se acercó a su cliente y le acompañó hasta el cubículo que tenía reservado detrás de la sala, con las ventanas enrejadas. Delante de la puerta había un agente de guardia. El abogado tomó asiento a una sólida mesa de roble, bastante rajada. Su cliente, después de encender un cigarrillo, se dirigió indolentemente a la ventana, que daba a un respiradero. Denman estaba fatigado, y por un momento estuvo sentado, casi hundido, en una silla, con la barbilla apoyada sobre el pecho. Finalmente, levantando la cabeza, murmuró:

—Siéntese, Humphries. Tenemos que hablar.

El individuo alto, de pelo gris, con el rostro profundamente

arrugado, se apartó de la ventana y anduvo hacia la mesa. Tomó asiento.

—Oiga —empezó Denman con voz queda, desprovista de toda emoción—, esta tarde hemos de llegar a una decisión… y de que ésta sea acertada o no dependerá la salvación de su vida.

El abogado hizo una leve pausa antes de continuar.

—Antes de tomar esta decisión, deseo sostener con usted una ligera conversación. Usualmente, tengo mis propias ideas respecto a la inocencia o culpabilidad de un sujeto. Que sea culpable o inocente no es cosa mía; mi deber es procurar que se le otorgue un proceso justo, según está definido por las leyes del país y el Estado. Yo defiendo a los acusados dentro de mi máxima capacidad. Cuanto más sé de un caso, mejor puedo preparar la defensa.

Denman volvió a callar unos momentos.

—¡Pero que me maten —exclamó lentamente—, si sé qué pensar de usted, Humphries!

—Afirmé que no era culpable, ¿verdad? —replicó el acusado.

—El hombre a quien sorprenden con un cuchillo en la garganta de su víctima puede alegar lo mismo —gruñó Denman indignado—. Mi creencia personal es que usted oculta algo… o a alguien —al ver que Humphries empezaba a objetar, el abogado levantó una mano, pidiendo silencio—. He estado sentado muchas veces en esta misma habitación, Humphries. Mire a su alrededor: ¿cuán grande es? ¿Tres por cuatro metros? Dos ventanas pequeñas con rejas. Mire esa desvencijada mesa… dos sillas… y un guardia al otro lado de esta puerta cerrada. Pero esto es elegante, es un aposento principesco en comparación con lo que le espera luego. Sí, yo he estado aquí antes. ¿Cuántas veces? Cincuenta… Cien… No me acuerdo, Humphries. Al correr de los años, todos los rostros de esta habitación parecen iguales, unos teñidos ya con el color grisáceo de los muros y los años a venir entre cuatro paredes, o con la imagen de la muerte estampada ya en el semblante. Le digo esto deliberadamente para asustarle… para poner en su corazón el temor de Dios. ¿Se da cuenta de la situación en que se encuentra?

Denman se irguió en su silla, extendiendo las piernas, rectas y tiesas, ante él.

—He visto hombres que entraron aquí con una fortuna ilícita escondida, hombres que se negaron a hablar. Aguardaban la

oportunidad de salir con vida y convertirse en individuos ricos. Algunos murieron en la cárcel, al cabo de los años, antes de poder recuperar el dinero. Otros, dieron su último paseo a la silla… proclamando que dirían toda la verdad. Ya era tarde. Algunos han logrado recobrar la fortuna… sólo para volver a ser capturados por la Policía.

—No sé de qué habla —rezongó Humphries.

—Tampoco yo —confesó Denman con sinceridad—. Ni siquiera lo adivino. Pero usted no me ha dicho la verdad… no me ha expuesto todos los hechos…, ¡no me ha contado nada! Usted y yo hemos estado sentados durante una semana entera, mientras Cannon nos abrumaba con datos y testigos. ¿Y dónde estamos? ¡Ninguna coartada! ¡Ningún testigo… ni siquiera uno sólo! Dígame, y ahora honradamente, ¿le extorsionaba Reddick?

—¡No! —Humphries pegó con fuerza sobre la mesa—. ¡Ya se lo dije! Así Dios me salve, no me extorsionaba. ¡Nunca me pidió un centavo!

—Supongamos —continuó Denman sin dejarse abatir—, que es verdad. Pero ¿podía saber Reddick algo… algo que pudiera usar para un chantaje?

Humphries no contestó inmediatamente, y antes de su negativa transcurrió una pequeñísima fracción de segundo.

—No… No tenía nada contra mí.

Denman lentamente se pasó una mano agotada por el cabello.

—Humphries —murmuró con voz sosegada—, mire el caso que ha presentado Cannon. Afirma que usted mató a Isham Reddick en el cuarto del horno con el revólver hallado en su cajón. Después de matarlo, lo descuartizó… sirviéndose del banco de trabajo, la lona y el hacha. El cuerpo fue consumido en el horno, y usted dispuso de casi toda la ceniza. Incluso ha encontrado rastros de ceniza en su coche. Como evidencia, tiene un dedo de Reddick, parte de la pierna, un diente, y posiblemente su sangre. Después del crimen, afirma, usted limpió el sótano, y se lavó y duchó en el cuarto de baño de abajo. Bien, ¿por qué ocurrió todo esto? Cannon afirma que Reddick le hacía a usted objeto de un chantaje. Tiene pruebas con su escritura de un pago de, al menos, ocho mil quinientos dólares… Reddick gastaba su dinero como un marinero de permiso. ¿De dónde lo sacaba? Cannon asegura que de usted. Varios testigos han

declarado que Reddick lo dio a entender. Cannon ha demostrado que usted no es de Texas, que carece de negocios allí, que sus ingresos son misteriosos. ¿De dónde procede su propio dinero? ¿Sabía algo Reddick? ¿Le pagaba usted para hacerle callar? —Denman sacudió la cabeza desmayadamente—. ¡Y aún quiere usted que yo crea que no oculta nada!

—Cannon no ha podido demostrar que yo tuviese un expediente criminal —objetó Humphries.

—No —concedió el abogado—, no ha podido. Pero hay muchos individuos que han conculcado la ley, que han cometido delitos que, de salir a la luz, les llevaría a la cárcel, y siguen en libertad.

—¡Soy inocente! —proclamó Humphries—. Reddick era un loco. ¡Un loco furioso!

—Y usted desea que el jurado crea que se mató, que se suicidó, y luego se incineró él mismo en el horno…

El tono de Denman era sarcástico.

—Pudo robar otro cadáver… —la voz de Humphries era de incredulidad.

—¡No sea ridículo! —protestó Denman—. Créame, es imposible robar un cadáver; más fácil sería penetrar en Fort Knox[4]. No, la acusación posee pruebas sumamente peligrosas, mas no es ésta la cuestión. Lo que deseo saber, Humphries, es por qué… POR QUÉ.

Humphries se apartó de la mesa.

—No lo sé…

—Sí lo sabe, Humphries, pero no quiere decírmelo. Es así, ¿verdad? —Humphries calló, aunque sacudió la cabeza—. Está bien —prosiguió el abogado—, encaremos la cuestión a decidir. Mañana empezaremos la defensa. No tenemos ninguna prueba que establezca una coartada para la noche del veintidós de noviembre o la madrugada del veintitrés; no tenemos testigos; ni tenemos otra teoría respecto a lo que sucedió.

—Yo no tengo que declarar —recordó Humphries.

—Exacto —asintió Denman—, por regla general, en cualquier defensa, es mejor que el acusado no declare. Pero ¡maldita sea, hombre!, tenemos que hacer algo. Sin ninguna defensa, y si usted no sube a declarar, el jurado se preguntará «por qué». —Denman estudió el muro pintado de color parduzco que tenía enfrente, siguiendo sus ojos una grieta que corría, muy estrecha, por uno de

los lados.

Pesadamente, se puso en pie y anduvo en torno a la mesa hasta situarse delante de la pared. Con un dedo siguió la línea, y por fin se metió la mano en el bolsillo y volvió a sentarse.

—Hay grietas en todo el caso —murmuró lastimosamente—. Y varias también en el caso presentado por Cannon, pero no puedo taponarlas —volvió a enfrentarse con su cliente—. Bien, ¿qué le parece? ¿Piensa jugarse la vida sobre el cuento que me largó?

—Es la verdad —replicó el acusado—. No puedo decir nada más.

—¿Está dispuesto a subir al estrado y contar eso? Luego, Cannon le destrozará literalmente.

—Estoy dispuesto, si usted lo ordena.

—Humphries, no quise decir eso. Mas no podemos hacer otra cosa. Sólo con que uno del jurado le crea a usted… o a una parte de su historia… estará usted salvado seguramente. Sí, es nuestra única oportunidad.

El guardia abrió la puerta y Denman salió al corredor.

20

Tardé una hora en conseguir que Greenleaf, o mejor Humphries, me concediese un empleo. La primera noche, cuando le llevé a su casa, jugué con su vanidad. Al llegar delante de la mansión, salté al suelo y abrí la portezuela posterior, ayudándole a salir… y mientras tanto le quité el billetero del bolsillo posterior del pantalón.

A las doce del día siguiente estaba de nuevo en su casa. Me abrió la puerta una criada, y al cabo de unos minutos Humphries entró tambaleándose en el salón, llevando un batín de seda, y con expresión desdichada. No pareció reconocerme.

—Me llamo Reddick, señor —me presenté—. Anoche le traje aquí en mi taxi. Después, encontré su cartera en el asiento trasero. He venido a devolvérsela.

Se la entregué, y la miró casi sin verla. Por fin la abrió y contó los billetes. Había casi quinientos dólares en billetes de diez y veinte…, ¡todos nuevos! Yo ya los había contado la noche anterior.

—Bien… gracias —murmuró. Contempló la carterita con ojos vacuos—. Todavía no me había dado cuenta… Acabo de levantarme. Anoche fue terrible…

—Sí, señor —asentí, mirando a mi alrededor.

Era una estancia amplia, con un techo muy alto y antiguo. Los muros estaban pintados de verde, y había una chimenea monumental, estilo italiano, sumamente recargada, que dominaba la habitación. Humphries fue hacia un sillón Imperio y se hundió en él. Cogió cinco billetes, de veinte, y me los entregó.

—Aquí tiene la recompensa por haberme devuelto la cartera —dijo.

—Gracias, señor —contesté—, pero es demasiado. Con veinte dólares tengo bastante.

Sus ojos inyectados en sangre me miraron sorprendidos.

—¡Es usted un hombre honrado!

—Sí, señor, en efecto. Y usted parece enfermo. ¿Dónde está la cocina, señor?

Humphries hizo un gesto, indicando el fondo de la casa. Yendo hacia el sitio indicado, encontré una cocina espaciosa y pintada de blanco, con un refrigerador eléctrico. Abrí una lata de jugo de tomate, lo vertí en un vaso y añadí dos cucharadas de Worcestershire, con una pizca de pimienta roja.

Cuando volví al salón, Humphries estaba sentado en el mismo sitio, con los ojos cerrados. Le sacudí, tomó el vaso y lo apuró. Estuvo inmóvil unos instantes, tragó saliva bruscamente y movió la cabeza en una reacción retrasada.

—Hermano, lo necesitaba…, ¡vaya resaca! —intentó levantarse y volvió a caer débilmente—. Le estoy sumamente agradecido… y ahora voy a vestirme.

—Le ayudaré a subir, señor —me ofrecí.

Empezó a protestar; sin hacerle caso le cogí del brazo y le ayudé a ponerse en pie.

—No tengo nada que hacer —expliqué.

Ya arriba, mientras él estaba estúpidamente bajo la ducha, elegí un traje del armario, una camisa y ropa interior. Luego, le ayudé a ponérselo todo.

—Lo que usted necesita, señor Humphries… un caballero tan acaudalado como usted, es un buen hombre que le ayude. Si puedo hablar con franqueza, ya estoy harto de conducir aquel cacharro. Dígame, ¿tiene usted coche?

—No —gruñó—, resulta difícil conducir en esta maldita ciudad.

—No lo es con un buen chófer —observé—. Alguien que mantenga el auto en buen estado, y que le lleve a usted a todas partes… —hice una pausa y agregué—: Y que le recoja a usted, claro… a cualquier lugar y a cualquier hora del día y de la noche. Vaya, es algo sumamente necesario. Ya sabe, resulta peligroso ir andando por la ciudad a altas horas de la noche… llevando tanto dinero como lleva usted.

—¡Bobadas!

—No, señor. Necesita usted a alguien que le mantenga a salvo en su casa de noche, alguien que le ayude en casa por el día. Un

hombre así no tiene precio, señor. Y, si me permite decirlo, yo soy este hombre… y estoy a su disposición.

Humphries miró torpemente en mi dirección.

—¿Es usted… casado?

—No, señor —repuse vivamente, aunque sentí la bilis en mi garganta—. Estoy solo.

—¿Y su familia?

—Llevo aquí trabajando largo tiempo, pero mi familia está en Rocky, Colorado.

—¿Cómo se llama?

Se lo dije: Isham Reddick. Frunció el ceño unos instantes, y no supe si estaba complacido, disgustado, o era sólo por la resaca. Poco después murmuró:

—No hay mucha servidumbre aquí, Reddick. Sólo una criada, una mujer de limpieza, y un hombre para todo, a horas. No es mucho, y tal vez podría emplear a otra persona. ¿Cuánto quiere usted cobrar?

—Trescientos al mes, señor.

—Le ofrezco doscientos cincuenta y habitación. Yo sólo tomo el desayuno, aunque usted puede comer aquí.

—Sí, señor. Acepto.

Aquella tarde fuimos a comprar un coche. Yo estaba ansioso por saber qué haría, pero Humphries era cauteloso. En vez de adquirir un Cadillac, optó por otro más pequeño, un coche de tipo medio… un sedán negro con aplicaciones blancas. No me sorprendió, pues ello confirmaba mis suposiciones. Un hombre tan rico como aparentaba ser Humphries, no habría vacilado en pagar un precio alto. Mas Humphries tenía que pagar con un cheque personal. Le habría sido imposible pagar con billetes de diez o veinte dólares, de modo que estaba obligado a hacerlo con un cheque contra su cuenta corriente… que no deseaba agotar. Sin embargo, por lo que a mí concernía, lo mismo podía haber comprado una lancha a motor, y yo le habría conducido por la Quinta Avenida.

Aquella tarde me trasladé a una habitación de la servidumbre, en el piso alto de la casa. Con la puerta cerrada, pude relajarme por primera vez. Estaba temblando, de odio y triunfo. Me esforcé por sosegarme, aunque hubiera querido aporrear las paredes y gritar por la escalera. Tras recobrar el dominio de mis emociones, pensé

en Humphries, analizando lo que había visto. Sus ojos, de párpados gruesos, no eran grandes, y se hallaban muy hundidos en su cara; la nariz, tan larga como la que me habían descrito, se abultaba ligeramente en el puente, dándole un aspecto de ave de presa; y sus labios eran una combinación de crueldad y sensualidad. El labio superior era delgado, recto y muy estrecho, y el otro, grueso y delgado. Sin embargo, e indiscutiblemente, aquel hombre poseía un aspecto distinguido.

El mayor problema consistía en no descubrirme. En mi papel de taxista y actualmente chófer de Humphries, había aceptado mi disfraz… si merecía ese nombre. No dio muestras de haberme visto antes, ni aludió a algún parecido familiar. Me convencí de que no sospechaba nada… aunque no creía que Humphries pudiese confiar en algo o alguien en toda su vida. Estando como estaba decidido a matarle, temía que Humphries pudiese leer esta decisión en mi semblante. En consecuencia, me esforcé en mostrarme servil… haciendo todo lo posible para complacerle, sin alterar mi expresión. Y le gusté.

Aquella noche, ya tarde, con el desprecio y el odio en mi corazón, estuve sentado en mi cuarto, fumando y considerando el mejor método de matarle. Si bien gozaba pensando que podía estrangularle con mis propias manos, haciendo su agonía penosa y lo más larga posible, sabía que había un fallo. Aunque Humphries tenía unos veinte años más que yo, también era más alto y corpulento y posiblemente más fuerte. Pero me gustaba pensar en mis manos como posible instrumento de muerte, así como en pistolas, cuchillos, instrumentos romos y todas las posibles variaciones.

De todos modos, estaba decidido a escapar a las consecuencias de su muerte. Sería para mí una satisfacción muy pequeña ofrecerme para el sacrificio después de su muerte. No, esperaba rehuir la ley, y con esto en la mente empecé a planear un método con el que eludir a la justicia después de asesinar a Humphries. Determiné que Isham Reddick fuese un carácter definido, concreto, dándole un motivo para matar a Humphries; luego, Reddick desaparecería completamente. Mientras la Policía buscase a Isham Reddick, el chófer de cejas claras, bien afeitado, faltándole un diente, y llevando gafas gruesas, yo, de la noche a la mañana,

volvería sencillamente a ser Lew Mountain.

Era un buen plan e inmediatamente lo puse en acción. A medida que iba edificando el fondo del proyecto… un poco aquí, un poco allí… mantuve mis ojos bien abiertos para averiguar el otro cómplice de Humphries: el impresor. Humphries iba todos los días al centro, llevándole yo, y usualmente dejaba el coche hacia la mitad de Manhattan. Yo intenté dejar el auto a mi vez, para seguirle, y volver antes que él, mas esto resultaba muy difícil. En varias ocasiones, no obstante, conseguí verle cerca del lugar donde le había dejado. Por lo que logré descubrir, después de seguirle todo el día, se dedicaba por completo a pasar los billetes de diez y veinte dólares, comprando innumerables artículos de poco precio, que muchas veces arrojaba inmediatamente. Sin embargo, Humphries parecía poseer un depósito inagotable de billetes. Yo había registrado la casa de arriba abajo, desde el ático al sótano, buscando el lugar donde los escondía. Registrar una mansión grande no es tarea fácil. Y dediqué a ello muchas horas, puesto que sólo podía registrar algunos minutos cada vez. Siempre tenía a mi alrededor a la criada, a la mujer de la limpieza, o al hombre para todo, y no podía despertar sus recelos.

La casa de la calle Ochenta y Nueve Este era alquilada, totalmente amueblada, a una familia acaudalada que residía en Connetticut. En consecuencia, no creía que Humphries tuviese acceso a paños de pared deslizantes, cuartos secretos y pasadizos escondidos. Era simplemente una hermosa casa, y después de mi búsqueda estuve convencido de que si Humphries hubiese hallado un sitio donde esconder el dinero, yo también lo habría encontrado.

Sin embargo, tardé bastante en descubrir cómo Humphries obtenía sus billetes del impresor. Diariamente, mientras estaba por el centro de la ciudad, yo registraba su aposento y todo lo suyo. Esto no podía provocar ningún comentario de Mary Deems o la señora Lightbody, ya que yo trabajaba también como ayuda de cámara. No hallé dinero en las ropas de Humphries ni en su habitación, y jamás encontré el menor atisbo de correspondencia… ni pista alguna. Excepto una vez.

Junto al lecho de Humphries había un teléfono con línea directa al exterior; además, había en la mansión varias extensiones. Aunque el del dormitorio no poseía extensión, no había en él nada

misterioso, ni era su número ningún secreto. Sobre la mesita, al lado del teléfono, había una libreta. Un día, descubrí unos trazos en el bloc. La hoja de papel de encima, en la que había escrito las palabras originales, había sido arrancada dejando una identificación en la hoja de abajo. Pude leer las palabras: «Magarian-2:00». Dejé el bloc en su sitio y bajé a la terminal del autobús.

En las cabinas telefónicas de dicha terminal, se hallan todos los listines de Nueva York, así como los de las ciudades vecinas de Nueva Jersey y Connetticut. Había bastantes Magarian alistados, mas no la Magarian Printing Company. Obviamente, no podía averiguar nada, de modo que regresé a casa. Pensé pedirle ayuda a Dave Sherz, mas por entonces ya había decidido que un asesinato es tarea solitaria.

Por regla general, a las diez de la noche, recogía a Humphries en un café, después de cenar él, y le llevaba, junto con una chica a una sala de fiestas. Tras dejarle allí, me ordenaba regresar a buscarle a una hora determinada. Entonces, yo solía apostarme en la esquina, lejos del club. Luego, pasaba tres o cuatro horas aguardándole. La mayoría de las veces, cuando salían, la chica estaba tan bebida que tenía que llevarla prácticamente sobre los hombros. Las mujeres todas eran iguales: muy bonitas de cara, muy maquilladas, con los instintos rapaces de los gavilanes muy desarrollados. Siempre me sorprendió que Humphries consiguiese encontrar tantas, y eventualmente decidí que seguramente serían *call-girls*[5]. A menudo, Humphries se llevaba la chica a casa, aunque a veces le daba dinero dentro del coche, llevándola luego a un taxi. En algunas ocasiones, alguna acompañaba a Humphries hasta la casa, y después yo la conducía a su domicilio. Invariablemente, vivían en una pensión barata del centro.

Cuando descubrí el método de Humphries de obtener el dinero, se debió a un error mío. Nunca lo hubiese adivinado, a no ser porque Humphries entró una noche en un nuevo club… que carecía de puerta posterior. Él y la chica llevaban ya varias horas dentro. Yo aguardaba en la esquina, como de costumbre, cuando vi a Humphries salir apresuradamente. Cogió un taxi y se largó en dirección opuesta a la mía. El taxi dobló la otra esquina y desapareció, y cuando yo llegué al cruce ya no estaba a la vista. Volví a mi esquina y esperé. Al cabo de media hora, Humphries

estaba de vuelta en el club.

Entonces lo imaginé todo. Lo referente a los clubs y a las chicas. Humphries emborrachaba a su acompañante, se levantaba de la mesa, corría a visitar al impresor, y volvía. La chica, borracha, no sabía si él había estado ausente tres minutos o treinta, por lo que siempre podía establecer una coartada para la velada.

Después de esto me dediqué a vigilar las salidas laterales o posteriores de todos los clubs, e invariablemente Humphries aparecía, tomaba un taxi y yo le seguía. Sólo tardaba unos minutos en llegar a un *drugstore* o un restaurante, a cualquier sitio… dejando que el taxi aguardase fuera. Humphries penetraba en el local… y no tardaba en salir. Volvía a subir al taxi. ¡De vuelta al club! Era muy sencillo, pues jamás tenía que acercarse siquiera a la imprenta.

Seguramente, de día, Humphries llamaba al impresor y le comunicaba a qué club pensaba acudir por la noche. Luego, concertaban la cita para algún sitio próximo a aquél, y el impresor le entregaba el dinero a Humphries rápidamente. Nunca asistí a la transacción, ni vi al impresor; era peligroso seguir a Humphries tan de cerca, puesto que podía verme. Después de espiar a Humphries y observar su rutina varias veces, por pura precaución, dejé de seguirle.

Comprendí, con sardónico placer, que Humphries no sacaba ningún gusto de la vida. Trabajaba mucho durante el día para cambiar los billetes, a fin de pagar el gasto de la casa y los sueldos relacionados con ella. Y constantemente trabajaba bajo la tensión de un posible tropiezo o descubrimiento. Todas las noches, se dirigía a un café, escogía a una chica, establecía la coartada, y se ponía en contacto con el impresor. No tenía oportunidades de trabar amistades ni descansar o relajarse. Sólo podía beber. Humphries se hallaba en un laberinto, corriendo mucho y siempre sobre el mismo sitio, para ir viviendo. Naturalmente, gastaba mucho en ropas y joyas, pero aparte de esto, ¿dónde estaba el goce, si solamente las prostitutas y su ayuda de cámara podían admirar aquel lujo?

En la fiesta del cuatro de julio[6], Humphries anunció que se iba a un albergue situado cerca de Bear Mountain, por unos días. Yo tuve que llevarle allí, y después de sortear el denso tráfico de Nueva York, cortando por Nueva Jersey, volvimos al Estado de Nueva

York. Durante el trayecto, Humphries sacó un cuaderno del bolsillo, escribió algo y me dio una hoja de papel.

—Le llamaré para que venga a recogerme —gruñó—, cuando esté dispuesto a regresar. Si ocurre algo en casa, llámeme. ¿Entendido? —Indicó el papel—. Aquí tiene el número de teléfono.

—¿Qué puede suceder, señor?

Bruscamente irritado, saltó del coche con impaciencia, y yo le seguí al albergue acarreando el pesado equipaje.

—¿Cómo puedo saber si ocurrirá algo o no? Pero si pasa alguna cosa, llámeme.

—Sí, señor —le aseguré.

Ya en el coche, examiné la nota. Humphries había garabateado: «Reddick… Bear mt. 8500». Bear Mountain 8500 era el número del albergue. Lo había escrito en una hojita de papel azulado… y deliberadamente, arranqué un borde. Cuando hube terminado de hacerlo, leí: «Reddick… mt. 8500».

Metí cuidadosamente el papel en mi bolsillo.

Al regresar a la ciudad, me detuve en casa Duval, una tienda de objetos de magia de la Octava Avenida cerca de la calle Cuarenta y Cuatro.

Como todas las tiendas de magia profesionales, estaba situada en el segundo piso del edificio, para impedir que entren a comprar personas que no pertenecen a la profesión. Esas tiendas se especializan en fabricar artículos y actos mágicos altamente complicados, vendiendo muy pocos cada año, aunque también venden otros productos más populares. En la tienda Duval, siempre había el mismo encargado, Harry Lohr, y yo adquiría regularmente allí todo lo que necesitaba. En la mayoría de tales establecimientos, permiten que los parroquianos guarden sus útiles, cuando no los usan o no tienen contrato… y ellos se encargan de tenerlo todo en buen estado. Cuando entré en casa de Humphries, llevé mi baúl teatral a casa de Duval, para que lo guardase. La tienda está siempre abierta hasta tarde. Me metí las gafas en el bolsillo, y mantuve el labio hacia abajo para disimular la falta del diente. Al entrar, me saludó Harry:

—¿Qué te pasa, Lew? Pareces otro muchacho.

—Oh, más joven —bromeé—. Me he afeitado el bigote para poder coger la bala con los dientes —le espeté.

Era una broma antigua. Unos años atrás, apareció un inventor con una composición que se disolvía tras pasar a través de un cristal de medio centímetro de espesor. Una bala hecha con tal sustancia podía pasar a través del cristal, dejando un agujero, y desaparecer luego sin dejar rastro. Un ilusionista, con una bala auténtica en la boca, podía crear la ilusión de coger la verdadera bala con los dientes, después de haber sido disparada una pistola a través del cristal. Sí, era un truco de primera clase. El fulano que lo inventó le vendió la idea a Harry. Éste adquirió la sustancia adecuada y me enseñó el truco. Me gustó, y mientras lo ensayaba, se me agotó uno de los ingredientes de la composición para imitar las balas. Harry telefoneó al número que el inventor le había dejado, pero el tipo se había largado. No conseguimos encontrarle, ni volvimos a verle nunca más… ni le vio nadie más. Porque ese truco no lo ha hecho nadie jamás.

—El tercer cuarto hacia el fondo —me indicó Harry—. Lo encontrarás tú mismo.

Pasé por en medio de habitaciones llenos de estanterías repletas, cofres atestados, disfraces, máscaras, y medio siglo de coleccionar todos los artículos necesarios para crear ilusiones en un escenario. Llegué a una habitación casi desnuda, donde sólo había una media docena de baúles reforzados. No tuve dificultad en reconocer el mío. Del mismo saqué un montón de billetes de teatro, no los ordinarios de color verde y naranja que se ven en las tiendas de magia, sino unas imitaciones muy razonables de billetes auténticos, en cuanto al color y el tamaño. Naturalmente, aquellos billetes estaban cubiertos con una escritura falsa, con palabras de doble sentido y retratos distintos de los reales. Nunca hubiera podido pasar por dinero auténtico, pero los ilusionistas sustituyen los verdaderos por éstos cuando fingen romper, en tiras los de un espectador ante los ojos del auditorio. A corta distancia, es difícil observar las diferencias. Mi baúl estaba lleno de miles de artículos semejantes, pero finalmente conseguí cerrarlo de nuevo.

Ya en mi cuarto del piso alto, envolví el rollo de billetes falsos con otros auténticos de mi propiedad. ¡Formé un montón que hubiese impresionado incluso a un Banco!

A la noche siguiente llevé a Mary Deems a un cine y a cenar. Era una mujer muy agradable que salía muy poco de casa y estaba

ansiosa de complacerme. Cuidadosamente, fue pidiendo los platos más baratos de la minuta; sin embargo, yo tenía que enseñarle el fajo de billetes, cosa que hice a la primera ocasión. La vista de tanto dinero casi la asustó. Era lo que yo quería.

Llevaba Humphries tres días fuera, cuando la mañana del cuarto leí una noticia en la página nueve del diario matutino. La noticia decía que un hombre identificado como Adrián Magarian, propietario de la Imprenta Inland, había sido hallado muerto en su despacho. Por lo que leí, la imprenta era una tiendecita situada cerca de la calle del Canal, y la Policía creía que la muerte se debía a un atraco. Habían golpeado a Magarian en la cabeza, saqueando la tienda. A juzgar por el lugar donde habían publicado la noticia, quedaba patente que Magarian no era un tipo importante.

Decidí que la Policía no había encontrado las planchas falsas de Humphries, de lo contrario la noticia habría merecido los honores de la primera plana. Me pregunté si le habría liquidado Humphries… u otra persona, para robarle. Me incliné por la teoría Humphries, ya que seguía su norma: nada de cuchillos ni pistolas. Entonces quise saber cuál era su reacción, y le llamé al 8500 de Bear Mountain, el número que me había dado. Cuando se puso al teléfono, le manifesté:

—Señor, no sé si es algo importante, pero he preferido molestarle.

—Sí, ¿qué pasa?

Su gruñido me sonó algo forzado.

—Un tipo acaba de llamar a casa —expliqué—, preguntando por usted. Contesté que estaba usted fuera de la ciudad. También quería saber si yo podía ponerle en contacto con alguien llamado Magarian.

—¿Cómo?

—Magarian.

Hubo una larga pausa.

—Nunca he oído ese nombre —dijo él al fin—. ¿Quién llamaba?

—No lo sé. No quiso decirlo.

—¿Sabe si volverá a llamar? —la voz de Humphries aparecía indiferente.

—No lo dijo.

Al cabo de un momento, Humphries observó:

—¿Por qué me ha llamado?

—Usted me ordenó hacerlo si ocurría algo.

—Y bien, ¿qué ha ocurrido?

—Nada —admití servilmente—, salvo que llamó ese tipo. Y pensé que podía ser importante.

—Pues no lo es —replicó Humphries, recobrando su característico gruñido texano—. Incidentalmente —añadió con tono casual—, ya estoy harto de estar aquí. No he puesto los pies fuera desde que llegué; creo que será mejor que venga a recogerme… esta misma tarde.

—Sí, señor.

Ni entonces ni más tarde le mencioné la noticia del periódico, ni él se refirió jamás a ello. Sin embargo, nunca logré apartar de mí el convencimiento de que Humphries había usado su excursión a Bear Mountain como una coartada, para poder regresar calladamente a Nueva York y liquidar a Magarian. Lo cierto era que el impresor estaba muerto, y yo no tardé en descubrir que Humphries seguía en posesión de las planchas.

Que Humphries conocía a Magarian y sabía que había muerto lo demostraban sus actos de omisión. Durante varias semanas, hasta pasado el primero de agosto, Humphries no frecuentó ni cafés ni clubs nocturnos. Luego, de pronto, volvió a su antigua rutina de escurrirse a medianoche de los clubs, por lo que comprendí que había encontrado otro impresor.

Mientras tanto, yo iba desarrollando mis planes. Como motivo para que Isham Reddick matase a Humphries escogí el chantaje… con un caballo. Usualmente, es el chantajista el muerto, no la víctima. Bien, yo cambié esta norma, ya que el chantajista mataría a la gallina de los huevos de oro. La Policía se imaginaría que yo había llevado a mi víctima hasta el fin de la resistencia, y que para impedir que se revolviera contra mí, lo había matado. Enseñando mi fajo de billetes por toda la casa, dejé caer ciertas insinuaciones referentes al origen de mi fortuna. Deliberadamente le presté dinero al hombre para todo, un verdadero asno. Para adornar el cuento, cogí un sobre que llené de cifras fantásticas, incluyendo el número 8500… con el exclusivo fin de que lo encontrara Lightbody. Supuse que más adelante se acordaría y lo mencionaría en el momento oportuno.

Aunque mis tres mil dólares se iban agotando vertiginosamente, era necesario que mi historia fuese convincente. La Policía tenía que creer que yo estaba exprimiendo a Humphries como un limón. Para dejar un rastro claramente marcado, adquirí un reloj de pulsera, de oro, varias joyas, trajes, equipo deportivo, y todo lo que se me ocurrió; no estaba seguro de que la Policía descubriese todas mis compras, pero sabía que al menos se enteraría de algunas.

En una cosa cometí un grave error. Era importantísimo que tuviese una dentadura completa el día que saliese de casa de Humphries después de matarle. La Policía buscaría a un hombre al que le faltaba un diente. Pero no me acordaba del sitio dónde había dejado el mío postizo. No recordaba haberlo visto desde que me trasladé a casa de mi futura víctima, ni pude encontrarlo. En consecuencia, tenía que hacerme otro. Comprendía que el dentista podía recordar haberlo fabricado y que, por tanto, posiblemente se lo comunicaría a la Policía. Lo cual alteraría la descripción que harían circular de mi persona, mas decidí que el dentista seguramente tardaría varios días en acudir a la Policía, lo cual me daría un buen adelanto para huir.

Llamé a un odontólogo llamado Boss y fui a verle. Tratando de pasar lo más inadvertido posible, me atuve a mi papel de Isham Reddick, un chófer pobre, muy trabajador. Como tenía que dar una dirección y un número de teléfono, no me atrevía a utilizar un nombre falso por si Boss llamaba alguna vez, quizá para anular una visita. Si sospechaba de mí, me recordaría antes. Bien, me entregó un nuevo diente.

Todavía tenía que decidir por qué método mataría a Humphries. Había estado tan ocupado buscando la mejor forma de protegerme, que continué demorando aquella solución final. Finalmente, llegué a la conclusión de que lo mejor sería dar el golpe estando fuera de la ciudad, determiné desnudar el cadáver y esconderlo donde pudiese pasar desapercibido algunos días. Esto me concedería aún más tiempo para desaparecer. Sin embargo, Humphries no mostró deseos de salir de la ciudad.

Poco después del primero de noviembre, comencé a sugerir unas vacaciones cortas, anhelando despertar en él una sensación de cansancio. Indirectamente, recomendé un viaje a Virginia, pero se negó a morder el cebo. Cada día se mostraba más taciturno y

sombrío. Cuando le conocí, Humphries era un hombre expansivo, farolero, casi siempre borracho. Desde su regreso de Bear Mountain, en julio, se había ido deteriorando. Posiblemente le tenía preocupado la idea de que alguien estuviera enterado de sus relaciones con Magarian; o tal vez la tensión de tener que pasar, todos los días, los billetes falsos, le estuviera debilitando. Lo cierto era que la exuberancia del falso texano se iba extinguiendo; ocasionalmente, abandonaba su falso acento sureño y mostraba menos interés en mantener su apariencia.

Me producía una agradable satisfacción contemplar el aniquilamiento de Humphries y por esto seguí demorando el golpe final. La idea de sacarle de la ciudad se fundaba, quizá subconscientemente, en la idea de retardar mi acción final. Yo, en realidad, tenía muchas oportunidades de entrar en su dormitorio por la noche, y alojarle simplemente una bala en la cabeza.

¡Mas al fin me vi obligado a aceptar la decisión!

El propio Humphries me obligó a ello. La mañana del veinte de noviembre, se levantó con la resaca de costumbre. La noche anterior estuvo ausente del club más de una hora, cosa inaudita, y cuando volvió llevaba un gran paquete envuelto en papel manila y bien atado. La chica que estaba con él se había fijado en su ausencia, y los dos discutieron coléricamente en el coche. De pronto, me ordenó parar y, muy enojado, paró un taxi y metió en él a la joven.

Sentado al borde de su cama, tomándose una aspirina y sorbiendo un mejunje inventado por mí, suspiró:

—Reddick, tengo malas noticias. He decidido cerrar esta casa y regresar a Texas.

—Lo siento —asentí.

Recordando el paquete de aquella noche, comprendí que Humphries se había hecho devolver las planchas. Posiblemente pensaba que ya había tentado demasiado a la suerte en Nueva York o tal vez había vuelto a tener algún lío con el nuevo impresor. Sea como fuese, se largaba de la ciudad.

—Sí, vuelvo a Texas —repitió—. Dentro de una semana. No le doy mucho tiempo, pero le pagaré quince días.

—¿Y Mary Deems?

—La Deems cuidará de la casa en nombre de sus propietarios.

Por un momento, hizo girar el licor en el vaso, contemplándolo intensamente, evitando mis ojos.

—Yo, eh… —dijo al fin—, le agradeceré que no le diga nada antes de que yo lo haga.

Nada más. Humphries proyectaba marcharse quedando seguramente a deber varios alquileres. Y temía que Mary Deems avisase a los propietarios de la mansión. Momentáneamente, no comprendí por qué me había dado a mí la noticia, mas luego vi que era a causa del coche. Humphries era muy mal conductor y necesitaba vender el auto.

—Sí, señor —consentí—, no diré nada.

Aquella tarde fui a adquirir un pasaje de avión para Francia. Pensaba matar a Humphries la madrugada del veintitrés de noviembre. Cuando la Policía averiguase que Isham Reddick había comprado un pasaje para París, la noticia les mantendría confusos un par de días. Particularmente, por no haber yo sacado pasaporte, por carecer la Policía de ficha criminal… y, por consiguiente, por no poder estar seguros de no haber yo desaparecido con otro nombre.

Al día siguiente, veintiuno de noviembre, busqué a alguien que comprara el auto, visitando a varios comerciantes y repitiéndole a Humphries las ofertas recibidas. La mañana del veintidós, Humphries se levantó antes de lo acostumbrado, sereno. Me dijo que estaría todo el día en el centro, y no volvería a casa hasta muy tarde. Le llevé hasta la calle Cincuenta y Siete y la Quinta Avenida, donde saltó del coche delante de un Banco. Aquella tarde, a la hora de cenar, fingí haber recibido una llamada de Humphries, y le comuniqué a Mary que podía tener la noche libre y todo el día siguiente. La mujer se alegró mucho de poder ir a visitar a su madre que vivía en San Albans. También di la misma noticia a los Lightbody.

Mary Deems salió de la casa hacia las siete de la tarde. A las ocho fui hacia el centro y me detuve a comer un bocadillo; luego, volví a casa de Duval. Saqué de mi baúl una pistola del «32» que había utilizado cuando ensayaba el truco de coger la bala con los dientes. Al salir, le pregunté a Harry:

—¿Tienes balas?

—¿Vacías?

—No, normales —levanté el revólver y sonreí—. ¿Te acuerdas del truco? Tengo otra idea.

—Ten cuidado, Lew. No te olvides del fulano que se mató en aquel escenario de Londres.

—Seguro, pero ahora tengo una idea para una ilusión, disparando sobre una almohada… Necesito algunos cartuchos.

—Sí, hay varios por aquí —replicó Harry.

Rebuscó por las estanterías y al final encontró una caja parcialmente llena de proyectiles del «32».

—¿Te sirven?

Tras meter uno en la recámara, exclamé:

—Sí, seguro. ¿Qué te debo?

—Llévate la caja —rio Harry—. Nadie los quiere.

—Gracias, pero no necesito tantos.

Llené el cilindro y le devolví la caja.

Eran más de las nueve cuando regresé a la calle Ochenta y Nueve. La mansión estaba a oscuras, exceptuando la luz de la entrada, que yo había dejado encendida. Subí a mi cuarto, donde me quité la chaqueta y el sombrero, y volví al segundo piso. La enorme mansión, de pronto, me pareció siniestramente silenciosa. Estuve aguardando en la oscuridad, lo mismo que la casa, con las sombras a nuestro alrededor, estrechándose en las tinieblas. El pozo de la escalera, que ascendía en espiral por el corazón de la mansión, era un vacío negro que suspiraba y crujía angustiadamente. A mi alrededor, los pasillos desiertos, las habitaciones vacías, estaban llenos del espectro de todos los asesinos desde el principio de los tiempos. Mis pasos parecían estremecer los muros hasta sus cimientos, amenazando con derrumbar la construcción.

Al extremo del oscuro corredor abrí la puerta del dormitorio de Humphries… el mejor cuarto de la casa. Estaba a un costado del inmueble, con una puerta cerrada que daba al pasillo de la servidumbre, hacia la cocina. En torno a dicho pasillo había varios armarios y un baño. Junto al pasillo se hallaba un vestuario que, a su vez, daba también al dormitorio. Esta estancia era muy grande con una enorme chimenea a un extremo.

En algún lugar del dormitorio estaban escondidas las planchas de Will Shaw. Humphries las había ocultado allí. Traté de encontrarlas. Retrocediendo hacia el pasillo, empecé a registrar los

armarios y alacenas… mirando en todas las cajas y cajones, palpando las ropas, buscando en los estantes, en los rincones… Metódicamente, examiné el cuarto de baño, miré dentro del depósito del W. C., en el vestuario, en las cómodas, en todos los cajones. Finalmente, las encontré en el dormitorio, detrás de los leños de la chimenea. Cogí el paquete, fui hacia la cama y deshice el envoltorio. ¡Allí estaban! Toda la serie… manchada de tinta, pero tan perfectas como cuando fueron fabricadas tan sin mácula como cuando yo las había visto, con Tally, en Filadelfia.

—¡Maldito hijo de zorra!

Dando media vuelta, me vi delante de Humphries. Estaba en el umbral dé la puerta que conectaba el dormitorio y el vestuario, con el rostro desencajado por el furor. Rápidamente, vino hacia mí, muy juntas las arrugas de su frente, y formando la piel del puente de su larga nariz una «V». A la débil luz de la habitación, sus ojos no eran más que unas sombras opacas.

Mis manos, actuando más de prisa que mi cerebro, exhibieron la pistola.

—No se mueva —le espeté.

Al sonido de mi voz se detuvo. Dejo colgar flácidamente los brazos a los costados y por un momento me observó… como mirando a un desconocido.

—¿Reddick? —preguntó roncamente— y ¿qué quiere usted?

—Retroceda tres pasos —le ordené—, y levanté las manos en el gesto tan conocido y clásico.

Tras obedecer mis órdenes, volvió a preguntar:

—¿Quién es usted?

—Usted siempre me ha llamado Isham Reddick.

—¡Éste no es su nombre!

—¿Y si me llamase Adrián Magarian? Tal vez yo sea una reencarnación.

—¡Maldición! Dejé de jugar al gato y al ratón. ¿Quién es usted y qué quiere?

Ya no fingía con su acento texano.

—Bueno, supongamos —repliqué—, que me llama usted Te. Es decir, T y E.

—¿Te? ¿Qué nombre es éste? ¿Cree que puede burlarse de mí?

—No pretendo burlarme de usted en absoluto —contesté—. Mis

iniciales son M y T. Mi nombre completo, para usted, es Muerte.

El sudor perló su frente. El segundo anterior, la tenía completamente seca, y ahora estaba húmeda con mil gotitas de sudor.

—¡Está usted loco! —gritó, con voz quebrada.

—En absoluto —negué.

Pero en aquel momento sí estaba loco. Tenía la boca seca, tanto que necesitaba formar antes cada palabra con los labios… antes de intentar pronunciarlas.

En el fondo de mi garganta, sentía la mordedura de la bilis. Humphries dio otro paso hacia atrás.

—Así está bien —asentí con benevolencia—, siga andando. Usted y yo vamos a bajar al sótano. Y allí le mataré. Podría hacerlo aquí, pero los vecinos oirían los disparos. Mientras tanto, dé media vuelta y avance.

Gesticulé con el revólver y, volviéndose con movimientos envarados, salió de la habitación. Le seguí. Tropezando por la escalera, pasó por el vestíbulo, y luego se dirigió a la cocina.

—Vamos al sótano —repetí, con voz tan rasposa y tensa que apenas podía hablar—, porque hay seis balas en este revólver, y pienso meterle cuatro en el cuerpo. Lentamente… La quinta se la alojaré en la cabeza. El sótano está limpio y es muy tranquilo… prácticamente a prueba de sonidos. Lo sé… porque he pensado en ello a menudo.

Detrás de la cocina se abría el vestíbulo posterior, donde se hallaba la escalera que conducía al sótano. Lentamente, muy despacio, Humphries abrió la puerta; tenía los ojos ciegos, sin ver… muy abiertos por el miedo.

—Encienda la luz —le ordené.

Sus dedos arañaron desvalidamente a un lado de la puerta. Por fin, yo mismo di la luz.

Humphries empezó a bajar.

Yo le seguí.

21

Humphries levantó la mano y prestó juramento.

—¡Juro decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, así Dios me salve!

Cuando se hubo sentado en la silla de los testigos. Denman se le acercó, en medio del silencio de toda la sala, y dijo:

—Deseo que le cuente al jurado, y al tribunal, con sus propias palabras, qué sucedió exactamente entre usted e Isham Reddick la noche del veintidós de noviembre pasado, en su casa de la calle Ochenta y Nueve Este.

El abogado defensor miró hacia los jurados, que a su vez le estaban contemplando atentamente, junto con el acusado.

—Tiene que contar todas las circunstancias, tal como me las relató a mí, y yo no le interrumpiré… a menos que sea necesario aclarar algún extremo, o para formular una pregunta. Bien, señor Humphries, empiece, por favor.

Humphries estuvo callado un momento, mirando al techo, tras haber escuchado, al parecer sólo en parte, el discurso de Denman. Finalmente, cuando el abogado dejó de hablar, en actitud deferente, Humphries volvió a concentrarse en la sala, y mirando por encima de las cabezas de los miembros del jurado, empezó con voz sin expresión:

—Aquel día estuve en el centro de la ciudad. Fui al Banco a retirar algún dinero y por la tarde adquirí diversos artículos para las vacaciones que proyectaba emprender. Después de cenar algo tarde, decidí volver a casa, y como no quise esperar a que Reddick viniese a recogerme con el coche, tomé un taxi. Cuando llegué a casa, observé que todas las luces estaban apagadas, salvo la del vestíbulo, y otra en mi dormitorio. Esto me pareció extraño, pues la casa debía de haber estado brillantemente iluminada… y mi dormitorio a

oscuras. Abrí la puerta con mi llavín y entré. Mary Deems no estaba por allí, aunque cabía la posibilidad de que estuviera en su cuarto.

—¿Le había dado permiso para salir aquella noche? —intervino Denman.

—¡Oh, no, no! —Negó Humphries—. Volví al vestíbulo y subí al segundo piso, sin hacer ruido. La puerta del corredor que da a mi dormitorio estaba abierta y entré… pasando por el vestíbulo. Entonces encontré a Isham Reddick registrando todas mis cosas. Había cogido unas joyas, y cuando le vi estaba sacando una gran cantidad de dinero de una cartera que yo había dejado encima del tocador.

Humphries hizo una pausa para humedecerse los labios.

—Me vio en el mismo momento. Instantáneamente, sacó un revólver y me obligó a levantar los brazos. Yo estaba desarmado… enteramente indefenso, y tuve que obedecer. Traté de razonar con él, pero estaba loco… gritando y amenazándome.

—¿Qué le dijo a usted, señor Humphries?

—Hablaba atropelladamente… casi tartamudeando, y gran parte de lo que dijo no tenía sentido, Reddick afirmó que se llamaba TE, y que sus iniciales eran M y T, y que todo el nombre completo era Muerte… ¡Oh, fue una pesadilla! Le dije que podía quedarse con el dinero y las joyas… y que se marchase.

—Durante todo el tiempo que Isham Reddick trabajó para usted —volvió a intervenir Denman—, ¿había dado algún signo de locura, o estaba sujeto a paroxismos de furia?

—No —denegó Humphries—, aunque no era el tipo normal que uno emplearía como chófer. A menudo padecía… no completamente irrespetuoso, aunque sí un poco divertido por algo… como si se complaciese en algún secreto. Sin embargo, siempre cumplió perfectamente con sus obligaciones. De haber pensado un solo instante que tenía un chiflado a mi servicio, lo habría despedido inmediatamente.

—Está bien —asintió Denman—, siga, por favor.

—Medité rápidamente, mientras Reddick me apuntaba con el revólver, que tal vez podría escapar del dormitorio. No estaba muy lejos de la puerta, y lo intenté, pero me vio. De pronto me ordenó dar media vuelta y bajar al sótano. Como ya saben, se trata de una casa grande y se necesitan algunos minutos para recorrer el segundo

piso y bajar al vestíbulo posterior… donde se halla situada la escalera que conduce al sótano. Todo estaba a oscuras, y por el camino traté de planear algún medio de escapar, mas Reddick estaba detrás de mí, con la pistola, gruñendo incesantemente.

—Señor Humphries, ¿no recuerda qué decía?

—Sí, me amenazaba con una muerte lenta, aseguraba que iba a torturarme, que dispararía contra mí cuatro o cinco veces…

—Entonces, ¿puede afirmarse que estaba usted mortalmente asustado por su vida?

—¡Jamás lo había estado tanto!

Bruscamente, Humphries sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó la frente. Tras devolverlo al bolsillo, lo exhibió de nuevo para secarse las palmas de las manos.

—En lo alto de la escalera que conduce al sótano —prosiguió—, Reddick me ordenó encender la luz. Es la última cosa que recuerdo claramente. Sabía que iba hacia la muerte… hacia una ejecución… y cada paso me resultaba más difícil, menos claro, menos real. La escalera del sótano es larga, y mientras bajaba, no sé en qué momento, perdí todo contacto con la realidad…

—Me gustaría que precisase un poco más —le interrumpió el defensor—. Dice que perdió todo contacto con la realidad. ¿Recuerda acaso haber llegado al último peldaño?

—Sí —asintió el acusado lentamente—. Pero sólo es una impresión, no un hecho. Bajar aquella escalera era como hundirse en la nada… y me sentía rodeado por todas partes de una terrible negrura… Mi cuerpo se movía mecánicamente… con independencia de mi cerebro… sin el menor contacto entre ambos. Por fin, llegué al sótano, di el último paso, y mi mente quedó totalmente en blanco. Me hundí en las tinieblas.

—¿Es eso todo lo que recuerda de aquella noche?

—Sí, señor. Todo.

—¿Qué recuerda de lo ocurrido después?

—Posiblemente habían ya transcurrido doce o catorce horas. Tuve conciencia de un ruido… un ruido que se repetía a lo lejos. Después de lo que me pareció mucho tiempo, comprendí que era el timbre de la casa. Me sacudí del letargo…

—¿Dónde estaba usted cuando recobró el conocimiento?

Humphries sacudió la cabeza admirativamente.

—Me hallaba tendido en mi cama… en mi dormitorio.

—¿Completamente vestido? —inquirió Denman.

—No. Sólo tenía puesta la camiseta y los calzoncillos.

—¿Dónde estaba el traje que usted llevaba la noche anterior?

—Colgado en el armario, según descubrí después. Me dolía terriblemente la cabeza… y me pregunté por qué alguien… Mary Deems o Reddick no contestaba al timbre.

—Ha mencionado a Reddick. ¿Cuándo recordó lo ocurrido, la noche antes?

—No al momento. Salté de la cama y me puse un batín. Bajé y abrí la puerta… Era la Policía.

—Cuando abrió a la Policía, ¿qué dijo usted?

—Durante unos instantes no comprendí por qué estaban allí. De pronto me acordé de Reddick y de lo ocurrido la noche antes… de cuán cerca había estado de la muerte. Inmediatamente, pensé que habría huido y se habría metido en algún lío. Y creí que la Policía venía por su causa.

—Cuando le pidieron entrar, ¿les cedió el paso?

—Ciertamente. Yo no tenía nada que ocultar.

A partir de aquel momento, hasta mediodía, Denman continuó reconstruyendo toda la historia de Humphries. Sólo podía elaborarla con el único testigo que tenía: el propio acusado, y éste no podía introducir ninguna novedad. Cuando terminó, Denman estudió atentamente a los miembros del jurado, que desfilaban en busca del almuerzo. Once rostros estaban impasibles…, pero uno… sólo uno. A Denman le pareció haber detectado una leve señal de credulidad.

Cuando por la tarde volvió a reunirse el tribunal, Cannon dio comienzo a su contrainterrogatorio.

—Diga, señor Humphries —preguntó—, ¿qué fue del dinero y las joyas que Isham Reddick estaba robando supuestamente cuando usted lo descubrió?

Denman protestó inmediatamente, siendo apoyado por el tribunal.

—Está bien —prosiguió Cannon—. Usted ha afirmado que Isham Reddick le robaba las joyas, ¿correcto?

—Sí.

—¿Volvió a ver dichas joyas?

—No.

—La Policía no halló su rastro. Tampoco estaban en la casa. ¿Las buscó usted?

—No lo sé…

—¿No lo sabe? —Cannon fingió sorpresa—. Usted sabía que Reddick se había apoderado de ellas, y no las buscó… Esto es muy extraño.

—No… no pensé en ello… Supuse que se las había llevado consigo.

—¿Poseía usted otras joyas… aparte de las que él robó?

—Sí, quedaron algunas.

—Pero no sabe cuáles se llevó, ¿eh? Sólo sabe las que dejó. ¿No pudo dejar todas las joyas?

—No, señor.

—¿Y el dinero? Usted ha declarado que en su cartera había una fuerte suma de dinero.

—Sí, señor.

—Y aquel mismo día, usted fue al Banco a retirar más dinero. ¿Para qué necesitaba tanto?

—Bueno… pensaba tomarme unas vacaciones…

Debido a las respuestas evasivas y poco definidas de Humphries, Cannon estaba convencido de que el testigo no declaraba la verdad. El fiscal, por tanto, continuó ensañándose con él, torturándole, apremiándole y atosigándole a preguntas. Finalmente, concluyó:

—Señor Humphries, usted dice que cuando llegó al sótano, digamos al último peldaño de la escalera… perdió todo contacto con la realidad. ¿Quiere decir con esto que se desvaneció… que perdió el conocimiento?

—Sí, señor.

—Y después de perder el sentido, ya no recuerda nada de lo ocurrido en doce horas.

—Exacto. No recuerdo nada.

—¿No recuerda haber matado a Isham Reddick?

—No, señor. Yo no le maté.

—¿No recuerda haber matado a otra persona?

—No, señor.

—¿No recuerda haber descuartizado el cuerpo de Isham Reddick y haberlo metido en el horno?

—Yo no le descuarticé… ni arrojé su cadáver al horno.

—¡Usted no se acuerda de ello! —proclamó Cannon.

—No, señor, no me acuerdo. Aunque sé que no lo hice.

—Entonces, ¿no recuerda haber descuartizado a Isham Reddick, y haber metido los pedazos en el horno?

—¡No!

—¿No recuerda cómo había cenizas en el horno, cómo había manchas de sangre en el sótano, cómo estaban diseminados algunos fragmentos del cadáver en torno al sótano, como si fuera un matadero?

—No, señor. No sé nada de todo eso. No recuerdo nada. Sólo sé que no pude hacerlo.

—Pero recuerda que había otra persona presente aquella noche en el sótano, ¿o no?

—No lo recuerdo.

—¿Absolutamente nadie?

—No me acuerdo de nadie. Ni recuerdo nada hasta la mañana siguiente.

—La mañana en que usted despertó en su cama, descansado tras una noche de dormir, y después de haber escapado milagrosamente de las manos de un loco asesino… como le ha descrito usted, ¿verdad?

Humphries miró desvalidamente a Cannon. Nerviosamente, se tironeó del cuello de la camisa, y con gran esfuerzo juntó las manos, obligándolas a estar quietas. La presión de sus manos dejó sus nudillos en blanco.

—¿Le extorsionaba Isham Reddick… le pedía dinero?

Cannon continuó implacablemente el interrogatorio.

—No, señor.

—¿Tenía algún motivo para odiar o temer a Isham Reddick?

—No, señor… aparte de haberle sorprendido robando.

—¿Fue esto suficiente para que él quisiera matarle? Especialmente después de haberle dicho usted que podía huir con las joyas y el dinero…

—Pues…

—Pues, ¿qué?

—Isham Reddick estaba loco.

—¿Lo bastante como para suicidarse, descuartizarse y meterse

en el horno? ¿Y luego, limpiar el sótano?

—No…

—Entonces, ¿quién mató a Isham Reddick? ¿Quién le descuartizó, quién dispuso de partes de su cuerpo?

—No lo sé —admitió Humphries con voz débil, desconsolada—, salvo que no fui yo.

—Fue un asesinato planeado cuidadosa, diabólicamente y llevado a la práctica con refinada crueldad. Alguien tuvo que hacerlo. Y para ello, ese alguien tuvo que estar allí. ¿Había alguien más en el sótano?

Débilmente, Humphries se guareció en su defensa.

—No lo sé… No me acuerdo…

Mientras Cannon continuaba con su incesante interrogatorio, Denman no quitaba ojo de un miembro del jurado… el mismo en el que ya se había fijado aquel mediodía. Sus miradas se encontraron: el abogado pidiendo defensa, el jurado sin expresión. Y antes de que sus miradas se separasen, Denman no tuvo seguridad de haber detectado un destello de simpatía.

22

La escalera bostezaba ante nosotros. El pie del tramo de peldaños estaba como lavado por el reflejo de la luz procedente del cemento del suelo, mientras que la escalera en sí se hallaba envuelta en sombras. La bajada era muy empinada, y al lado derecho había una barandilla. Me cambié el revólver a la mano izquierda, y me así de la barandilla al descender. Delante de mí, Humphries tenía la cabeza al nivel de mi pecho, y el sudor de su persona, el agrio olor del miedo, flotaba en el aire. Su olor me volvía loco y le empujé con el revólver. Lentamente, con las piernas moviéndose al unísono en el mismo ritmo macabro, fuimos bajando, peldaño a peldaño.

Cuando Humphries llegó al suelo del sótano, gimió en voz alta y se detuvo de pronto, agachándose, y volviendo a erguirse con un destellante arco de luz a su costado. Instintivamente, agaché la cabeza y alargué la mano derecha para apoyarme contra el poste del final de la escalera.

Un instante más tarde, el hacha se hundía en la madera, y Humphries caía al suelo.

Yo continué apoyado. Miré inquisitivamente la pistola que tenía en la mano… No recordaba haber disparado. No había olor a pólvora en mi nariz, ni en mis oídos el eco del disparo. De pronto, tuve conciencia del calor de mi mano derecha. Involuntariamente moví la mano, sosteniéndola delante de mis ojos. Me faltaba parte de un dedo de la mano derecha. La sangre manaba de la herida a borbotones. La parte cortada se hallaba en el suelo, junto al poste de la escalera. Ofuscadamente, le propiné un puntapié al cuerpo inmóvil de Humphries. No se movió. En mi mano no sentía ninguna sensación, y anduve sin rumbo por el cuarto del horno, buscándome el pulso de la muñeca e intentando detener el flujo de sangre. De

repente, empecé a pensar con claridad y raciocinio. Las telarañas del odio, la ira enloquecida que habían retorcido durante tanto tiempo mis ideas, se habían desintegrado, disolviéndose finalmente con las gotas de sangre que iban señalando mis pasos, enrojeciendo el suelo del sótano.

Volviendo a donde estaba tendido Humphries, me arrodillé a su lado. Todavía estaba inconsciente, pero escuché el jadeo irregular de su respiración en medio del silencio. Abrí el cilindro del revólver y hallé las balas intactas.

Dando un suspiro de alivio, comprendí que no había disparado contra Humphries.

Éste se había desvanecido a causa del choque… del miedo. En un último y consciente esfuerzo, había cogido el hacha del suelo, hacha que Lightbody utilizaba para cortar los leños, y la había arrojado contra mí en un desesperado intento de defensa. Y en el mismo instante, se había desmayado. A veces, criminales empedernidos se han desvanecido también. Casi inmediatamente comprendí algo más; ahí tenía a un hombre que había cometido al menos tres asesinatos, o era responsable de ellos, y había escapado al castigo. Sin embargo, la justicia podía aún quedar satisfecha.

Según mi reloj, eran casi las diez y media de la noche del veintidós de noviembre. Encendí un cigarrillo y me senté en el último peldaño de la escalera para meditar. Las mayores ilusiones se componen, a partes iguales, de las cosas que uno ve y de las que no, como yo bien sabía. Obviamente, no podía dejar todo mi cuerpo, pero sí algunos rastros que demostrasen que lo había dejado entero. La ilusión crearía un asesinato… cometido ¡y casi borrado por completo!

Cogiendo el hacha, pasé al cuarto contiguo, una especie de lavandería, donde se guardaban las herramientas en un cajón. Pegué varios cabellos míos, manchados de sangre, al filo del hacha, y limpiando el mango en la manga de mi chaqueta, la metí en el cajón. Junto a la lavandería había un cuarto de baño. Estando de pie sobre el lavabo un par de minutos, dejé que se formase un reguero en el mismo, hacia el desagüe. Luego, dejé más manchas por el cuarto, hasta que me vi obligado a suspender la operación. Ya había perdido demasiada sangre. Con un trozo de bramante me até el dedo lo más fuertemente posible para detener la hemorragia,

y vendé el extremo de la herida con mi pañuelo.

Temía enormemente que Humphries recobrase el conocimiento. Debajo de la escalera del sótano había una pequeña alacena donde se guardaban los leños de las chimeneas. En la parte exterior de la puerta había un cerrojo muy pesado. Levanté a Humphries, lo arrastré hasta la alacena y lo dejé encerrado.

Volví a mi cuarto de arriba y hallé un par de guantes de conducir. Me los calcé y rellené el dedo hueco con algodón. Luego, me puse un abrigo. Cogí el coche, por segunda vez aquella noche, y volví a la tienda Duval. Harry me abrió, sin mostrar ninguna sorpresa por mi tardío retorno allí. Del fondo del baúl saqué a Ornar… mi esqueleto. Sólo Dios sabe quién había sido Ornar. Yo lo había adquirido completo, con las articulaciones unidas por alambres, a Harry Lohr diez años antes, para realizar un truco consistente en la desaparición de un ser humano. Harry había comprado Ornar a un ilusionista mucho antes, pero Ornar era un esqueleto auténtico, no una composición de pasta. Le quité la tibia, y rompí los extremos. Mientras devolvía el esqueleto al baúl, recordé de repente el cajón donde guardaba otros muchos objetos.

Allí encontré el diente perdido. Lo había metido en el baúl, tal vez por la fuerza de la costumbre, el día en que me trasladé a la calle Ochenta y Nueve. Tras guardarlo en mi bolsillo, coloqué la tibia de Ornar plana contra mi trasero, sujetándola con el cinturón. Con el abrigo, era imposible ver nada sospechoso. Me empezaba a doler terriblemente la mano, y estaba ansioso de marcharme, pero aún tenía que efectuar otras maniobras.

Conduje por la ciudad, buscando una cafetería de servicio permanente, y evitando cuidadosamente las zonas altas y medias de Manhattan. Hallé cuatro abiertas, y en cada una compré cinco libras de ternera[7]. Luego, con veinte libras de carne, la tibia de Ornar y el diente postizo volví a la casa.

Cuando llegué era más de medianoche. Inmediatamente encendí un gran fuego en el horno y, destrozando el banco de trabajo, lo metí dentro; una lona que se usaba cuando pintábamos, también alimentó el fuego… después de haber arrancado cuidadosamente un fragmento con manchas de sangre. El dolor del dedo subía ya por el brazo, y el extremo, descolorido e hinchado por efectos del torniquete improvisado, me obligaba a suspender de cuando en

cuando las operaciones. Se había apoderado de mí una intensa debilidad, y llegó a parecerme imposible que pudiera llevar a cabo todo lo que tenía proyectado para crear la ilusión. Mi cabeza me daba vueltas. Me esforcé por subir a los pisos altos de la casa, para buscar entre los botiquines. En el cuarto de Mary Deems encontré un frasco con tres pastillas de codeína. Me las tomé a la vez, y sirvieron para aliviarme el dolor, o al menos adormecerlo hasta el punto de poder continuar con mi tarea. También efectué un descubrimiento importante. En el mismo botiquín encontré un frasquito con éter, que Mary empleaba con propósitos de limpieza, para quitar manchas. Me llevé el frasquito al cuarto del horno.

Lo mantuve crepitando, forzando la corriente, y a las cuatro el fuego ya había consumido buena cantidad de carbón. Quité las cenizas, que metí en un cubo. Llevé éste al coche, arranqué y delante de un edificio de apartamentos dejé el cubo disimulado entre otros. No obstante, en el piso del auto había quedado la impresión del cubo y algunas cenizas.

El amanecer no estaba lejos. Examiné a Humphries, todavía dentro de la alacena, y decidí que sería mejor llevarlo arriba, cuando me quedaban fuerzas. Al tocarlo se estremeció. Esto me asustó. Apresuradamente, vertí un poco de éter en los restos del pañuelo, del que había arrancado unas tiras para vendarme el dedo, y lo sostuve delante de su larga nariz, rogando a Dios que no lo matase. Rápidamente volvió a sosegarse, y al momento aparté el pañuelo. Sin que volviese a estremecerse, lo subí, lo llevé en vilo y lo arrastré, alternativamente, por la escalera hasta su dormitorio, cosa difícil con un hombre de su corpulencia, en estado insensible. Le desnudé, le dejé en cama, y colgué su traje en el armario.

De vuelta al sótano, aticé el fuego… aunque no tanto como antes. Cuando resplandeció, disparé el revólver contra un pedazo de carne de ternera, y la arrojé al fuego. Primero destelló, luego quedó envuelta en llamas, y empezó a quemarse, despidiendo un humo muy negro y muy espeso. Al fin, quedó la carne reducida a cenizas, y revolví la masa con el extremo del atizador; después sacudí el horno para que las cenizas, de la madera y la carne, cayesen al receptáculo inferior, donde ya había colocado previamente el pedazo de lona achicharrado.

Dejé cuidadosamente la tibia de Ornar encima de las brasas. Los

extremos rotos empezaron a chamuscarse. Permití que el fuego envolviese gradualmente todo el hueso, hasta ennegrecerlo, y consumirlo en parte. Luego, la saqué de entre las llamas y lo metí en el cubo de la ceniza, junto con un pedazo de madera quemada procedente del banco de trabajo.

Quedaba ya poco tiempo. Casi paralizado por el cansancio, tomé un trago largo de las provisiones de Humphries. Tenía el cerebro tan debilitado por la fatiga, que el whisky no me supo a nada. Volví al trabajo, y até una manga de riego a una conexión interior y regué el suelo del horno, dejando que el agua formase algunos charquitos, que se secaban por evaporación. Cuando hube terminado, todos los suelos quedaron limpios, ¡aunque había rastros de sangre en los resquicios del piso!

En la calle se oían ya señales de vida y actividad, por lo que tuve que apresurarme. Como gesto final, dejé el diente que Boss había fabricado sobre las brasas y cuando estuvo ennegrecido lo arrojé al fondo del horno. La prueba indiscutible de mi dedo, la dejé semiescondida en el suelo, junto al horno.

Enterré la nota en la habitación de Humphries, la que decía: «Reddick…, mt. 8500», en un cajón del tocador, junto con el revólver disparado, después dé limpiar las huellas. Me desnudé y me di una ducha… para quitar todo rastro de sangre y cenizas. Al terminar, me puse las mismas ropas manchadas de sangre, pues no podía dejarlas en la casa.

Volví a subir a mi cuarto. Con bastante torpeza, porque me veía obligado a usar la mano izquierda, oscurecí mis cejas con un lápiz de maquillaje y me puse el diente postizo encontrado en el baúl; me metí los lentes en el bolsillo. Me peiné cuidadosamente, teniendo buen cuidado de dejar unos pelos en mi peine. La sangre había formado una mancha en el guante de mi mano derecha, por lo que me puse otros, rellenando de nuevo el hueco del dedo partido. El par de guantes desechados lo metí en un bolsillo del abrigo. Registré la habitación con la mirada, los cajones de los que saqué todos los papeles escritos, dejando solamente unas muestras de mi escritura. Una vez más pasé al dormitorio de Humphries para echar una última ojeada. Todavía estaba inconsciente. Al lado de su cama, donde yo las había dejado, se hallaban las planchas. Envolviéndolas con un papel, me las llevé para destruirlas después.

En el último momento, de pie en el vestíbulo, lo repasé todo con los ojos de mi mente: el horno, las cenizas, las manchas de sangre; el diente, el dedo con la uña…, la tibia, el pedazo de madera del banco, el trozo de lona; el hacha con los pelos y la sangre; las señales del cubo de la ceniza en el coche… la nota y el revólver de Humphries en el cajón del tocador. Recordé también los alardes efectuados últimamente: el dinero prestado a Lightbody, el que le enseñé a Mary Deems; el sobre con las cantidades al dorso; el reloj de oro; los trajes caros; el pasaje para París… Y, naturalmente, la casa abandonada; Humphries inconsciente para unas horas… sin ninguna coartada, sin testigos. Y la belleza cínica de la última verdad. Humphries no se atrevería jamás a decir toda la *verdad*. Aunque la conociese, tendría los labios sellados… o cambiaría un castigo por otro, un verdugo por otro… La vida de Humphries se había fundado en mentiras; y debía continuar viviendo sobre esta base. Sus verdades sólo servirían para condenarle.

—Sí, estoy plenamente satisfecho —murmuré.

¡La ilusión era completa!

23

Dos semanas antes, el jurado había dictado su veredicto. Después de casi setenta y dos horas de deliberación y discusiones, el jurado había llegado a una decisión. Y volvieron a la sala.

—¡Culpable! —pronunció el portavoz del jurado con voz firme.

El tribunal iba a dictar sentencia.

Humphries se hallaba delante del juez, solo, frente a la elevada mesa de roble. Ya no había gente en la sala; ni público ni espectadores. Sólo los miembros del tribunal, el fiscal Cannon, y el abogado defensor, Denman.

La sala, con el juez que ha de dictar sentencia, siempre es un lugar solitario. El lugar más solitario del mundo.

El juez contempló al acusado que tenía delante y luego murmuró ritualmente:

—¿Desea decir algo antes de que sea pronunciada su sentencia?

Humphries levantó la cabeza y al fin se encogió desesperadamente de hombros. Llevaba el mismo traje que lució durante todo el proceso, pero ahora le colgaba flojamente. Su cabello gris parecía más blanco, y su larga nariz… que se proyectaba al frente, más parecía el pico de un pajarito.

—No, Señoría —expresó en voz baja.

—Bien —observó el juez.

Cogió un papel de la mesa y empezó a leer las formalidades requeridas por la Ley del Estado de Nueva York. Al cabo de unos minutos lo dejó a un lado y siguió hablando, sin leer.

—Es opinión de este tribunal, que en diversos modos, el caso del Pueblo del Estado de Nueva York contra Ballard T. Humphries, ha sido bastante extraordinario. Un jurado de seres humanos iguales a usted lo ha encontrado culpable de asesinato…, de un asesinato sumamente reprensible, al que hay que agregar el

descuartizamiento de su víctima después del crimen. Ese crimen fue cometido y ejecutado, al parecer, según el jurado, sin la menor duda, por el acusado del caso. Usted ya ha escuchado el veredicto: Culpable.

»Sin embargo, la Ley no se halla en contradicción con la justicia. Es deber de este tribunal descubrir la verdad, y tratar de que la justicia se efectúe dentro de su jurisdicción. Personalmente creo que no se han desentrañado ni explorado todos los detalles y hechos de este caso, ni por la defensa ni por la acusación. Tal vez, en realidad, no existan tales hechos y detalles… en contra de la opinión de este tribunal, o caso de existir, nunca serán hallados ni revelados. Por este motivo, este tribunal ha reflexionado la sentencia a imponer. Escuche.

»Yo le sentencio a usted, el prisionero Ballard Temple Humphries, a ser entregado al alcaide, o a cualquier otro oficial autorizado de la prisión del Estado de Nueva York, situada en Ossining, Nueva York, durante la semana del seis de mayo, o sea la próxima, ¡para que quede encarcelado durante todo el resto de su existencia natural!

El juez se arrebujó en la toga, se puso en pie y se retiró de la sala. Denman se aproximó al preso antes de que los dos guardias estuviesen a una distancia más corta. El abogado colocó una mano, llena de simpatía, sobre un brazo del sentenciado.

—Ha tenido suerte —murmuró—. ¡No sabe aún la suerte que ha tenido!

Humphries sacudió la cabeza tristemente, y empezó a marchar. Los guardias se colocaron uno a cada lado, y el preso salió de la sala del tribunal arrastrando los pies.

24

Un ilusionista con un dedo de menos es como un juguete roto, un fenómeno con dos pulgares. Yo había entregado mi dedo por la captura de un asesino; mi porvenir por un tubo de pintura blanca como payaso de circo.

Tengo una copia del cartel. Dice que el Gran Circo se halla trabajando en el Oeste. Los gallardetes ondean en lo alto de los mástiles, toca la música, y los niños ríen. Ya he estado demasiado tiempo rodeado por los fantasmas de la muerte: Tally, a la que amé; Will Shaw, a quien no conocí y Magarian, que no me habría gustado.

Y, claro está, Isham Reddick. Falleció hace años por primera vez, y de nuevo recientemente. Y en esta segunda ocasión, Greenleaf murió con él; no de prisa, no súbitamente, sino un poco cada día.

Ya es hora de sacudirme de encima los fantasmas, el que amé y los otros que nunca conocí. Por la noche, oigo los silbatos del tren distante que va hacia el Oeste.

Los sigo.

25

En su celda, fue hacia la ventana y se quedó debajo, con los escasos rayos de luz cayendo como agua sucia sobre su cabellera. Humphries no podía asomarse por la ventana, pero se pegaba a ella tanto como podía.

Encendió un cigarrillo, que consumió rápidamente. En su cerebro, sólo se agitaba una pregunta. Día a día, noche a noche, giraba allí de manera interminable, incansable. ¿Quién era?, pensaba. ¿Quién era? ¿Quién era? ¿Quién era? ¿Quién era?

Colérico, impaciente, arrojó el cigarrillo al suelo y volvió el rostro hacia la elevada ventana.

—¡El hijo de zorra! —gruñó—. ¿Quién fue el que me condenó? ¿Quién…? ¿Quién?

Dando media vuelta, cayó encima del camastro.

¿Quién era? ¿Quién era?

Rodó sobre sí mismo, y en su cerebro continuó danzando incesantemente la misma pregunta, el mismo interrogante que le laceraba como una afilada cuchilla:

¿Quién era? ¿Quién era? ¿Quién era? ¿Quién era? ¿Quién era…?

∞

Sobre esta novela.
(Por el autor)

En 1954, cuando trabajé en El Diente y la Uña*, me trasladé a la ciudad de Nueva York, viviendo en un edificio de Brooklyn Heights. Mi vida era más plácida, no ya como en los días de Chicago, donde escribí* Retrato de Humo.

En aquella zona había muchos escritores. Yo conocía a algunos, mas no a todos. Casi todo el tiempo tenía que escribir para la televisión. Me gustaban los actores, los directores y los técnicos, pero no los administradores. Y personalmente, odiaba a casi todo el personal de las agencias de publicidad; aunque contaba con algunos amigos entre ellos.

Ordinariamente, no volvía a mi apartamento hasta altas horas de la noche, después de haberse emitido mis espectáculos por TV. En aquellos días, casi todos los espectáculos de televisión se transmitían en directo. Comía algo, dormía unas horas y hacia las dos de la mañana me levantaba para componer El diente y la uña. *No fue difícil, y me gustaba trabajar de noche. Me sentaba en un diván del saloncito y escribía en la máquina colocada sobre una mesita de mármol. La habitación gozaba de un silencio absoluto, y enfrente de mí había una antigua chimenea de mármol con el diseño de unas rosas y racimos de uva. Cuando me cansaba, al cabo de dos horas, dejaba de escribir y me levantaba para contar las rosas y las uvas. Nunca conseguí realizar dos sumas iguales.*

El diente y la uña estaba directamente relacionada con la época, o eso creía yo. Los tiempos cambiaban, habían cambiado mucho desde los días a orillas del lago Michigan (Chicago). En los periódicos había noticias respecto a ser «culpable por asociación», y la teoría de la fiscalía estatal era que «si no puedes condenar al reo por un crimen, acúsale por otro».

Asimismo, por aquellos años, un espectacular caso de asesinato

terminó en sentencia sin que la acusación hubiese podido presentar el cuerpo del delito. Estas ideas flotaban en mi mente como en un limbo, después fueron definiéndose más y finalmente tomaron forma en el papel, como comienzo de un argumento.

Me pareció que Lew Montana formaba parte de la sociedad en que vivíamos. Como carácter, no podía ser un caso típico, como mi vecino en su negocio de importación, o el otro que poseía una academia de baile; pero lo que Montana sentía y creía era típico de mis vecinos y de otros muchos seres humanos.

No obstante, esta vez no tuve que meditar tanto el modo de escribir la trama, como me ocurrió con Retrato de Humo. *Tenía que emplear la misma técnica de entonces. Una vez empecé, la novela pareció avanzar sola, salvo por un descanso de tres semanas, que usualmente me concedo siempre en todas mis obras. Una vez he empezado, y cuando llevo ya unas tres semanas escribiendo, suelo pararme. El alto dura una semana, a veces más, y mientras tanto trato de convencerme de que el argumento es bueno y he de continuar, que la vida no es tan difícil como parece, y que no he de estar deprimido por no haber nacido rico.*

Después, continúo escribiendo.

Bill. S. Ballinger

Notas

[1] Cuatro de julio: celebración de la Independencia de Estados Unidos. (N. del T.). < <

[2] Greenleaf significa literalmente: hoja de árbol (o planta) verde. (N. del T.). < <

[3] Washington, distrito de Columbia. Capital de Estados Unidos. (N. del T.). < <

[4] Localidad donde están situadas las cajas de seguridad del Tesoro de Estados Unidos. < <

[5] Muchachas de vida ligera a las que se llama a su casa en busca de diversión o compañía. (N. del T.). < <

[6] El día cuatro de julio se celebra en Estados Unidos la Independencia Nacional. (N. del T.). <<

[7] Dichos establecimientos, especie de *drugstores*, venden un surtido de artículos muy diversos, desde vasitos de agua de un recipiente, hasta medicamentos, pasando por la parte de carnicería, verdulería y restaurante. < <